

 HARLEQUIN™
The background of the cover is a photograph of a man and a woman in a romantic embrace. The man, with short brown hair, is wearing a white button-down shirt and is leaning in to kiss the woman on the cheek. The woman has blonde hair and is smiling at the camera. She is wearing a dark dress with a white floral pattern. They are standing in front of a large bush of light-colored roses. The overall tone is romantic and intimate.

Quinta™

Meredith Webber

La mujer de mi vida

 HARLEQUIN™
The background of the cover is a photograph of a man and a woman in a romantic embrace. The man, with short brown hair, is wearing a white button-down shirt and is leaning in to kiss the woman on the cheek. The woman has blonde hair and is smiling at the camera. She is wearing a dark dress with a white floral pattern. They are standing in front of a large bush of light-colored roses. The overall tone is romantic and intimate.

Amor™

Meredith Webber

La mujer de mi vida

Julia™

Meredith Webber

La mujer de mi vida



Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2002 Meredith Webber

© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

La mujer de mi vida, n.º 1336 - septiembre 2015

Título original: A Woman Worth Waiting for

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Publicada en español en 2002

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-7212-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

SON muy sencillos —le dijo Joe Allen, encargado de seguridad del Hospital General Ellison, a Sarah mientras subían por las escaleras hacia la galería que se extendía a lo largo de un edificio de ladrillo, no muy alto.

—He tenido que hacer suplencias en lugares muy apartados, así que estoy acostumbrada —le aseguró Sarah.

Joe sacó unas llaves de su bolsillo mientras pasaban por delante de las dos primeras puertas, deteniéndose en la tercera. En total había cinco.

—La doctora Willis vive en el primer apartamento; ha estado buscando un piso para comprar, pero no ha encontrado nada que le guste en esta zona. Un psicólogo que va a venir a hacer unos cursos o una investigación se instalará en el segundo durante unas semanas y tú estarás en el tercero. Los dos del final están vacíos.

Sarah asintió. Ya conocía a Virginia.

—Llámame Ginny fuera del trabajo —le había dicho la doctora Willis, que trabajaba en el departamento de urgencias.

La joven mujer le había parecido extrovertida y simpática, aunque parte de aquella simpatía probablemente se debiera a que con la llegada de Sarah, que estaría allí hasta que nombrasen a otro médico para el equipo, tendría más ayuda.

—Estoy segura de que todos nos llevaremos bien, aunque por experiencia sé que después del trabajo no suele quedar mucho tiempo para salir y relacionarse.

Joe asintió y abrió la puerta del apartamento.

El interior era como el de todos los apartamentos de las residencias para personal hospitalario. Entraron al cuarto de estar, amueblado con un sofá de dos plazas, dos sillas de vinilo y una mesita de café en el medio. Había una cocina

americana, con tres taburetes junto a la encimera; al otro lado de la cocina había un pasillo que llevaba al dormitorio y al cuarto de baño.

Sarah pasaría dos semanas allí.

—¿Recuerdas lo que te he dicho acerca de la seguridad? —le preguntó Joe, y Sarah movió la cabeza afirmativamente.

—Tengo que pedir escolta si voy a moverme por las instalaciones del hospital cuando haya oscurecido —dijo Sarah, repitiendo lo que Joe ya le había dicho.

Cuando volvieron a la galería, Sarah miró a su alrededor y señaló con la mano hacia el espacio pavimentado que había delante de los apartamentos.

—Pero toda esta zona está bien iluminada y solo tengo que cruzar la calle para llegar al aparcamiento del hospital.

—La policía cree que a la doctora Craig se la llevaron del aparcamiento —la informó Joe—. Aunque la asesinaron en otro sitio.

—No te preocupes, no me arriesgaré —le prometió—. De hecho, me puedes escoltar de vuelta al hospital, si te viene bien. Aunque oficialmente no empiezo hasta mañana, traeré el coche para sacar mis cosas y después volveré a urgencias. Me ha parecido que a la doctora Willis le vendría bien un poco de ayuda y me gusta conocer el lugar donde voy a trabajar antes de empezar.

Joe cerró la puerta del apartamento y le entregó las llaves.

—La segunda llave es de la puerta trasera. Hace poco se han cambiado todas las cerraduras, y hemos eliminado los candados; todas la puertas tienen un cerrojo que salta automáticamente cuando se cierran, y hace falta una llave para abrirlas tanto desde dentro como desde fuera.

Sarah se guardó las llaves en el bolso mientras se dirigían al aparcamiento por el camino que lo rodeaba. Pensó en Isobel Craig, la mujer a la que temporalmente iba a sustituir; ninguna cerradura la había salvado de un atacante, que, según la policía, ya había actuado dos veces antes de asesinarla a ella y dejar su cuerpo en un descampado de las afueras de la ciudad.

—¿De dónde eran las otras dos mujeres? —preguntó Sarah—. ¿Tenían alguna

relación con el hospital?

—Afortunadamente, no —contestó él—. ¿Te imaginas cómo cundiría el pánico entre las empleadas del hospital si pensaran que son el objetivo de un asesino?

—Sí —aceptó Sarah.

Cruzaron la calle y, franqueando la barrera para coches, entraron en el aparcamiento de empleados. Aunque tampoco fue suficiente seguridad para Isobel, pensó Sarah con tristeza.

—El departamento de personal te dará, además de una tarjeta de identificación, otra para la barrera —le dijo Joe mientras le indicaba la caja metálica por donde se pasaban las tarjetas.

—¿Hay vídeo-vigilancia en el aparcamiento? —preguntó Sarah.

—En algunas zonas —admitió Joe—. Estamos instalando más. El doctor Markham, el marido de la doctora Craig, ha ofrecido correr con los gastos, aunque eso no le devolverá a su esposa; dice que siempre le aconsejaba que aparcase en el extremo donde están las cámaras, pero no siempre hay sitio, claro.

La explicación de Joe tenía un trasfondo triste, y Sarah se preguntó cómo lo estaría sobrellevando el doctor Markham. Ella no lo conocía, pero lo había oído nombrar y sabía que era parte de una casta de jóvenes especialistas que se habían subido al tren de la medicina nuclear.

Sarah dio las gracias a Joe por su ayuda. Después, sacó su coche del aparcamiento de las visitas, se dirigió al bloque de apartamentos y desempaquetó su ropa y las pocas cosas que había llevado consigo.

Cuando estuvo satisfecha de que el apartamento parecía más un hogar, caminó de vuelta al hospital y entró a urgencias por la entrada de ambulancias.

Se sorprendió de ver que la sala parecía relativamente tranquila.

Un cubículo tapado por unas cortinas verdes sugería que debía de haber un paciente esperando a que lo subiesen a planta; dos enfermeros estaban ordenando papeles en el mostrador de recepción y una mujer, probablemente la recepcionista, hablaba por teléfono.

—¿Está la doctora Willis? —le preguntó Sarah a uno de los enfermeros, y este asintió mirando hacia el extremo del pasillo.

—Está arriba por alguna parte —le dijo sin preguntarle a Sarah quién era o qué quería.

«La seguridad del hospital no es asunto tuyo» se dijo Sarah mientras se encaminaba hacia donde le había indicado.

Pero enseguida se arrepintió, al ver a Ginny Willis en un hueco entre una cortina descorrida y la pared, en conversación con un atractivo hombre moreno. No era mucho más alto que la doctora Willis, pero se inclinaba hacia ella y algo en su postura sugería una posesión casi íntima.

Era demasiado tarde para retroceder porque Ginny ya la había visto, y después de una corta explicación y de darle unas palmadas en el brazo, el hombre se marchó, saludando a Sarah con la cabeza al pasar por su lado, sin esperar a ser presentado.

—¿Ya has visto tu nueva casa? —le preguntó la doctora Willis a Sarah y esta asintió, pero no pudo evitar mirar de nuevo al joven doctor.

Era guapo, pensó Sarah.

—Es Paul Markham —explicó Ginny al darse cuenta del interés de Sarah—. La muerte de Isobel lo está afectando mucho y vaga por el hospital como si aún la buscara. Siento no haberte presentado, pero como eres su sustituta, aunque solo de forma temporal, quizá hubiese sido una situación incómoda para él.

—Por supuesto. Lo que me sorprende es que haya vuelto al trabajo tan pronto —dijo Sarah—. Ocurrió hace solo dos semanas, ¿verdad?

—Sí, pero Paul solo faltó dos días. Decía que se estaba volviendo loco en casa; supongo que los compañeros del hospital somos como una familia para él. Pasó aquí sus años como médico interno residente, y, después de estudiar en el extranjero, lo nombraron jefe del departamento de radiología de medicina nuclear, en este hospital —explicó Ginny—. Y como Isobel trabajaba en urgencias, estamos acostumbrados a verlo por aquí.

—¿Cómo era Isobel? —preguntó Sarah, pero Ginny no contestó, porque en

aquel momento escucharon la sirena de una ambulancia que entraba en urgencias.

Ginny se alejó apresuradamente y Sarah la siguió más despacio. Se detuvo en la recepción para recoger su pase de seguridad. Después se acercó a la nueva paciente de Ginny: una anciana a la que habían encontrado inconsciente en su casa.

—Le administraremos suero intravenoso y le haremos análisis de sangre para averiguar qué ha ocurrido —dijo Ginny, y movió la mano ante el ofrecimiento de ayuda de Sarah.

Sin nada que hacer, esta se encaminó hacia el pasillo que había entre la entrada de urgencias y la sala de espera y les ofreció su ayuda a la recepcionista y a la hermana enfermera que estaban ordenando las listas de admisiones.

—No hay mucho trabajo hoy —dijo Ruth Storey, la hermana enfermera de guardia—. La doctora no parece que necesite ayuda, así que ¿por qué no te das una vuelta para familiarizarte con el lugar y conocer a tus colegas?

—He visto dos salas de traumatología en la parte de atrás. ¿Hay muchos casos?

—No tantos como antes —explicó Ruth—. Hoy en día los casos más graves de accidentes de carretera, quemaduras o disparos son evacuados en helicóptero a alguno de los hospitales generales de Brisbane; solo tardan unos veinte minutos y llevan personal especializado, así que hacen lo mismo que haríamos nosotros aquí.

—¿Y si hay un accidente de circulación grave a nivel local? —preguntó Sarah.

—Los traemos aquí. Pero si fuera necesario, a los pacientes en estado crítico se los traslada vía aérea a Brisbane. Aquí atendemos los casos menos graves de los accidentes, como roturas o torceduras de tobillos, contusiones...

Sarah asintió, consciente de que en los hospitales generales disponían tanto de equipos de urgencia especializados como de cirujanos, neurólogos e internistas, continuamente de guardia.

Charló un rato más con Ruth y después se disculpó para seguir su vuelta por urgencias.

El tamaño de la sala de espera, admisiones y los pequeños cubículos, eran estándar para un hospital de aquellas proporciones.

—Señora Warren, pase a la consulta número cinco —dijo una voz por el sistema de megafonía, y una mujer alta se puso de pie con visible esfuerzo y se dirigió hacia la habitación indicada.

Un hombre joven con un niño pequeño era el único paciente, y cuando lo avisaron para recoger una receta la sala de espera quedó vacía.

—Esto no es lo habitual —le dijo la recepcionista—, así que intenta sacarle el máximo partido. Puedes pasar al despacho y utilizar el ordenador para familiarizarte con el sistema de archivo, si quieres.

Sarah pensó que era una buena idea, así que Ruth le dio acceso pulsando el código de seguridad para entrar.

Mientras se sentaba delante del ordenador, un hombre alto, delgado y con el pelo rubio entraba por la puerta de urgencias precedido de una mujer de aspecto nervioso.

Esta llevaba de la mano a un niño rubio y con la cara pálida. Un vistazo al brazo del niño fue suficiente para ver que lo tenía roto.

—Mi hijo se llama Connolly Fletcher, tiene un historial bastante extenso. ¿Pasamos directamente a rayos-X?

—Enseguida, señora Fletcher —dijo la enfermera mientras introducía los datos del niño en el ordenador.

Mientras tanto, Connolly se había sentado en una silla y se sujetaba el brazo con cuidado.

El hombre que había entrado con ellos se quedó apartado observando.

Unos minutos más tarde llegó una enfermera con el historial de Connolly, y se llevó al niño y a su madre a rayos-X.

—Necesito comprobar un par de cosas, señor Fletcher —dijo la recepcionista, y el hombre se dio la vuelta para mirarla—. ¿No es usted el señor Fletcher? —

insistió la recepcionista.

El hombre frunció el ceño.

—No —le contestó, y se acercó a una máquina expendedora para comprar una botella de agua. Después se sentó en una silla a esperar.

—¡Siempre hago lo mismo! —le dijo la recepcionista a Sarah—. Siempre doy por sentado que las personas que entran juntas son matrimonio, y ese hombre bien podría ser el cuarto padrastro del pequeño Connelly. Tengo que tener más cuidado al decir las cosas.

La recepcionista se hizo aquel reproche a sí misma con tal convencimiento, que Sarah no pudo evitar sonreír.

Algo en los movimientos del hombre, o quizá su simple presencia, hizo que Sarah lo observara más detenidamente, y no pudo evitar fijarse en su reacción cuando Ginny atravesó rápidamente la sala.

Levantó con desinterés la mirada, y sus ojos, demasiado lejos para que Sarah pudiera ver el color, parecieron enfocar con más intensidad. Hizo el amago de levantarse, movió la cabeza y miró en la dirección por la que Ginny se había marchado; después se recostó de nuevo en la silla, moviendo todavía la cabeza.

Aún intrigada por aquella reacción, Sara volvió su atención al ordenador, pero la llegada de nuevos pacientes puso fin a lo que había parecido ser un día tranquilo.

—Vayámonos mientras dure la calma —le dijo Ginny a Sarah mucho más tarde—. No deberías estar trabajando y llevas aquí todo el día.

Estaban sentadas en la sala de los doctores, en la parte trasera de urgencias; a través de los cristales podían ver el ajetreo de la sala.

—Iré por mi bolso. Estuve trabajando con el ordenador de recepción y me lo he dejado allí.

—Podemos salir por allí —sugirió Ginny y dejó su bata en el respaldo de la silla—. Fingiremos que somos personas normales en vez de médicos.

Salieron de la habitación y se dirigieron por el pasillo al área de recepción.

Sarah vio al hombre rubio y oyó la exclamación de sorpresa de Ginny al mismo tiempo.

—¡Max! —exclamó Ginny al tiempo que Sarah se preguntaba si debería avisar a seguridad; pero en aquel momento, Ginny dio media vuelta y prácticamente corrió hacia la zona de entrada de ambulancias.

El hombre, que pese no haber oído la exclamación había notado el movimiento, levantó la mirada y observó a Sarah; después, volvió a mirar la revista que tenía encima de las piernas.

Sarah intuyó que tenía más interés en las personas que había en la sala que en la revista, pero no sabía si estudiaba a todos en general o si buscaba a alguien en particular.

De lo que sí estaba segura era de que el hombre la ponía nerviosa y teniendo en cuenta los recientes asesinatos de tres mujeres, incluyendo una de aquel hospital, debería avisar a alguien de su presencia.

Ginny había vuelto a la sala de doctores, pero se dio cuenta de que no podía reaccionar como ella quisiera: gritando y dándose con las manos en la cabeza, porque todo el mundo podría verla.

Se sentó en una silla y se puso la mano sobre el pecho; la consternaba la forma en que su cuerpo había reaccionado al ver a un hombre que la había rechazado hacía mucho tiempo.

Quizá no fuese Max.

Después de todo, tenía que haber más de un hombre alto, delgado y rubio en el mundo. Además, Max había vuelto a Estados Unidos, así que no podía estar sentado en la sala de espera de urgencias de un hospital regional en una ciudad australiana.

¡Tenía que recobrar el control de sí misma!

Sarah Kemp debía de estar preguntándose adónde se había marchado, pero no podía volver allí otra vez.

Miró por el cristal sin ver, mientras su cabeza daba vueltas por la impresión.

Atracción, amor, esperanza, miedo, determinación y desesperación. Retrospectivamente, siempre le parecía que había pasado por todas las emociones en aquellos tres cortos meses. Los recuerdos se arremolinaban en su cabeza y sus imágenes destellaban en su mente: Max entrando a su clase el primer día, y su propio reconocimiento de que él era el hombre de su vida.

¡Cómo se habían reído sus amigos!

Pero Max no se había reído, ni siquiera cuando los había avergonzado a los dos al declarar ella su atracción. Él había soportado sus travesuras mientras se insinuaba y se introducía en su vida, hasta que finalmente él admitió de mala gana que la atracción era mutua.

¡Pobre Max! Lo habían preocupado tanto los problemas éticos de la relación profesor-alumna, y había tenido que luchar no solo contra sus propios sentimientos, sino contra la insistencia de ella.

Pero justo cuando parecía que habían superado todas las barreras, él tuvo que volver a Estados Unidos para resolver una crisis familiar.

Ginny cerró los ojos con fuerza, pero aún podía ver la carta que él le escribió cuando se marchó, una nota amable, con amor, pero aun así le había roto el corazón.

Si realmente aquel hombre era Max, ¿cómo se sentía ella al volver a encontrarse con él?

Quizás no tenía por qué hacerlo, aunque fuese él.

Su mente vacilaba y su cuerpo temblaba, y seis años de madurez desaparecieron sin más.

Apenas fue consciente de los dos encargados de seguridad, acompañados de Sarah, que entraron en la sala y miraban a su alrededor, pero de repente cayó en la cuenta de que en la sala de espera había cámaras de seguridad, y que si observaba los monitores que había en el despacho, vería a aquel hombre y se daría cuenta de que en realidad no se trataba de Max después de todo.

Y entonces podría relajarse y recobrar la compostura.

Pero antes de que pudiera ponerse en marcha, vio que Sarah se acercaba con un hombre. Y sí era Max.

No tuvo que mirarlo para saberlo.

Los pelos de los brazos se le pusieron de punta, el corazón se le aceleró y un escalofrío le recorrió la espalda.

Sarah lo llevaba hacia la puerta del despacho.

—Max me estaba contando que sois viejos amigos —dijo Sarah alegremente—. Acabo de estrenarme en urgencias pidiéndoles a los encargados de seguridad que lo echaran. Pero resulta que es psicólogo y que está aquí para estudiar el estrés en el departamento de urgencias, aunque esperaba pasar desapercibido unos días.

—¿Desapercibido? —farfulló Ginny—. ¿Un hombre de su tamaño?

Entonces Ginny tuvo que obligarse a mirarlo a la cara.

—Hola, Max —saludó Ginny—. ¡Cuánto tiempo!

Max McMurray miró a Ginny. Aquellos grandes ojos verdes, una nariz cubierta de pecas y una sonrisa tan grande como Australia habían sido su perdición seis años atrás. Y la razón por la que había vuelto al país.

Aunque todavía no había visto la sonrisa, y a juzgar por el recelo que se reflejaba en sus ojos, quizá tardase un tiempo en verla.

Pero la boca era la misma; el atractivo dibujo de sus labios, que parecían siempre listos para sonreír.

—¡Sí!

¡Menuda respuesta! pensó Max y lo intentó de nuevo.

—Tienes buen aspecto.

Pero aquella era una mentira descarada; tenía un aspecto horrible. Estaba pálida y parecía angustiada. Aquellos increíbles ojos parecían demasiado grandes para la cara, las pecas resaltaban sobre su pálida piel y la melena morena que solía

llevar tan peinada estaba revuelta.

Ginny enarcó una ceja, retándolo.

—¿Después de un turno de doce horas? Debes de estar bromeando.

Las mejillas de Ginny se sonrojaron ligeramente y Max sintió cómo el deseo le revolvía la sangre.

Ella era la única mujer que conocía que tenía aquel efecto sobre él.

Por supuesto había coqueteado con otras mujeres y se había acostado con ellas, pero ninguna había encendido su cuerpo como lo había hecho Ginny Willis, y por lo que parecía, aún era así.

—... os conocéis.

Max no había oído lo que la mujer con el pelo color caoba había dicho, tampoco recordaba su nombre, pero creía haber entendido el sentido de la frase.

—Fui tutor de Ginny...

—Fue mi tutor...

Los dos intentaron explicarlo de manera simultánea y Sarah debió de notar el trasfondo de todo aquello, porque los miró a uno y a otro y profirió una exclamación.

—¡Ah!

—Estábamos a punto de marcharnos —dijo Ginny. Parecía nerviosa. Agarró a Sarah del brazo como si quisiese apresurarla a salir de allí.

—Te acompaño hasta el coche —dijo Max. No estaba muy seguro de por qué se había ofrecido, pero sabía que habiéndola encontrado de nuevo, no podía dejar que se marchara tan rápidamente. Sobre todo después de haber comprobado que no llevaba anillo de compromiso en la mano. Aunque probablemente se quitase los anillos para trabajar...

—No tengo coche.

—Entonces te acompaño a donde vayas —insistió él, aunque intuía que ella no quería su compañía—. Teniendo en cuenta la reciente oleada de asesinatos, las mujeres no deberían andar solas por la noche.

Ginny se apartó, de tal manera que la otra mujer estaba entre medias de los dos.

—No iba a salir sola —dijo Ginny. Tenía la voz tan fría como caliente tenía él la sangre—. Sarah y yo vivimos al otro lado de la calle.

—¿En los apartamentos del hospital? ¡Estupendo! Yo también me alojo allí. ¿Por qué no cenamos los tres en la cafetería? Nos ahorraríamos tener que cocinar.

Max estaba parloteando y lo sabía, pero peor aún era la confusión que sentía después de que Ginny le dijese que ella y Sarah, aparentemente, compartían piso.

La satisfacción que había sentido al pensar que Ginny no vivía con un hombre se vio eclipsada por la información de que no vivía sola...

Pero si no vivía con un hombre, era más accesible a hombres depredadores como él.

¡Ya está bien! se dijo a sí mismo.

—La comida de la cafetería es bastante mala. He invitado a Sarah, ya conoces a Sarah Kemp, a cenar. Supongo que tú también puedes venir, si quieres.

¿Había invitado a Sarah a cenar? Quizá no fuesen compañeras de piso después de todo, pensó Max.

La esperanza era lo último que se perdía...

Pero nunca le habían hecho una invitación tan a regañadientes, así que se dijo que no debía permitir que se le subiese a la cabeza.

—Me parece bien —dijo Max, pero enseguida se dio cuenta de lo lastimoso de su respuesta. Empezaba a parecer un adolescente, y todo porque se había encontrado con la mujer por la que había vuelto a Australia.

El problema era que se la había encontrado de casualidad, antes de estar

preparado para ello; antes de haber pensado en todo lo que quería decirle.

Tenía que recobrar la compostura y procurar parecer un hombre maduro y racional.

—Quería haber hecho compra, pero en cuanto entré en la sala de espera de urgencias, me pareció más importante conocer el lugar de trabajo que organizar la comida.

Max miró a Ginny mientras hablaba; desde que había comenzado aquella absurda conversación, no había hecho otra cosa más que mirarla, pero en aquella ocasión vio que las comisuras de sus labios hacían un amago de sonrisa.

—Por lo que veo, nada ha cambiado en tu forma de trabajar —dijo Ginny, y la sonrisa que empezaba a dibujarse en su boca le hizo desear que se transformara en una sonrisa abierta—. Es el típico profesor despistado cuando se concentra en su trabajo—explicó Ginny mirando de nuevo a Sarah—. Diez minutos se podrían convertir en cinco horas en cuanto algo llama su atención, aunque no creo que haya ocurrido nada interesante hoy en urgencias. Nunca había visto tanta tranquilidad.

—¿Y eso no es interesante? —le preguntó Max sonriendo para ver si ella sonreía un poco más.

Pero Max se sintió decepcionado; Ginny ya no lo miraba, sino que su atención estaba puesta en algún punto por encima de su hombro, y la sonrisa que vio no estaba dirigida a él.

Se dio la vuelta para a quién estaba dirigida y sintió cómo la decepción dejaba paso a unos celos irracionales al ver que se aproximaba un atractivo hombre moreno.

Estaba controlando bastante bien aquella oleada de emociones negativas hasta que el recién llegado apartó a Ginny a un lado y se inclinó hacia ella con innegable intimidad.

—Lo siento, pero acabo de invitar a cenar a estas dos personas. Ya sabes que me gusta que los recién llegados se sientan como en casa.

Max no pudo evitar escuchar la explicación de Ginny, y le pareció que hablaba

con resentimiento, como si prefiriese hacer lo que don Atractivo le sugería.

Max intentó aparentar desinterés y se volvió hacia Sarah, pero esta también se había olvidado de él; estaba observando al recién llegado con interés.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

La pregunta que Ginny le hizo al hombre detuvo la respiración de Max, hasta que oyó el murmullo de una disculpa y volvió a relajarse.

Se dio cuenta de que tendría que aceptar que en la vida de una mujer tan guapa como Ginny, sin lugar a dudas, habría un hombre especial. Pero pensó que le resultaría más fácil aceptarlo al día siguiente, cuando se hubiese acostumbrado al hecho de volver a verla.

O quizá dentro de un año.

—Te esperamos afuera —le dijo Sarah a Ginny, agarrando a Max por el brazo.

—¿Los estaba mirando descaradamente? —preguntó Max cuando estuvieron afuera y el aire fresco del atardecer azotó su acalorada piel y lo hizo volver a la normalidad.

—No —contestó Sarah con suavidad—, pero estabas haciendo ruidos extraños y aunque no creo que el doctor Markham se haya dado cuenta, Ginny sí parecía sentirse molesta.

Max quiso objetar al comentario de los ruidos extraños, pero el nombre que acababa de oír llamó su atención.

—¿Era el doctor Paul Markham?

—Eso creo, aunque no nos han presentado —dijo Sarah, que en aquel momento miraba a Max con el mismo interés con que había observado al médico—. ¿Has oído hablar de él?

Max hizo acopio de su ingenio e intentó aparentar despreocupación cuando habló.

—¿Quién en Ellison no ha oído hablar de él? Si además eres nuevo en un sitio,

siempre hay alguien dispuesto a ponerte al día en los cotilleos.

—¿De verdad?

El tono en la voz de la mujer le dijo que no se estaba creyendo nada de lo que decía, pero había algo más que preocupaba su habitualmente ordenada cabeza.

¿Quién habría imaginado que la simple visión de una mujer podía causar tal caos?

Max centró su atención en la pelirroja. ¿Cómo se llamaba?

—¿Eres Sarah Kemp? ¿La esposa de Tony Kemp? ¿Por qué estás aquí?

—Estoy haciendo una suplencia, y eso sí es cierto. ¿Y tú?

Max dudó, dándole tiempo a Sarah a indagar un poco más.

—Si me conoces por Tony, entonces lo conoces a él. O has oído hablar de él. ¿Eres de la policía?

Max negó con la cabeza.

—Soy psicólogo, pero siempre me interesó más la investigación que hacer carrera en psiquiatría. Después de Ellison iré a otros hospitales para estudiar el estrés en urgencias.

—¿Pero? —insistió Sarah.

—El estrés es mi especialidad, las causas, los factores...

—¿En los asesinos en serie?

Max observó a Sarah.

Había conocido a Tony Kemp en Washington doce meses atrás, mientras el policía australiano asistía a una serie de conferencias que él dio sobre asesinos múltiples. A Max le había llamado la atención que aquel hombre hablara con el mismo acento que él cuando fue niño, así que al final de cada día, habían salido a tomar algo juntos y durante un tiempo habían mantenido el contacto a través del correo electrónico.

Por lo que Max pensó que si aquella guapa doctora estaba casada con un policía lo suficientemente profesional como para viajar al extranjero para acudir a conferencias, lo normal sería que ella hubiese aprendido ciertas cosas de él.

—He leído libros, he visto historiales y sé algo sobre ello —confesó Max y ella asintió, como si estuviese satisfecha de haber confirmado un presentimiento.

Estaba a punto de preguntarle acerca de sus intenciones cuando Ginny salió por la puerta.

—Siento haberos hecho esperar, pero Paul está muy deprimido. Ya es malo perder a un ser querido, pero perder a alguien de esta manera... ¡no tiene sentido! Solo porque la pobre mujer tenía el pelo largo y moreno.

—¿Es lo único que tenían en común las víctimas? —preguntó Sarah mientras caminaban hacia la entrada del aparcamiento—. Como he estado fuera, no sé mucho sobre el caso, aparte de los consejos de mi marido de que no vaya sola a ninguna parte mientras esté aquí. ¡Y eso que soy pelirroja!

—Cuando asesinaron a Isobel, el periódico local publicó fotos de las tres víctimas y por lo que parece, desde luego existía un parecido, no solo el pelo largo y moreno, sino también una constitución delgada y las caras alargadas. Isobel era lo que yo creo que es una belleza clásica, y verlos a Paul y ella juntos... hacían una pareja formidable.

Ginny parecía triste, como si sintiese envidia de la belleza de la pareja, o quizá de su matrimonio, pensó Max.

¿Se había sentido Ginny atraída por Paul Markham antes de que asesinaran a su esposa?

«No pienses en eso», se dijo Max al mismo tiempo que su experiencia en casos de asesinato le llevaba a lo largo del camino de los medios, motivos y oportunidades...

¿Ginny asesinando a una rival?

Aquella idea era tan descabellada que no podía tenerla en cuenta. Tenía que controlar el torbellino de pensamientos que daba vueltas en su cabeza; tenía que olvidarse de aquel encuentro inesperado y concentrarse en la conversación.

—Según el artículo que leí en el periódico, la policía no encontró ninguna relación entre las tres mujeres, ni ningún sospechoso en sus círculos de amigos —comentó Sarah mientras esperaban para cruzar la calle.

Max había leído los informes policiales en busca de la misma información, por lo que asintió, pero recordó que él estaba allí para averiguar información nueva, no para repasar lo que ya se sabía.

¡O para renovar viejas amistades!

—Resulta difícil creer que nunca ha habido cotilleos acerca de los dos médicos —dijo él intentando aparentar indiferencia—. Es raro que no haya salido ninguna historia a la luz después del asesinato de la doctora.

—No ha salido nada porque no había nada que contar —dijo Ginny mientras cruzaban—. Eran dos personas que trabajaban juntas y estaban dedicadas profesionalmente a sus carreras, y la una a la otra.

—Puedo entender que él esté dedicado a su trabajo, pero ¿quién se dedica profesionalmente a urgencias? Es el departamento menos agradecido para trabajar de un hospital. Tú, por ejemplo —dijo Max volviendo a Ginny hacia él, aunque tocarla fue un error ya que le provocó un cosquilleo bajo la piel, y por lo que le pareció, a ella también—. ¿Quieres quedarte aquí para siempre?

Ginny lo miró fijamente con seriedad.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Por qué quieres saberlo? No me digas que es un simple tema de conversación porque tú no reconocerías una conversación trivial aunque la tuvieras delante. Todas tus preguntas siempre llevan a algo.

Max sonrió.

—Lo que me cuesta creer —dijo él, sintiendo una repentina ola de felicidad por estar de nuevo en su compañía—, es que ni siquiera había considerado la posibilidad de encontrarme contigo tan pronto.

Ginny frunció el ceño confusa.

—¿Qué quieres decir con eso?

Aquella era una pregunta complicada.

Max podía soñar con volver a encontrarse con ella algún día, y podía planear las cosas con el único fin de volver a verla, pero admitir aquello sería como admitir que estaba obsesionado con ella.

—Cuando regresé a Queensland, sabía que existía la posibilidad de que nos volviésemos a encontrar... —dijo Max pensando que hablaba con la cantidad justa de despreocupación—. Pero cuando me surgió el venir a Ellison, no pensé que estarías aquí. Debe de ser el destino.

La expresión de Ginny se enfureció aún más.

—Pues no sé por qué habías pensado en encontrarte conmigo, ni siquiera sé por qué te acuerdas de mí. Nunca viste más allá de tus propias narices. Para ti yo solo era «la pequeña Ginny», la alumna que te incordiaba.

Ginny se zafó de Max y se alejó de él.

¡La pequeña Ginny! Ciertamente, la había llamado así, y la había herido con aquellas palabras. Pero también la había herido porque sí veía más allá de sus propias narices; al principio, lo suficiente como para ver los problemas morales de la relación profesor-alumna, y más tarde, lo suficiente como para darse cuenta de que no sería justo atar a una alumna de veinte años a él, por un período indefinido de tiempo, sobre todo estando a miles de kilómetros de distancia el uno del otro.

—Yo estoy en el primer apartamento —dijo Ginny cuando llegaron al bloque de apartamentos—. ¿Me dais media hora para ducharme? Después, mientras yo preparo la cena, nos tomamos un aperitivo.

Max sabía que debería negarse, o al menos aparentar que no quería molestarla, pero no podía dejar pasar aquella oportunidad de estar un rato más con ella y quizá, hacerla sonreír...

—Tengo una botella de buen vino por alguna parte. La llevaré —ofreció Max.

—Y yo tengo galletitas saladas y un poco de queso —añadió Sarah, que se había adelantado y esperaba al final de las escaleras—. Nos vemos dentro de un rato.

Cuando Max la alcanzó, caminaron los dos juntos por la galería hasta el segundo apartamento.

—Yo estoy en el siguiente y creo que este es el tuyo —dijo Sarah—. ¡Esto va a ser muy divertido!

Max notó la risa en la voz de Sarah y vio la diversión reflejada en sus ojos.

Si un extraño era capaz de saber lo que estaba pensando con tanta claridad, ¿qué había ocurrido con la imagen de científico tranquilo y distante que él pensaba que proyectaba?

Capítulo 2

HECHO añicos por el simple hecho de haber visto a Ginny Willis! —admitió Max con pesar un poco más tarde.

Estaban sentados en el apartamento de Ginny; sobre la mesita de café había unos aperitivos y de la cocina llegaba el delicioso aroma de la cena.

—Solo son unas verduras con salsa de curry —le había dicho Ginny a Max cuando este comentó algo acerca del maravilloso aroma—. Es fácil de hacer, y con un poco de arroz cunde bastante.

Se comportaba de un modo tan artificioso que Max sentía ganas de zarandearla.

¿Dónde estaba la ardiente pasión que habían compartido hacía seis años? ¿Había muerto completamente? ¿Acaso solo quedaban las cenizas del rencor?

Max pensó con tristeza que tal vez fuera así.

Ginny estaba sentada sobre uno de los taburetes junto a la encimera de la cocina; había utilizado la preparación de la cena como excusa para no tener que estar cerca de él, pero teniendo en cuenta la reacción de su cuerpo, Ginny se dio cuenta de que ninguna distancia sería suficiente.

—¿Pudiste hablar con tu familia? —le preguntó Ginny a Sarah, principalmente para evitar pensar en las preguntas que le gustaría hacerle a Max.

Sarah sonrió.

—Hablé con mi madre, mi padre y con James —dijo Sarah y se volvió hacia Max—. James es mi hermano pequeño —le explicó—. Íbamos a pasar dos semanas con mis padres mientras Tony asistía a una conferencia, pero me surgió esta suplencia, y como mis padres viven en la costa, a una hora de camino en coche desde aquí, prácticamente me obligaron a aceptarla. Creo que querían a James para ellos solos.

Max asintió amablemente, pero la conversación languideció, y como anfitriona, Ginny se sintió obligada a reanimarla de nuevo.

—Ya sabemos algo más sobre por qué Sarah está aquí, así que ¿por qué estás tú aquí? —le preguntó a Max—. Y quisiera oír la verdad, no una elaborada mentira de las tuyas.

—Investigo el estrés en el departamento de urgencias, tanto en pacientes como en empleados .

La voz de Max, con su suave acento americano, parecía acariciar su piel, y Ginny tuvo que hacer un esfuerzo para que no se notara que su voz y su presencia, la afectaban de aquella manera.

Sus ojos, de color miel con motas marrones, la miraban fijamente y supo que había algo más de lo que les estaba contando. Parecía que la retaban a dudar de lo que estaba diciendo.

—¿Por qué escoger un hospital regional, en una ciudad como Ellison, cuando en el hospital de una ciudad más grande encontrarías muchos más casos de estrés?

—Es un contrato de seis meses, así que también investigaré en los hospitales generales —contestó él, aceptando el reto con un movimiento de la cabeza. Pero fue el destello de una sonrisa en la mirada de Max lo que hizo que a Ginny le temblaran las rodillas; la manifestación de haber compartido algo.

Sin lugar a dudas, amistad. Un lazo forjado por una inexplicable afinidad que raramente ocurría cuando dos personas se conocían; el principio de algo que ella, como una tonta, había creído que duraría para siempre, y que él, aparentemente, se había tomado como un simple entretenimiento en su vida.

El temblor de sus rodillas le hizo recordar los besos que hacía tiempo le había dado mientras le proclamaba una y otra vez su amor eterno.

La vergüenza que aquellos recuerdos le hacía sentir le ponía los pelos de punta, pero la reacción de su cuerpo hacia él la preocupaba aún más, y le demostraba que hasta cierto punto no se había equivocado: seguía sintiéndose físicamente atraída por él.

Pero ¿la atracción implicaba amor? ¿Podía volver ella a involucrarse

sentimentalmente con él cuando en una ocasión le había hecho tanto daño?

Pero Ginny se rio para sus adentros ante aquella idea. ¡Como si un hombre como Max no fuese a estar comprometido a aquellas alturas!

¡Como si aún se sintiese atraído por ella! Si es que alguna vez lo había estado...

—¿Con qué fin? —preguntó Sarah y Ginny se sintió aliviada, porque estaba tan absorta con la reacción de su cuerpo, que no era capaz de cumplir con sus deberes de anfitriona.

—Con el fin de reducirlo, por supuesto —contestó Max, y lo hizo con tanta tranquilidad que Ginny pensó que, aunque se había sorprendido de encontrarse con ella, él no podía estar sintiendo las mismas reacciones físicas que ella—. Principalmente en los hospitales grandes, donde creo que los empleados se cansan con más facilidad y las quejas de los pacientes son problemas bastante serios —continuó Max—. ¿Sería mejor dividir el departamento en dos? Si compruebo que, en los hospitales regionales como Ellison, donde los espacios son más pequeños, se trabaja mejor y con menos estrés, tendría que buscar el motivo y ver si ese factor podría aplicarse a otros hospitales más grandes.

Ginny sopesó las palabras y pensó que no era toda la verdad.

—¿Dónde has comenzado la investigación? —le preguntó a Max. Vio cómo este apretaba ligeramente los labios y recordó, aun después de seis años, que aquella era la señal de que su respuesta sería evasiva—. Dinos la verdad, Max. Estás entre amigos.

Él la miró y enarcó las cejas ligeramente.

—¿De verdad?

Que fuera capaz de preguntar aquello le provocó una punzada de dolor en el corazón y se puso la mano sobre el pecho. Se bajó del taburete y se metió en la cocina, haciendo como que supervisaba la cena. Los pasos que oyó detrás de ella le dijeron que la había seguido.

—Lo siento, Ginny. Eso ha sido imperdonable. Había esperado poder ocultar la segunda razón por la que estoy aquí, pero debo de ser como un libro abierto —dijo él enfadado, aunque apoyó una mano sobre el hombro de Ginny con

suavidad—. Primero me descubrió Sarah, y ahora tú.

Max estaba muy cerca de ella, y aunque no se tocaban, Ginny se imaginó que podía sentir la forma de su cuerpo.

—La cena está lista. Mientras comemos, quizá puedas contarnos algo más. No te estamos pidiendo que reveles secretos de Estado.

Ginny se apartó, pero él la siguió.

Max repartió los platos que ella había dejado sobre la encimera y abrió el cajón de los cubiertos.

—¿Solo tenedores? —preguntó él, sintiéndose como en casa en la cocina de Ginny.

—¡Sí! —contestó ella. El tono de la afirmación fue más agudo de lo que había pretendido pero sabía que cuanto más tiempo se quedara él allí cerca, más difícil le resultaría a ella borrar el recuerdo de su presencia.

Incluso cuando no estaba presente lo veía y lo sentía cerca. La sensación de que él estaba con ella cuando se encontraba en los espacios que habían compartido ya le había ocurrido hacía seis años, y por la forma en que su cuerpo estaba reaccionando aquella noche, nada parecía haber cambiado.

—Hay salsa de mango en la nevera. Ponla en la mesa.

Mientras él se daba la vuelta para abrir la nevera y se agachaba para buscar la salsa, Ginny no pudo evitar el impulso, o más bien el deseo, de observar su cuerpo, de recordar la sencilla elegancia con que se movía. Max no era un hombre de gimnasio, pero gracias a pasatiempos como el remo o el wind surf, sus músculos hacían que todo su cuerpo se moviera con gracia.

—¿Es esto? —preguntó él mientras se incorporaba, justo a tiempo para sorprenderla mirándolo.

Ginny asintió y se dio la vuelta. Se dijo a sí misma que debía dejar de pensar en Max, el hombre, y empezar a pensar en Max, el psicólogo.

Y se dijo a sí misma que debía pensar en la razón por la que él estaba allí,

temporalmente.

Sirvió el arroz en los tres platos, añadió las verduras y los repartió.

De ninguna manera iba a volver a preguntarle a Max por la verdadera razón por la que estaba allí, pero Sarah no parecía tener ningún problema al respecto.

—Para que te hagas una idea, Ginny —dijo Sarah una vez estuvieron sentados—. Max ha estado investigando acerca de los factores del estrés en los asesinos en serie, pero siento la misma confusión que tú en cuanto a lo que espera averiguar aquí en Ellison. Solo una de las víctimas tenía relación con el hospital, ¿verdad?

Ginny se volvió hacia Max. Esperaba que él ofreciese una explicación, pero estaba devorando la comida como si estuviese al borde de la inanición.

—Vamos, Max. La comida no está tan buena —dijo Ginny.

Él levantó la vista y le sonrió. Aquello hizo que el corazón de Ginny se acelerase y que el estómago le diese un vuelco.

Tampoco ayudó el darse cuenta de que Max no llevaba anillo de boda.

¡Pero su estado civil no era asunto suyo!

—Estoy ordenando mis ideas. La policía no necesitaría detectores de mentiras si vosotras estuviésteis en el cuerpo. Apenas nos conocemos, en el caso de Ginny y yo nos acabamos de reencontrar, y ya habéis descubierto mi tapadera.

—No se lo diremos a nadie —dijo Sarah y, aunque habló en tono de broma, la mirada que le dirigió a Ginny sugería que era una promesa.

—A nadie —aceptó Ginny.

Max pareció considerar aquello por un momento y después sonrió de nuevo.

—Bien. Así no tendré que deshacerme de vosotras después de contároslo.

Max comió un poco más y dejó el tenedor y el plato sobre la mesa.

—Ginny probablemente recuerde que hice mi tesis acerca de los factores que

conducen al estrés —le explicó a Sarah—. De hecho, utilicé a su clase para una serie de pequeños experimentos.

—¿Únicamente tenían que ver con el estrés? —se burló Sarah, y Ginny sintió cómo sus mejillas se sonrojaban por primera vez en muchos años.

Max vio la coloración de la piel de Ginny y volvió a sentir el estrés que no había formado parte de su tesis; el estrés que había sentido cuando se dio cuenta de lo atraído que se sentía hacia una alumna a su cargo.

Se dijo a sí mismo que debía hacer un esfuerzo por concentrarse en el tema de conversación.

—En Estados Unidos me involucré en la investigación acerca de los asesinos en serie porque todos los estudios anteriores sugerían que existía el factor del estrés en la vida del sujeto y que era la razón por la que comenzaba a asesinar.

—Y tú eras un experto en ello —añadió Sarah.

—Lo intentaba —contestó él y miró a Ginny, que movía la comida en su plato con desgana.

¡Eso en cuanto a aquellas declaraciones que ella le había hecho acerca de que lo que sentía no era solo atracción física, que siempre sentiría lo mismo por él!

—Pero si lo que estás buscando son las causas del estrés en el asesino, ¿por qué vienes al lugar de trabajo de la víctima?

La pregunta de Sarah lo devolvió al presente y distrajo su atención del cuello de Ginny, que al tener la cabeza agachada dejaba a la vista su piel pálida y sedosa.

—Fueron los detonantes del estrés los que llamaron mi atención —le explicó a Sarah, esperando haber dado a su voz un tono lo suficientemente profesional, porque su mente estaba concentrada en el placer que le daría besar aquel cuello—. Mientras que se ha investigado mucho acerca del perfil del asesino en serie, a no ser que el crimen contenga unas características fuera de lo común o tenga un trasfondo sexual, la policía no sospecha que tiene a un asesino en serie entre manos hasta que se han cometido varios asesinatos. Por ello, la persona que nos da el perfil psicológico no entra en escena hasta que la investigación está muy avanzada.

—Y ya es demasiado tarde para las víctimas, ¿no es así? —murmuró Ginny.

—Exactamente —dijo Max, intentando no dejarse llevar por la negatividad que notó en su voz—. Y es por eso hace un par de meses, participé en una conferencia en la que se habló de investigar los asesinatos desde el lado de la víctima. Se pensó que si podíamos aprender más sobre las víctimas de crímenes violentos, podríamos aprender más acerca del atacante, y así quizá en un futuro ser capaces de predecir posibles ataques.

—Pues en Ellison va a resultar un poco difícil. Solo hay que buscar a mujeres con el pelo largo y moreno.

Max notó el sarcasmo en la voz de Ginny y la miró.

—De acuerdo, pero podría haber algo más. Investigar en profundidad todo lo que rodeaba a Isobel parecía ser un buen comienzo. Después de todo, espero encajar mejor en un hospital que en una peluquería o en el departamento de belleza de un gran almacén, que era donde trabajaban las otras víctimas.

—¿Aunque uno de los médicos intentase echarte? —se burló Sarah.

Max sonrió pero estaba pendiente de Ginny. Ya no fingía que comía y sus cautivadores ojos reflejaban dolor y confusión.

—¿Conocías bien a Isobel? —le preguntó con suavidad—. Sé que trabajabas con ella, pero no sé qué clase de amistad os unía.

Ginny se encogió de hombros, como si no supiese cómo contestar. ¿O acaso se preguntaba cómo admitir que no le había caído bien su compañera de trabajo?

—No llevaba mucho tiempo en urgencias. Joven, en su primer año como médico residente, solo éramos una experiencia más para ella, y no una precisamente agradable —comentó Ginny—. Nunca parecía feliz, aunque no sé si era por estar en urgencias o por la Medicina en general. Probablemente pensase que había escogido la carrera equivocada, o quizá no quisiese desarrollar una carrera profesional —continuó—. A lo mejor lo que quería era quedarse en casa y tener una familia, pero habiendo estudiado tal vez se sintiese obligada a trabajar.

—Pero ¿por qué molestarte si no te gusta? Sobre todo si no le hacía falta —dijo Sarah—. Su marido debe de ganar mucho dinero, lo suficiente para mantenerla.

Max vio que Ginny comenzaba a sonreír y su corazón se aceleró esperando a ver una sonrisa abierta. Pero se quedó en una mueca.

—Ella podría haberlo mantenido a él —le dijo Ginny a Sarah—. Su madre era una Courtney, la familia propietaria de la mitad de Queensland —le explicó—. Como era la única chica de la familia, su abuela le dejó toda su fortuna. Supongo que se quedó con el trabajo por Paul. Quizá sintió que debía hacerlo para complacerlo, o porque era lo que él esperaba de ella.

Max pensó en Isobel. A Ginny no parecía impresionarla una mujer que trabajaba para estar a la altura de las expectativas de su marido. ¿O era el dinero?

Podía entender las reservas que Ginny hubiera tenido si Isobel se jactaba de tener mucho dinero.

Su Ginny había sido una persona seria.

Aunque tampoco era su Ginny.

Y en seis años podía haber cambiado mucho.

—¿Y como persona?

Max se sintió aliviado de que Sarah hablara. Lo libraba de tener que forzar el tema y además lo ayudaba a no perderse en los recuerdos.

Ginny volvió a encogerse de hombros.

—Como ya he dicho, no la conocía mucho. Era buen médico y trabajaba duro, pero era una persona muy reservada. Aunque era obvio que entre Paul y ella había algo especial. Él siempre pasaba por urgencias para verla.

—No me extraña que esté devastado —murmuró Sarah, pero Max estaba observando a Ginny y notó otro ligero movimiento de hombros. Como si estuviese incómoda.

—¿No está devastado? —preguntó él, pero Ginny lo lanzó una mirada furiosa.

—¡Claro que sí! —afirmó Ginny. Defendía a aquel hombre con más ímpetu del necesario, pensó Max—. Pero él era diferente. Era obvio que amaba a Isobel,

siempre estaba a su alrededor, pero también incluía a otras personas en su... felicidad. Era agradable con todo el mundo.

«¿Contigo en concreto?», se preguntó Max y esperó que el dolor que acababa de sentir no tuviese que ver con algo tan infantil como los celos.

—¿Crees que lo conoces mejor a él que a ella?

Ginny frunció el ceño y Max se dio cuenta de que no le gustó aquella pregunta, pero siendo Ginny, pensó la respuesta con detenimiento.

—Solo superficialmente —dijo al fin—. Es el tipo de hombre que siempre que va a algún sitio conoce a alguien.

Era una buena descripción y Max no tuvo ningún problema en clasificarlo mentalmente. Aunque tendría que conocer a Paul y escuchar otras opiniones antes de tener una imagen completa del esposo devastado.

—Sigo sin entender por qué estás en Ellison —dijo Ginny poniéndose de pie y recogiendo los platos—. Tengo helado y sirope de chocolate, si alguno quiere postre. ¿Sarah?

Max se preguntó si había añadido aquel ofrecimiento para quitarle importancia al primer comentario, o si era su propia confusión la que le hacía analizar cada palabra que ella decía.

—No, gracias —dijo él, repitiendo la negativa de Sarah—. La cena estaba deliciosa y no quisiera estropear el sabor con algo tan mundano como el helado.

—Y odiarías tener que dar una respuesta directa, pudiendo dar un rodeo y deshacerte de tus oyentes por el camino —dijo Ginny, y en aquella ocasión sí sonrió abiertamente.

«¡Tranquilízate!», se dijo Max. Tenía que controlar el acelerado latir de su corazón, pero logró devolverle la sonrisa.

—No he oído ninguna pregunta.

Ginny se inclinó sobre la encimera de la cocina y miró a Max fijamente. Después miró a Sarah y volvió a mirarlo a él.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó—. ¡Ahí tienes la pregunta!

¿Cuánto podía decirles a las dos? ¡Si al menos su cabeza funcionase con normalidad! ¡Si al menos le hubiese preguntado a Brent acerca de los límites de la confidencialidad!

Max miró a Ginny y se dio cuenta de que no podía mentir.

—Estoy aquí para estudiar el estrés, pero he comenzado en Ellison debido a los asesinatos. Probablemente he hecho más trabajo teórico sobre asesinatos en serie que cualquier policía de aquí, así que he aceptado el trabajo de asesor. Estoy disponible si quieren hacerme cualquier pregunta y, al estar en el hospital donde trabajó Isobel, quizá obtenga información que ayude a la policía.

—¿Asesor? ¿Es a eso a lo que te dedicas ahora? ¿Y la enseñanza?

¿Cómo explicarle que había pedido un permiso de seis meses para algo tan aparentemente ridículo como encontrar a una mujer de la que no podía olvidarse? Sobre todo si la mujer en cuestión era la que tenía delante y le había hecho la pregunta.

—Es una larga historia y aún no he sacado mis cosas del coche. ¿Te importa que hablemos de eso mañana por la noche?

—Quizá tenga una cita mañana por la noche —le dijo Ginny, y aunque su corazón dio un vuelco, fue capaz de mantener la compostura.

—Entonces se lo contaré a Sarah, y tú nunca lo sabrás.

Ginny volvió a sonreír, aunque no tan abiertamente. Parecía como si una tristeza interior le hiciese sombra.

—Tal vez fue mejor así —dijo ella en voz baja y Max supo que estaba pensando en el pasado y en la tristeza que él le había provocado.

Lo que entonces Ginny no supo era que él había compartido su dolor. Las circunstancias los habían obligado a separarse, pero había sido decisión suya que no mantuviesen el contacto, y había sido su carta la que había dado por terminada la relación.

Para Ginny, aquella carta debió de ser como una traición...

—Me marchó a casa —dijo Sarah, poniéndose de pie y volviéndose a Ginny para agradecerle la cena.

—Te acompaño —dijo Max, aunque deseaba quedarse aunque solo fuesen unos minutos más.

—Mi apartamento está a dos puertas de aquí, estaré bien —dijo Sarah con suavidad, y Max pensó que debía de haber notado la tensión en el ambiente—. Hace mucho que no os veis, y estoy segura de que las cosas en tu coche pueden esperar un poco.

Sarah salió del apartamento, y mientras se escuchaba el sonido de sus pasos y después el de la llave en la cerradura, Max observaba cómo Ginny fregaba los platos, dándole la espalda y obligándolo a hablar.

—Yo también sufrí —dijo él—. No quiero entrar en una discusión acerca de quién sufrió más, pero escribir aquella carta fue lo más difícil que he hecho en mi vida.

Ella se dio la vuelta y Max pudo ver las lágrimas en sus ojos, haciéndolos brillar con una luminosidad que los hacía más bonitos aún.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

La sencillez de aquella pregunta lo destrozó.

—Te lo expliqué en su momento, Ginny, o al menos lo intenté. Tú aún estabas estudiando, perseguías un sueño que tenías desde la infancia y mi futuro inmediato era inseguro por entonces. Cuando me di cuenta de que tenía que volver a Estados Unidos, pensé que sería bueno darnos un poco de tiempo y distanciarnos. Pero una vez allí, me di cuenta de que no sería una visita rápida, de que tendría que quedarme por un tiempo indeterminado.

Max no mencionó la enfermedad de su madre porque no quería ponerla como excusa. Tampoco estaba preparado aún para hablar de ello.

—Así que me mandaste algo tan superficial como una carta para acabar con la relación.

Max volvió a sentir el peso de la culpa y de la tristeza que había sentido cuando escribió aquella carta, aunque entonces pensó que hacía lo correcto.

¿Si se lo explicaba en ese momento, lo entendería?

—A pesar de la atracción que ambos sentíamos, apenas acabábamos de empezar a conocernos y a explorar la relación.

—Porque yo no tenía experiencia —dijo ella con acritud—. ¡Como si las cosas hubieran sido diferentes si yo hubiese tenido un montón de novios en el instituto y hubiese dejado de ser virgen siendo aún muy joven!

La acidez en la voz de Ginny fue como una bofetada para él.

—No tenía nada que ver con la experiencia o con la virginidad —murmuró Max, acercándose a ella—. Pero cuando nos conocimos, mis reticencias tenían que ver con los problemas éticos de nuestra relación. Como profesor tuyo, mi posición era la de alguien en quien se confía, Ginny. Tener una relación con una alumna no era parte de mi trabajo, y antes de que pudiésemos resolver aquello, yo tuve que marcharme.

—Y después la carta —le recordó ella—. Diciéndome que era mejor no mantener el contacto. ¿Acaso no tenía yo derecho a opinar? ¿No merecía ser considerada?

Max apoyó las manos en la encimera y agachó la cabeza.

—Eras lo único que tuve en consideración —dijo él. Habló en un tono tan bajo que Ginny tuvo que hacer un esfuerzo por oírlo.

Ginny lo observó y vio cómo la luz resaltaba algunos pelos blanquecinos en su cabeza.

¿Estaba diciendo la verdad? ¿Había sido ella lo único que tuvo en consideración?

De cualquier manera, ella había aprendido la lección: hacerle caso a su cabeza, y no a su corazón, y por cómo había reaccionado su cuerpo, desde luego no a sus emociones físicas.

Después de un rato de silencio, Max levantó la cabeza, la miró a los ojos y sonrió.

—Dejemos el pasado, por ahora, y centrémonos en el presente. Supongo que debería felicitarte por haber terminado la carrera y haber superado los años de médico residente. Dime, ¿has escogido urgencias como carrera profesional o es parte de una escala a otra especialidad? —le preguntó Max y Ginny se alegró de poder hablar de algo normal.

—Quizá lo escoja como carrera profesional, pero aún no lo sé. Llevo dos años en urgencias y me gusta. Pensé que echaría de menos la relación continuada con los pacientes, pero en un hospital nunca se tiene una relación así con los pacientes. Eso solo funciona con los médicos de cabecera.

—Entonces, ¿prefieres el trabajo en un hospital a ser médico de cabecera? —le preguntó Max mientras se sentaba sobre un taburete.

—Sí. Me gusta el ajetreo y la actividad de los hospitales. Disfruto con el reto de establecer prioridades y de sacar el máximo partido al sistema. Tenemos un buen sistema, el único problema es la burocracia y la falta de fondos, pero...

El murmullo de la risa de Max hizo que Ginny se detuviera.

—Siempre me dejo llevar —admitió ella, y Max sonrió provocando un nuevo temblor en sus rodillas.

—No, Ginny. Siempre fuiste entusiasta, y me alegro de que el tiempo y la experiencia no hayan cambiado eso.

Ella se volvió de nuevo hacia la pila, como si los pocos platos y cubiertos que había para fregar fuesen de suma importancia.

—Este es tu segundo año en Ellison, ¿te gusta estar aquí? —preguntó Max.

—Me gustan los hospitales de este tamaño, y estoy a gusto con las personas con las que trabajo —le explicó mientras aclaraba los platos y los secaba—. Me cansé de los hospitales grandes durante mis años de formación y decidí que prefería estar en uno como Ellison.

Ginny consiguió explicarle aquello haciendo un esfuerzo, ya que Max se había

colocado junto a ella para ayudarla a secar los platos.

Mientras que él parecía tranquilo, ella se había quedado clavada en el sitio y se le había cortado la respiración.

—¿Los guardo aquí? —preguntó Max acercándose a un armario, y ella asintió, sintiendo alivio ante aquella momentánea separación.

—¿Sales con alguien?

Aquella pregunta hizo que se sintiese de nuevo paralizada. ¡No era asunto suyo!

—No es asunto mío —murmuró él, repitiendo los pensamientos de Ginny—. No sé por qué lo he preguntado.

Pero sí lo sabía.

Al estar de nuevo con ella, seis años desaparecieron de repente y él tenía de nuevo veintisiete años. Volvía a ser el joven médico, empeñado en seguir estudiando y al que la potente atracción que sentía hacia una guapa estudiante de veinte años había dejado sin sentido.

Max colgó el trapo de secar los platos y salió de la cocina, para evitar la tentación de tomarla en sus brazos.

—Será mejor que me marche —dijo él arrastrando las palabras reticentemente, mientras su corazón esperaba oírla discutir aquella decisión.

Ella lo miró y la incertidumbre que vio en su mirada le hizo albergar esperanzas, pero el sonido del teléfono acabó con ellas.

Max la observó mientras descolgaba el auricular y se ponía a la escucha.

El color desapareció con tanta rapidez de sus mejillas, que Max se apresuró hacia ella para sujetarla por la cintura.

Pero Ginny no era consciente de su presencia. Estaba totalmente centrada en la llamada y por cómo se tensó su cuerpo, Max se dio cuenta de que debían de ser malas noticias.

—Enseguida estoy allí —dijo Ginny y colgó el auricular—. Tengo que ir al hospital —le dijo a Max mientras se apartaba de él para recoger las llaves. Antes de que pudiese preguntar, ella había salido por la puerta.

Mientras la seguía por la galería, vio que había luz en el cuarto apartamento. ¿Sería otro ocupante?

—¡Vamos! —gritó Ginny, sacándolo de sus pensamientos—. Puedes escoltarme hasta allí. Además, quizá quieras estar presente. Cabe la posibilidad de que sea la cuarta víctima y por lo visto ha tenido la suerte de escapar con vida.

Max la alcanzó mientras ella bajaba por las escaleras.

—Pero no estás de guardia, ¿verdad? ¿Qué ha pasado con el equipo del turno de noche?

Ginny se giró hacia él, dudó por un momento y continuó caminando.

—Los médicos del turno de noche son todos hombres, por el momento, y procuramos que sea una mujer la que asista a las víctimas de una violación —le explicó y sus palabras fueron como una lluvia de piedras.

¡Una víctima de violación! ¿Cómo eran capaces algunos hombres de hacerle aquello a una mujer?

Max sintió que la furia lo invadía.

Entraron en urgencias por la entrada de ambulancias y Ginny se dirigió directamente a una de las salas de traumatología.

—¿No estás estudiando el estrés? —le recordó ella—. Pues ahora vas a presenciarlo.

Una vez junto a la camilla, Max se dio cuenta de que el sexo del otro médico no tenía importancia. Tampoco había tiempo para preocuparse por el protocolo a seguir en los casos de violación.

Un joven doctor estaba luchando por salvarle la vida a aquella mujer; la línea recta que se veía en el monitor del ritmo cardíaco lo decía todo.

Ginny se colocó a su lado y comenzaron a trabajar juntos en aquella ardua tarea. Durante la siguiente media hora, el personal médico hizo todo lo que pudo por estabilizar a la mujer.

Tenía un moratón alrededor del cuello que cada vez se hacía más visible y de alguna manera enfatizaba el horror del ataque que había sufrido.

—Me preocupa su estado —murmuró Ginny cuando las constantes vitales de la mujer parecieron estabilizarse levemente—. Aunque le hicieron una traqueotomía y la intubaron en la ambulancia, el daño que ha sufrido en el cuello demuestra que el cerebro dejó de recibir oxígeno antes de que la encontraran, y por lo tanto, los órganos vitales comenzaron a dejar de funcionar.

—¿Quieres decir que además del moratón, el cuello ha sufrido daño interno también? —preguntó Max.

Ginny asintió y miró hacia las radiografías que una enfermera había colocado en la pared.

—El radiólogo lo explica todo en su informe —dijo Ginny y le dio el papel a Max. En aquel momento, las cortinas se descorrieron y alguien se colocó detrás de él.

—Un médico me dijo en una ocasión que los estranguladores emplean más fuerza de la necesaria.

La voz del recién llegado era profunda y parecía cansada.

A Max le era familiar; además de ser el inspector encargado del caso, Brent Carson era primo de Max por parte de padre.

También era la persona que lo había reclutado para aquel trabajo extraoficial en el hospital.

—Hola, Max —saludó Brent y movió la cabeza. Después se volvió hacia Ginny—. ¿Has comprobado si la han violado?

Ginny negó con la cabeza.

—Hemos estado demasiado ocupados intentando mantenerla con vida, aunque es

la razón por la que me han llamado. Ha ingresado como un caso de violación.

—La pareja que la encontró lo dio por supuesto —le explicó Brent—. Estaba tirada en el suelo, con la falda por encima de la cabeza y no llevaba bragas.

Max vio cómo Ginny temblaba, y sintió lo mismo que ella.

—La examinaré ahora —dijo Ginny en voz baja.

Brent le dio un kit de policía y Ginny lo dejó sobre el banco de trabajo. Después se puso unos guantes limpios.

Sacó unos cuantos sobres del paquete y los extendió para ver bien las etiquetas. Cada sobre contenía lo que necesitaba para las distintas muestras, las cuales quedarían selladas en los sobres y listas para entregar a la policía. Era el laboratorio policial, y no el del hospital, el que indagaría en busca de pistas.

Con todo el cuidado y la delicadeza de la que fue capaz, Ginny fue extrayendo las muestras del cuerpo de la mujer y las guardó en sus respectivos sobres. Después, los etiquetó y los firmó. Brent también firmó cada sobre.

—No hay señales visibles de violación; no se ven moratones ni desgarros. ¿Violaron a las otras víctimas? No recuerdo haberlo leído.

—No con la fuerza suficiente como para que resultara obvio —le dijo Brent—. Aunque todas aparecieron sin ropa interior. Si el asesino mantuvo relaciones sexuales con ellas, debió de utilizar un preservativo. Hoy en día todo el mundo sabe cómo funciona una investigación policial, así que cualquier asesino que se precie toma precauciones. Por lo que parece, este tipo no ha dejado mucho rastro.

¿Mucho?

Max repitió aquella palabra en su cabeza una y otra vez. ¡Así que la policía tenía alguna pista!

Observó el cuerpo inerte de la mujer. Su larga melena morena tenía el brillo de una persona sana, y las facciones de su cara sugerían que era una joven a las puertas de la madurez.

—¿Sabes quién es?

Brent negó con la cabeza.

—No llevaba identificación. Tendremos que esperar a que alguien la eche en falta y telefoneé a la policía.

En aquel momento la enfermera que vigilaba el monitor del ritmo cardíaco dio la voz de alarma: el corazón de la mujer comenzaba a fallar.

El joven doctor al que Ginny había ayudado le dio un golpe en el pecho, ya que en ocasiones aquel gesto estabilizaba el ritmo cardíaco.

Mientras, Ginny preparaba el electrocardiógrafo para administrarle una descarga a la mujer.

—¡Atrás! —dijo ella mientras colocaba las almohadillas sobre el pecho inerte de la víctima.

La primera descarga no hizo nada, así que mientras su colega le aplicaba masajes con las manos, Ginny preparó una dosis de epinefrina y se la administró a través del catéter intravenoso. También comprobó el oxígeno que le estaban administrando a través de un tubo. Probó distintas drogas para estabilizar el ritmo cardíaco y después subió el voltaje del electrocardiógrafo para volver a aplicarle una descarga.

Siguió el procedimiento que todo el equipo de urgencias conocía de memoria: descarga, drogas, descarga, drogas. Pero aunque aumentaron el voltaje dos veces y probaron distintas drogas, además de los masajes de reanimación, finalmente tuvieron que darse por vencidos. La habían perdido.

El color del moratón en el cuello de la joven parecía haberse intensificado, y la crueldad del hombre que se lo había provocado enfureció a Max.

¿Cómo podía alguien haber acabado con la vida de aquella mujer con la misma despreocupación que si hubiese pisado a una hormiga?

Con silenciosa determinación, Ginny terminó de sellar y firmar el último sobre y se lo entregó a Brent. Este salió del cubículo y volvió al momento. Sin duda, las muestras ya estaban de camino al laboratorio.

—¿El hecho de que no las viole significa que no es un crimen sexual? — preguntó el médico joven, mientras Ginny y él recogían el electrocardiógrafo y retiraban los catéteres del cuerpo de la mujer.

Brent no dijo nada. No parecía querer verse envuelto en aquella conversación, pero Max no veía razón para no contestar.

—Los asesinatos en serie casi siempre son crímenes sexuales —le explicó—. El atacante no siempre se excita a través de la violación o la humillación de los cuerpos de sus víctimas, pero el crimen en sí, sí lo excita. Puede rememorarle en su cabeza una y otra vez.

—Y siempre salirse con la suya —dijo el médico joven con acritud—. Después, un buen día les da un ataque al corazón y esperan que nosotros les salvemos la vida —terminó. Acarició el pelo de la mujer y se marchó.

Parecía que no quería que su ira le hiciese perder el control.

Capítulo 3

NO puedo creer que la hayamos perdido —murmuró Ginny. Estaba sentada en una silla en la sala de médicos. Tenía el codo apoyado sobre la mesa y la cabeza sobre la mano.

—Probablemente estuviese perdida antes de que la trajeran —le dijo Max, sintiendo lástima por la joven que acababa de morir, pero al mismo tiempo sintiendo con más intensidad la desesperación y el dolor de Ginny—. Tú misma dijiste que el daño interno del cuello fue el causante del fallo en los órganos vitales.

—Pero aún estaba viva —protestó Ginny, como si el fallo hubiese sido suyo.

—Hiciste todo lo que pudiste.

Max quería tocarla, abrazarla y confortarla, pero pensó que ni siquiera tenía aquel derecho como viejo amigo, en lo que a Ginny se refería, de manera que solo podía confortarla con palabras. —Tienes que recordar que además del ataque físico, siempre existe la posibilidad de que el susto y el miedo causen una repentina pérdida de conciencia que lleva a la muerte. Parece poco probable, pero hay estudios que apuntan a que el vudú funciona así.

—Pero nadie lanzó un hechizo sobre aquella mujer —murmuró Ginny—. Alguien la estranguló y después ella murió.

—Pero no inmediatamente —le recordó Max—. Algo debió de ocurrir para que el asesino no pudiese terminar el trabajo.

—Llegó una pareja —dijo Ginny—. Estuve hablando con los enfermeros de la ambulancia que la trajo. Por lo visto, la pareja vio un coche negro alejándose, así que probablemente el asesino oyó el coche de ellos acercarse. Quizá se asustó y se marchó en su coche sin molestarse en comprobar si aún seguía viva —le contó—. Lo único bueno de todo esto es que debería eliminar al personal médico como sospechosos; la mayoría de las enfermeras y de los médicos hubieran

sabido si su víctima estaba viva o muerta.

—¿Aunque estuviese inconsciente? —preguntó Max y Ginny se detuvo a pensar.

—La joven se encontraba en un estado comatoso cuando la trajeron. Desde luego, si alguien le hubiera buscado el pulso, no lo habría encontrado. Aunque pensándolo bien, ¿qué asesino comprobaría el pulso?

Max sonrió ante la pregunta de Ginny. Lo alivió ver que parecía más tranquila, aunque la tristeza por la muerte de la joven aún se reflejaba en sus ojos.

—Dudo que ningún investigador le haya preguntado alguna vez a un asesino cómo sabe que su víctima está muerta. Busque o no busque el pulso.

—Pero una enfermera o un médico lo harían automáticamente —le dijo Ginny—. De hecho, incluso los celadores que ven continuamente al personal médico hacerlo probablemente también lo hagan.

—¿Siempre? ¿Incluso en un estado de sobre carga emocional?

—Quizá no —admitió ella—, pero este es distinto. Por alguna razón, tuvo que marcharse apresuradamente.

Ginny levantó la vista y miró a Max.

—¿Estoy siendo sexista asumiendo que el asesino es un hombre?

—Es más probable que sea un hombre —aceptó Max—. Los asesinatos en serie en los que se ha visto involucrada una mujer normalmente también incluyen a un hombre. Cuando dos personas trabajan juntas, la mujer es la que tiende las trampas a las víctimas.

Max vio cómo Ginny temblaba y se arrepintió de haber mencionado las trampas. Aunque quizá era la idea de que una mujer se involucrase en algo así lo que le había provocado repulsión.

Volvió sus pensamientos al tema anterior y lo utilizó para cambiar la conversación.

—¿Por qué razón quieres excluir al personal médico de la lista de sospechosos?

—Porque un hospital es como una pequeña ciudad —dijo Ginny, obviamente aliviada por el cambio de tema—. Y como una de las víctimas ha sido un miembro de esta comunidad, todo el mundo está intranquilo. Nadie quiere que el culpable sea un conocido.

—Siempre hay alguien que conoce al culpable —le recordó Max.

—Lo sé —dijo ella, con tanta tristeza que Max sintió dolor por la infelicidad de ella.

—¿Estás libre para marcharte a casa? —preguntó él, pensando que querría alejarse del hospital—. ¿Quién se ocupa del papeleo?

—Brad era el médico de guardia y lo tiene todo controlado. No harán la autopsia hasta mañana. Habrá que avisar a alguien, porque Ellison no es lo suficientemente grande para albergar un departamento de patología, así que dos médicos de cabecera locales actúan como forenses de manera rotativa. Aunque habiendo pasado tan poco tiempo entre los dos últimos asesinatos, no sé quién querrá ofrecerse voluntario.

Ginny miró a Max y repitió sus propias palabras.

—¡Tan poco tiempo! ¿Los asesinos en serie actúan con intervalos de tiempo específicos? No recuerdo las fechas y los detalles, pero hace solo dos semanas que asesinaron a Isobel. Si los intervalos se están acortando...

Max pudo ver el miedo en sus ojos y notó la tensión en su voz.

—¿Podemos hablar en un sitio más privado? —preguntó él, mirando hacia la ventana. Al otro lado había dos enfermeras hablando.

—¡Claro! Salgamos de aquí —dijo Ginny poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la puerta. Pero aunque quería salir de allí, sabía que no podría conciliar el sueño, y tampoco quería estar sola.

Como no podía despertar a Sarah, la única persona libre era Max.

Ginny sintió que se emocionaba pero también sintió aprensión, aunque el miedo que sentía acerca de quién sería la próxima víctima pudo por encima de cualquier sentimiento. Además, si hablaba con Max de la muerte de la joven,

quizá recordara algo útil acerca del caso de Isobel, algo que hasta aquel momento, le hubiera parecido irrelevante.

—¿Quieres venir a mi apartamento? Puedo ofrecerte un refresco o un chocolate caliente, si te apetece.

Max alargó la mano hacia el pomo de la puerta y la abrió. Aquello significaba que Ginny tendría que pasar junto a él para salir.

Tan cerca de él que se olvidó de los intervalos de tiempo entre los asesinatos mientras luchaba contra el cosquilleo que sentía bajo la piel. El despertar de la atracción física la hacía sentirse desnuda y débil, y el hecho de que fuese Max quién lo provocaba la ponía aún más nerviosa.

Ya le había hecho daño una vez, emocionalmente. Y aunque sabía que los recuerdos del dolor físico desaparecían al cabo de los años, parecía que los recuerdos del dolor emocional conservaban la capacidad de hacer daño, por mucho tiempo que pasara. Ginny se alejó apresuradamente, pero Max la seguía de cerca, lo suficiente como para sentir su presencia.

Cruzaron la calle, cada uno envuelto en sus propios pensamientos mientras se dirigían a los apartamentos.

—Parece que tenemos compañía. Tu edificio se está haciendo famoso, Ginny —dijo Max señalando hacia la luz que había visto tras las cortinas del cuarto apartamento, cuando salieron hacia el hospital.

Pero Ginny estaba absorta observando el BMW de color rojo que había aparcado junto a la acera.

—Es el coche de Paul Markham. Quizá haya venido algún familiar de Isobel a visitarlo, y lo ha acomodado aquí, aunque él tiene una casa enorme junto al río, con un jardín precioso. Tiene sitio para todas las visitas que pueda recibir.

—Tal vez sea un conocido, alguien que trabaja en el hospital y lo está ayudando a instalarse —sugirió Max.

—Es demasiado tarde para eso, son casi las doce de la noche —dijo Ginny mirando hacia la ventana iluminada—. Me preguntó si querrá tomar algo con nosotros.

—No hay nada peor que interrumpir cuando alguien está intentando instalarse —dijo Max y Ginny sonrió para sus adentros.

Habría pensando que Max quería estar a solas con ella si antes no la hubiera rechazado. Aun así, no pudo evitar sentir que el calor invadía su pecho.

—Puedes venir a mi apartamento, si quieres —dijo Max—. No puedo ofrecerte chocolate caliente, pero puedo sacar un par de latas de conserva del coche. También tengo café y una caja de galletas que la hija de alguien que conozco me regaló.

¿Sería hombre o mujer, la persona de la que hablaba? se preguntó Ginny, pero inmediatamente se regañó a sí misma por preguntarse aquello.

«¡Contrólate!», se ordenó.

—Vamos a mi apartamento —le dijo a Max—. Tengo tarta helada de chocolate; mucho mejor que un paquete de galletas. Podemos comer hasta satisfacer nuestros corazones.

—¿Tu corazón está satisfecho? —le preguntó Max, tan cerca del oído que la hizo girarse sobre sí misma.

Ginny lo miró a los ojos y lo que vio allí le cortó la respiración.

Una mujer acaba de morir aquella noche, se recordó a sí misma y rememoró los moratones en el cuello de la víctima para apartar sus pensamientos de Max.

—Quiero hablar sobre los asesinos en serie —le recordó—. Como los intervalos de tiempo se están haciendo más cortos, quizá solo le queden unos pocos días a la siguiente víctima. Es importante, Max.

—Lo sé —dijo él y Ginny supo que hablaba en serio.

—¿Dijiste que han pasado dos semanas desde la muerte de Isobel? —preguntó él cuando estuvieron sentados, con un vaso de cerveza cada uno, y después de haberse comido la tarta de chocolate.

—Exactamente —dijo Ginny.

—No recuerdo los detalles, pero dos semanas es un tiempo relativamente corto para el inicio de la carrera profesional de un asesino.

—¿La carrera profesional? —repitió incrédula Ginny—. ¿Han muerto cuatro personas y solo es el comienzo? ¿Y tú lo tachas de «carrera profesional»?

Max notó el miedo en sus palabras y se apresuró a corregir lo que había dicho, o al menos a suavizar lo que sus palabras implicaban.

—Tenemos que darle un nombre —le dijo, hablando con suavidad—. Siento haber hablado con tanta crueldad, pero la única manera en que la policía o las personas implicadas en una investigación de este tipo pueden manejar las cosas es siendo impersonales.

Al ver que Ginny sonreía, supo que la había tranquilizado. Max también sonrió. Nunca había sido capaz de no hacerlo cuando ella sonreía.

Pero se dio cuenta, de repente, de que se había olvidado por completo de lo que habían estado hablando en un principio.

¡Intervalos!

—Por lo general, los intervalos entre cada asesinato son más largos al principio, y, poco a poco van acortándose, a medida que el asesino se va sintiendo más seguro, o quizá más poderoso.

—O probablemente necesita sentir la excitación que el ataque le proporciona, más a menudo —sugirió Ginny. Su sonrisa había desaparecido y había tensión en su voz, como si la idea de que un asesinato pudiera provocar excitación le resultara aborrecible—. Pero si el intervalo de dos semanas es un patrón por el que guiarnos, a la siguiente víctima solo le quedan dos semanas de vida. ¿Qué sugieres? ¿Que todas las mujeres con el pelo largo y moreno se lo corten y se lo tiñan de otro color? ¡Se supone que deberías estar pensando en la siguiente víctima y ni siquiera sabemos quién es la joven que ha muerto esta noche! ¿Cómo puedes...? ¿Cómo puede nadie salvar a la siguiente?

Ginny parecía tan disgustada que Max quiso acercarse a ella y abrazarla, pero... ¡había tantas razones por las que no podía hacerlo!

—Aunque los intervalos entre las cuatro víctimas se han ido acortando, a lo

mejor el susto de esta noche le haga aumentarlos de nuevo —dijo Max, esperando que aquella sugerencia la calmase.

—¿O quizá le haga parar?

Max sabía que había pocas probabilidades de que los asesinos en serie se detuvieran, aunque el miedo a que los pillaran podía hacerlos cambiar de escenario. Sin embargo, Ginny probablemente no se sintiera más tranquila sabiendo aquello.

—Esperemos que así sea —dijo Max. El silencio se apoderó de ellos y se hizo incómodo al recordar cosas del pasado.

Max sabía que debería marcharse, así que se inclinó hacia delante y recogió los platos con los restos de tarta.

—Yo los friego —ofreció él mientras se levantaba.

—Déjalos en la cocina. Ya lo haré yo —replicó Ginny, poniéndose también de pie—. Ahora que Sarah está aquí para compartir el trabajo, mañana puedo levantarme tarde.

Max llevó los platos a la cocina y los dejó sobre la encimera. Pero cuando terminó, el silencio seguía envolviéndolos.

Salió de la cocina y se dirigió hacia el cuarto de estar; Ginny estaba de pie junto a la ventana, observando la oscuridad.

Tenía que marcharse, pero no era capaz de hacerlo. Quería decirle muchas cosas, pero aunque las palabras se arremolinaban en su cabeza, no era capaz de ordenarlas.

Max se acercó a la ventana y Ginny se volvió para mirarlo. Él alargó los brazos y apoyó las manos sobre los hombros de ella con suavidad. Después, las subió para sostener su cara.

—¡Ginny! —exclamó Max con un susurro ronco. Ella no dijo nada, pero sus verdes ojos lo miraban fijamente con expectación. Aunque también con cautela. Y Max recordó que la había hecho sufrir—. ¿Puedo besarte? —preguntó él con la voz ronca por seis años de frustración y muchas dudas nuevas.

—¿Lo estás preguntando, Max?

—Sí.

En aquella ocasión su tono de voz fue más tranquilo. No parecía tan desesperado.

Ella lo miró y él esperó.

—Supongo que sí —dijo ella finalmente, en voz baja. En sus ojos se reflejaba la aprensión y la emoción.

Max agachó la cabeza y la besó suavemente en los labios. Sintió dolor en su corazón y le pareció que perdía el control de sí mismo.

—¡Ginny! —murmuró de nuevo y la estrechó contra él, abrazándola con delicadeza. Se sintió abrumado por la profundidad de la emoción que sentía hacia aquella maravillosa mujer, a la que hacía tantos años había abandonado.

Max profundizó el beso y notó que ella pasaba de la aceptación a algo que se parecía al mero disfrute.

Pero Ginny no le devolvió el beso.

Max levantó la cabeza, pero no dejó de abrazarla. Inspiró profundamente para calmar el revuelo de su cuerpo.

—Para mí nada ha cambiado —dijo él con aspereza por el nudo que sentía en la garganta—. Solo tengo que mirarte para sentir cómo mi cuerpo despierta. Si te beso, incluso solo con abrazarte de esta manera, siento que todo mi cuerpo tiembla por el deseo.

Max le dio un beso en la frente y se apartó de ella. Después sonrió débilmente.

—Ahora dime que para ti ya no es lo mismo y mándame a casa. Sácame de esta miseria. No puedo creer que esté comportándome de una manera tan lastimosa, aunque quizá tengas el mismo efecto sobre todos los hombres a los que has besado, y tu sonrisa haya tenido el mismo efecto devastador sobre la pila de pretendientes que habrás tenido.

—No han sido tantos —dijo ella y la mencionada sonrisa pareció asomar a sus bonitos labios.

Ginny lo miró y se preguntó qué podía decir. Podía decirle que se marchara a casa, pero no quería que lo hiciera.

Su corazón quería que la besara de nuevo, pero había tenido que hacer un esfuerzo para no devolverle el beso, y sabía que repetirlo podía resultar peligroso. Al menos hasta que hubiese tenido tiempo de pensar en las consecuencias de devolverle el beso.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó él, como si supiese lo que estaba pensando.

—Siempre en tu papel de psicólogo, Max. ¿Cómo iba a ayudarme hablar sobre ello, teniendo en cuenta que la idea predominante en mi cabeza es la de que me rechazaste en el pasado?

Los labios de Max formaron una sonrisa, pero el gesto estaba cargado de tristeza.

—Me lo merezco —dijo él—. Quisiera poder prometerte que preferiría morir antes que volver a hacerte daño, pero ¿quién puede prometer tales cosas? ¿Quién sabe qué cosas pueden herir al otro?

Max se encogió de hombros y Ginny se apartó de él y se dirigió hacia la cocina para entretenerse con algo.

—No podemos empezar de nuevo, como si estos seis años no hubiesen existido. Aunque tampoco es que tuviésemos una relación seria en el pasado.

Max entendió lo que quería decir.

—Una amistad y unos cuantos besos apasionados —dijo él, repitiendo lo que lo que se había dicho a sí mismo para minimizar el dolor que sintió mientras escribía la carta.

—¿Eso es lo que fue para ti? —preguntó Ginny y Max se acercó a la cocina.

—No —contestó él con firmeza, y la miró a los ojos para que ella pudiese ver que hablaba con sinceridad—. Para mí fue como la realización de un sueño

imposible, la unión de dos almas gemelas.

Ginny abrió los ojos de par en par y habló con voz temblorosa.

—Nunca me dijiste eso.

—Solo tenías veinte años —dijo Max—. ¿Cómo iba a exigirte la misma intensidad?

—Yo sentía lo mismo —protestó ella y la furia hizo que se sonrojara—. Y cuando intenté decírtelo, tú lo analizaste y lo diseccionaste y actuaste como si fuera un experimento sociológico, hasta el final. Después, dijiste adiós y te marchaste sin pensártelo dos veces.

Max detectó el dolor que había en aquellos recuerdos, y aunque deseaba tocarla, sabía que sería un error hacerlo.

—Lo pensé más de dos veces, Ginny. Pero tuve que marcharme...

—Yo te habría esperado, te lo dije.

—Si solo hubiese estado fuera un mes, como era mi intención, sí. Pero cuando las cosas cambiaron, no podía permitir que vivieras pendiente de mí y que dejaras pasar tus años de juventud esperándome.

Max sonrió, pero no obtuvo respuesta. Sintió que el cansancio se apoderaba de él de repente.

—Será mejor que me marche y dejarte dormir —dijo él finalmente.

Ginny lo miró mientras se dirigía hacia la puerta. Quedaban muchas cosas por resolver, pero ella también estaba cansada y tampoco creía que hablar sobre ello aliviase el dolor. Además, el pasado no era lo verdaderamente importante. El presente y las posibles consecuencias de devolverle el beso deberían prevalecer en su cabeza.

Cuando llegó a la puerta, Max se volvió y levantó la mano antes de salir.

—¿No vas a acompañarme a mi apartamento? —preguntó él y Ginny no pudo evitar sonreír.

—Creo que te las arreglarás bien tú solo —contestó ella.

—Asegúrate de que cierras bien las puertas.

Aquello era un recordatorio de la razón por la que estaba allí. Y que su presencia era temporal.

Si le devolvía el beso y volvía a marcharse, ¿sería capaz de soportar el dolor de nuevo?

—Se cierran automáticamente —le dijo Ginny.

Capítulo 4

A LA mañana siguiente, Sarah se despertó con el sonido del teléfono. Miró el reloj que había sobre la mesilla de noche y frunció el ceño al darse cuenta de que no había oído la alarma del despertador. De todos modos, aún no era lo suficientemente tarde como para que el hospital la llamara.

—Dígame —dijo después de descolgar el auricular.

—Buenos días —respondió la voz al otro lado.

Era la voz de Tony y la oyó con tanta claridad que una ola de amor y nostalgia barrió el corazón de Sarah.

—No podemos seguir separándonos de esta manera —le dijo—. Cada vez que ocurre, se me olvida lo mucho que te echo de menos hasta que no estás.

—Pero piensa en los reencuentros —bromeó Tony y Sarah sintió que el calor invadía su cuerpo.

Sarah le habló de Max y de la razón por la que estaba allí, y Tony recordó al hombre al que había conocido en Washington y le contó lo que sabía de él. Hablaron sobre James, el hermano de Sarah, y del trabajo en el hospital y Tony le pidió que tuviese cuidado y se mantuviese alerta. Después, hablaron de temas más personales, así que cuando Sarah colgó el auricular, una sonrisa se dibujaba en sus labios.

Cuando llegó al hospital, la sala de urgencias estaba relativamente tranquila. Casi no había pacientes y el lugar parecía vacío.

Brad y su equipo estaban a punto de marcharse, pero antes de hacerlo, este informó a Sarah acerca de la cuarta víctima del asesino.

—El resto de la noche pasó con tranquilidad —añadió Brad. Parecía cansado y

derrotado—. Fue terrible perderla. Y su semejanza con Isobel solo empeoró las cosas.

—¿Conocías bien a Isobel?

Sarah preguntó de manera automática y se sorprendió al ver que Brad fruncía el ceño.

—No creo que nadie la conociese bien, aparte de su marido, claro. Aunque al principio trabajamos en el mismo equipo, no parecía probable que fuésemos a entablar una amistad.

—Ginny dijo que era de familia adinerada. ¿Se jactaba mucho de ello y por eso no entablaba amistades? —le preguntó Sarah, pero Brad negó con la cabeza.

—No. Era tan amistosa como cualquier otra persona, pero era muy reservada —contestó él y consultó su reloj—. Me marchó, antes de que se acabe la calma. Isobel trabajaba duro y nunca se escaqueaba, ni escurría el bulto, pero cuando llegaba su hora, salía de aquí como un rayo —añadió.

Quizá su marido la esperaba en casa, pensó Sarah, pero Paul era un especialista, y probablemente también tuviera un horario fuera de lo normal.

¿Se apresuraría Isobel a llegar a casa para prepararle la cena?

¿Era Paul Markham la clase de hombre que piensa que el lugar de la mujer está en la cocina?

Sarah dejó aquellas preguntas a un lado al oír que la llamaban por megafonía.

Se dirigió al cubículo número uno, atendió a un niño con un posible caso de meningitis y, cuando llegó el pediatra, se marchó a visitar a los demás pacientes.

El trabajo de la mañana había comenzado.

—¿Llevamos el mismo camino? —preguntó Max con tono de despreocupación, al encontrarse con Ginny justo cuando esta salía de su apartamento.

—Supongo que sí —respondió Ginny.

—¡No hace falta que parezcas tan contenta! —gruñó él, exagerando el tono para encubrir sus verdaderos sentimientos.

La sujetó del brazo mientras bajaban por las escaleras, pero después pensó que no era una buena idea, ya que aquella cercanía estaba provocando reacciones en partes de su cuerpo que no podía controlar. Pero no fue capaz de soltarla.

Ginny solucionó el dilema apartándose y dejándolo con una sensación de pérdida en vez de alivio.

—No sé cómo vas a evitar otro asesinato si lo único que haces es dar vueltas por el hospital —murmuró ella, y lo dijo con tanto enfado, que Max se sintió obligado a defenderse.

—Recuerda que la principal razón de que esté aquí es mi estudio sobre el estrés; la otra es un interés añadido.

—No creo que le resultara muy interesante a la chica que murió anoche —espetó Ginny—. ¡No es un juego, Max! ¡No es un ejercicio intelectual! ¡Es real!

Parecía tan consternada que Max volvió a sujetarla por el brazo para que se detuviera.

—Soy perfectamente consciente de lo real que es todo esto, Ginny. Y desde luego, me lo tomo como algo más que un ejercicio intelectual.

La miró a los ojos y vio la incertidumbre reflejada en su mirada. Quería prometerle que la protegería de todos los misterios y sufrimientos de la vida, pero había perdido el derecho de hacerla suya. De todos modos, nadie podía mantener una promesa como aquella.

Aunque la atracción que había entre ellos parecía más fuerte que nunca, al menos por parte de él, Max sabía que una relación estable necesitaba algo más para que funcionase.

Ginny ya tenía edad para que, si los dos lo deseaban, exploraran lo que hubiese más allá. Pero ¿y si descubrían que solo había atracción física?

Y si la atracción se acababa, ella volvería a sufrir.

O quizá fuera él el que tuviese que pasar por el sufrimiento de tener que separarse.

—Entonces, ¿qué estás haciendo para evitar el siguiente asesinato? —le preguntó Ginny.

Max dejó a un lado los pensamientos más recientes y buscó la información que ella pedía.

—En todos los casos, las víctimas trabajan en lugares donde entra y sale mucha gente; la peluquería, el departamento de belleza de un gran almacén, y el hospital. Son sitios por donde las personas pueden deambular y observar a los demás sin llamar la atención.

—Entonces, quieres decir que la mujer de anoche probablemente trabajaba en un lugar público.

Max se encogió de hombros. Nada solía ser tan previsible.

—Si se descubre que trabajaba en un lugar público, será un dato más que la policía podrá utilizar para poner a las mujeres sobre aviso, aparte de las semejanzas entre las víctimas. Son muchos pequeños detalles, pero poco a poco se va formando una imagen.

—¡Una imagen! ¡Cámaras de seguridad! —exclamó Ginny y se detuvo en seco, por lo que Max se alegró de haber cruzado la calle—. Supongo que la peluquería no tendrá cámaras de vigilancia, pero sí las habrá en un gran almacén.

—¡Estás sobre la pista! —se burló Max—. Supongo que la policía ya ha pensado en ello.

De hecho, sabía que ya tenían las cintas de vídeo, además de las del hospital. Y aunque la peluquería no tenía vigilancia, sí la había a la entrada del centro comercial, y la policía ya tenía a sus especialistas estudiando las cintas en busca de personas que apareciesen en más de una.

Lo que Max no sabía, era cuánta información le estaba permitido revelar. Tendría que preguntarle a Brent.

—Hay cámaras en la sala de espera de urgencias —dijo Ginny. Su mente seguía la misma pista—. Supongo que la policía ya se ha llevado las cintas pero, si no lo ha hecho, ya pueden darse prisa, porque se borran al cabo de cada mes para reutilizarlas.

Habían llegado a la entrada de urgencias y se detuvieron. Max tenía intención de entrar por la puerta principal.

—Deberían conservarlas dos meses antes de reutilizarlas. Por si acaso.

—Tienes razón —dijo ella sonriendo—. De hecho, se lo sugeriré a los encargados de seguridad.

Lo que no sugirió fue que Max la acompañara por la entrada de urgencias. Se limitó a despedirse con un movimiento de cabeza y entró en el hospital. Sin duda alguna, tenía la mente puesta en hablar con el departamento de seguridad.

Max rodeó el edificio y entró por la puerta principal, el acceso para los pacientes ambulantes.

El lugar era un bullicio de gente, hablando los unos con los otros mientras esperaban su turno.

Max se detuvo a escuchar y se dio cuenta de que el lazo que se formaba entre los desconocidos era debido al sufrimiento compartido, provocado por los tiempos de espera, no por los sufrimientos individuales provocados por las enfermedades y los dolores.

Unas horas más tarde, Sarah y Ginny se tomaron un breve descanso en la cafetería, donde se reunieron con Max.

Este les habló de sus observaciones hasta que apareció un celador con una nota para Ginny.

Ella la leyó y después se disculpó, apresurándose hacia los ascensores que había al final de la cafetería.

—Quería preguntarte acerca de los intervalos —le dijo Sarah a Max—. Ginny

me ha estado hablando de ello hace un rato.

Max asintió y sacó su libreta, pero en aquel momento una enfermera le hizo una señal a Sarah, indicándole que el descanso había terminado.

—Te las apuntaré —ofreció Max. Después de todo, era información de dominio público.

—¡Gracias! —contestó Sarah y se marchó.

Max volvió a la sala de espera, donde algunas caras habían cambiado pero las quejas seguían siendo las mismas.

De vez en cuando, Ginny cruzaba la sala apresuradamente y se dirigía a alguna parte por detrás de la sala, y Max se sorprendió a sí mismo preguntándose adónde iría.

Pero sabía que no era asunto suyo adónde fuese o lo que hiciese, y se tuvo que recordar que estaba allí para estudiar el estrés.

A pesar de ello, no pudo evitar levantar la mirada cada vez que notaba movimiento.

Quizá al día siguiente cambiase de escenario y se dedicase a observar desde el punto de vista de los médicos. Así, al menos, podría verla más a menudo.

—¡Lo siento! Es mi día libre y no pienso acercarme al hospital. Tendrás que preguntárselo a Sarah.

La jornada laboral había terminado y estaban sentados en la cafetería esperando a Sarah, que había tenido que marcharse a hacerle la autopsia a la cuarta víctima, a falta de un forense.

—Si es que vuelve —gruñó Max. Estaba enfadado consigo mismo por haber hecho aquella sugerencia tan prematuramente.

Si hubiera sabido que era el día libre de Ginny, lo habría dejado para otro momento y se habría quedado en casa ordenando papeles, quizá almorzando con

ella...

—¿Has encontrado algo significativo?

Max se dio cuenta de que la pregunta no iba dirigida a él, así que levantó la cabeza para ver quién era y vio a Sarah. Esta apartó una silla y tomó asiento junto a ellos.

—Siento haberos hecho esperar —dijo y después movió la cabeza—. La respuesta a tu pregunta, Ginny, es «no». Aunque... —comenzó a decir algo pero dudó.

—¿Qué? —lo increpó Ginny.

—Poco antes de morir cenó bien: un filete, champiñones, vino, un postre de chocolate... Probablemente una hora escasa antes de que la trajeran a urgencias.

Sarah los miró a los dos, probablemente preguntándose cuánta información compartir con ellos. Después, asintió con la cabeza.

—No creo que sea información confidencial, pero me preocupa. No era la clase de cena que una chica trabajadora se prepararía para ella sola. No puedo dejar de pensar que quizá el asesino la invitara a cenar antes de matarla. Tal vez tuvieron una cita.

Sarah se detuvo de nuevo, pero rápidamente volvió a hablar, como si estuviese confesando algo que no debería haber hecho.

—Comprobé los informes de las otras autopsias. Las dos primeras víctimas también habían cenado bien poco antes de morir.

—¿Solo las dos primeras? —preguntó Ginny—. ¿E Isobel?

Sarah negó con la cabeza, pero después sonrió.

—Hay una posible explicación para eso: ¿creéis que una mujer, procedente de una familia adinerada, se sentiría tentada por una invitación a cenar? Siempre he pensado que si yo tuviera dinero, cenaría fuera todos los días. Probablemente el asesino utilizó otro método con ella.

Ginny pensó en lo que Sarah acababa de decir y negó con la cabeza, aunque de manera desdeñosa.

—Isobel no encaja, ¿no es así?

Ginny le hizo aquella pregunta a Max porque estaba segura de que sabía más de lo que decía. Además, era una excusa para mirarlo y observar su fuerte mentón bajo aquella piel bronceada.

Y para recordar el beso.

—Hace una pregunta y después ni siquiera escucha la respuesta —dijo él y sonrió como si pudiese leer sus pensamientos—. Te he preguntado que en qué no encaja.

Ginny ordenó sus pensamientos.

—No era soltera, y no trabajaba en un lugar público como una peluquería o un gran almacén.

—¿Cabe la posibilidad de que hubiese asistido a alguna víctima de violación, poco antes de morir? —preguntó Sarah—. Quizá averiguó algo que pudiese llevar a la policía a la persona responsable. La violación en ocasiones acaba en asesinato, ¿verdad?

Sarah dirigía las preguntas a Max, dejando a Ginny libertad para mirarlo. Sentía que las sutiles manifestaciones del amor que había despertado en ella seis años atrás volvían a invadirla.

—Creo que la policía ha investigado las diferencias entre las víctimas —dijo él, y Ginny pensó que estaba escogiendo las palabras con demasiado cuidado.

—Eso incluye lo que cada una había comido —dijo Sarah con un ligero tono de burla hacia sí misma—. Y supongo que habrán tenido en cuenta los intervalos de tiempo —añadió y miró a Ginny—. Después de que tú me hablaras de ello, Max me apuntó las fechas. Es muy extraño porque parecen demasiado regulares. Es como si el asesino hubiese estado trabajando según un horario específico desde el principio.

Sarah se metió la mano en el bolsillo de la cazadora, sacó un papel y lo extendió

sobre la mesa.

—Estuve pensando en ello. Los intervalos son de tres semanas, tres semanas, dos semanas... y siempre en lunes —comentó y miró a Max—. Se que no se debe generalizar, pero ¿son tan predecibles los asesinos en serie? Por lo poco que he leído, sé que los intervalos suelen acortarse pero no de una forma tan sistemática. Además, si la caza forma parte de su fantasía, ¿no la prolongaría?

Max observó a las dos mujeres. ¿Cuánto podía contarles?

Y si no les contaba nada, ¿cuánto se acercaría Sarah con sus suposiciones? Y Ginny insistía en el tema de las cámaras de vigilancia.

—Quizá tenga libre los lunes en el trabajo —sugirió Sarah.

—Pero aparte de la fantasía, si primero observa a la víctima —intervino Ginny antes de que Max asimilase lo que Sarah acababa de decir—, acortar los intervalos solo complicaría las cosas. Lo que quiero decir es que una semana no es suficiente para encontrar a la chica adecuada y establecer una relación que le permita invitarla a cenar. A no ser que la conociera de antes —continuó Ginny después de una pausa—. ¿Han identificado a la última víctima? Si ya lo han hecho, y existen cintas de seguridad, quizá el asesino aparezca en ellas más a menudo de lo que aparecía en las primeras.

—¿Cámaras de seguridad? —preguntó Sara y Ginny le relató la conversación que Max y ella habían tenido anteriormente.

—Pero, no se citaría con las chicas en su lugar de trabajo. ¿Qué pasa con los clubes nocturnos, las cafeterías, los sitios adonde suele ir la gente joven? ¿No resultaría más normal?

Max asintió. Se sintió repentinamente deprimido al notar la frustración de intentar predecir el siguiente paso de una conducta aberrante.

—Hasta ahora la policía no ha encontrado un lugar de encuentro común. No tenían intereses comunes y trabajaban en diferentes partes de la ciudad.

Ginny debió de notar su cambio de humor, porque alargó la mano para tocar la suya.

—Quizá la identificación de la cuarta víctima ate algunos cabos —le dijo con suavidad.

Max sentía ganas de sujetar aquella mano y no dejarla escapar, pero Ginny la retiró enseguida y la metió debajo de la mesa, como si quisiera esconderla de la tentación.

Ginny sonreía de nuevo, pero no a él.

Capítulo 5

CREO que somos todos vecinos —dijo Paul Markham. Se había acercado a la mesa donde estaban sentados y se detuvo. Él también sonreía, a Ginny de manera específica, pensó Max, aunque el comentario iba dirigido a todos.

Max se preguntó si lo que estaba sintiendo en aquel momento eran celos provocados por el aparente interés de Paul en Ginny.

¿O era algo más?

Probablemente una instintiva desconfianza hacia alguien tan obviamente bien parecido como Paul Markham.

Se estaba reprochando a sí mismo el juzgar según las apariencias, cuando Ginny habló.

—¿Te has mudado al cuarto apartamento? —le preguntó, sin molestarse en ocultar su incredulidad—. Anoche vi tu coche allí y pensé que estarías ayudando a algún amigo a instalarse. ¿Por qué quieres vivir en un sitio tan...?

—¿Horrible?

Paul dijo aquello de manera tan halagadora, que Max sintió que su aversión hacia él crecía.

Lo que llamaba la atención era verlo sonreír y reír, cuando hacía apenas dos semanas que habían asesinado a su esposa.

Por una parte, Max reconocía la injusticia de aquella observación, pero por otra parte no podía evitar sospechar acerca de los motivos de Paul.

¿Por qué iba a mudarse si no estaba interesado en Ginny?

—Estás gruñendo otra vez —susurró Sarah.

Pero lo que captó su atención fue la forma en que ella cubrió con la mano el papel con las fechas y se lo guardó discretamente en el bolso.

Supuso que lo había hecho por delicadeza hacia Paul, pero la observó de cerca antes de volver su atención a lo que ocurría al otro lado de la mesa.

—No soportaba más la soledad —estaba diciendo Paul, como si aquello explicara por qué se había mudado de lo que Ginny había descrito como una casa bonita y grande, a una residencia para personal hospitalario—. Así que pedí las llaves y anoche fui a verlo. Luego, volví a casa a recoger algunas cosas para hacerlo más cómodo. Tuve que hacer varios viajes y aun así se me olvidaron algunas, como los cereales para el desayuno, así que esta mañana he tenido que volver a mi casa.

Ginny le estaba dando palmadas en el brazo y Max hizo un esfuerzo por no gruñir, pero no pudo ocultar su incredulidad.

—¿No preferirías un hotel, o un apartamento con servicio de habitaciones? —le preguntó Max.

—Pero tú no —replicó Paul.

—Yo solo soy un pobre investigador, no un especialista en continuo ascenso.

Aunque fue muy ligero, Max notó un cambio en la postura de Paul; una tensión que implicaba más interés del que pretendía demostrar cuando habló.

—¿Ah sí? ¿Qué investigas?

—¡Estrés! —exclamó Sarah, y se rio—. Qué mejor sitio que un hospital para investigarlo.

—Lo siento, Paul —interrumpió Ginny—. No os he presentado. Cuando se trabaja en un hospital es normal asumir que todo el mundo se conoce, aunque solo sea por la reputación.

Y por lo visto, la suya era impecable, pensó Max mientras se levantaba para estrecharle la mano.

Tan escurridiza como su sonrisa, se dijo Max, pero también sonrió.

No había habido nada extraño en el apretón de manos, ni en su sonrisa. Ni siquiera lo podía tachar de persona extraña.

De hecho, bajo otras circunstancias, quizá se hubieran tomado unas cervezas juntos.

—¿Me acompañas a casa, Max?

Sarah se había puesto de pie y, por la forma en que le apretó el brazo con los dedos, Max se dio cuenta de que no le quedaba más remedio.

—Está a punto de invitarla a cenar —susurró Sarah mientras salían de la cafetería—. Podía sentirlo; estaba hablando de hacer la compra y supuse que si te enterabas de la invitación, comenzarías a gruñir de nuevo.

Sarah se detuvo y lo miró.

—Podías haberla invitado tú.

—¿Por qué? —preguntó Max, y Sarah suspiró exasperada.

—Porque resulta obvio que te gusta. Sea lo que sea que pasó cuando os conocisteis, aún queda algo entre vosotros.

—¿Entonces por qué le sonrío?

Sarah se rio.

—Te ha dado fuerte, ¿verdad? Pues simplemente porque es un hombre atractivo y agradable, y además diría que siente lástima de él y cree que necesita compañía y apoyo. Quizá ella también necesite apoyo y comprensión, si tu repentina aparición la ha descolocado tanto como a ti.

Max tuvo que sonreír movió la cabeza y pasó su brazo por el de Sarah.

—Volvamos dentro otra vez para decirles que cenén con nosotros. ¿Conoces esta ciudad? ¿Sabes de algún restaurante para cenar? —le preguntó, y sonrió abiertamente antes de continuar hablando—. Eso debería echar por tierra sus planes, ¿verdad?

Sarah dio media vuelta y se dirigió hacia la cafetería. Max la siguió. Atravesaron las puertas y se acercaron a la mesa donde Paul y Ginny estaban sentados.

Estaban a medio camino, cuando Sarah se detuvo repentinamente y se volvió a mirarlo.

—Lo de las invitaciones a cenar solo tendrían sentido si las mujeres aceptaron de buena gana —dijo Sarah repentinamente—, y para eso, el desconocido no solo tendría que ser guapo, sino que tendría que ir bien vestido también —añadió, dando voz a lo que se le acababa de ocurrir.

—Un hombre atractivo y con traje —repitió Max mientras miraba fijamente a Paul Markham.

—¡No lo creo! —dijo Sarah cuando vio en quién se estaba fijando Max—. Supongo que cualquiera puede asesinar a una esposa. Pero no me imagino a Paul Markham como a un asesino en serie.

—Tengo que admitir que no encaja en el perfil —aceptó Max—. Por lo que ha dicho Ginny, es un hombre sociable, y los asesinos en serie suelen ser personas solitarias, aunque las generalizaciones nunca son buenas. De hecho, los asesinos organizados pueden ser muy sociables en apariencia. Hombres encantadores —añadió y suspiró—. Solo quisiera encontrar una razón para alejarlo del hospital, y la cárcel parecía una buena opción.

—Algo más práctico sería decirle a Ginny lo que sientes por ella.

En aquel momento, Ginny y Paul se pusieron de pie y se dirigieron hacia ellos.

Sarah tomó la delantera y los abordó mientras se dirigían hacia la puerta.

—Habíamos vuelto para preguntarte si conoces algún sitio para salir a cenar, Ginny. Max y yo estábamos pensando en invitarte, ya que anoche cenamos en tu casa. ¿Te apetece venir, Paul?

Ginny parecía tan incómoda que Max supo que Paul ya la había hecho una invitación. Pero Sarah formuló la invitación con tanto ingenio, que resultaría de mala educación si la rechazaban.

—Hay un buen restaurante, Ciao, junto al río, y está cerca de aquí. Muchos

empleados del hospital van allí, pero la comida es buena y no es caro —dijo Ginny.

—¡Estupendo! —dijo Sarah alegremente, e ignoró el silencio procedente de los dos hombres. Entrelazó su brazo en el de Ginny y las dos se encaminaron hacia la puerta.

Ginny se sintió aliviada al ver que Sarah tomaba el control de la situación.

Sentía lástima por Paul, y por una parte la alegraba ver que lo que parecía una creciente dependencia por parte de Paul, de su compañía, la ayudaba a no pensar en Max, pero...

—Está triste y se siente solo. Por eso me busca continuamente —dijo Ginny en voz alta para convencerse a sí misma que no había nada raro en las recientes atenciones de Paul.

—Claro —le aseguró Sarah con suavidad—. Pero también tienes que pensar en ti misma. Ya sabes cómo se extienden los rumores en los hospitales, y si dejas que se siga arrimando a ti de esa manera en los lugares públicos, cuando te quieras dar cuenta te habrás convertido en el escándalo de la semana.

—Lo sé —dijo Ginny. Hablaban en voz baja porque el objeto de su conversación estaba justo detrás de ellas, pero a juzgar por el murmullo que oían, los dos hombres debían de haber encontrado un tema de conversación de interés mutuo.

—¿Cómo de bien conocías a Max hace seis años?

Aquella pregunta hizo sonreír a Ginny, y, durante el camino de vuelta a los apartamentos, le habló a Sarah de cómo lo había conocido y del tiempo que pasó con él.

Cuando llegaron al bloque de apartamentos eran más de las siete de la tarde, así que decidieron quedar a las ocho.

—Debe de haber supuesto un cambio para ti pasar de estar sola aquí, a tener tres vecinos —comentó Sarah mientras Ginny y ella se dirigían hacia las puertas de sus respectivos apartamentos.

—Sí, pero en el buen sentido —le aseguró Ginny.

Se detuvieron delante de la puerta de Ginny, y aunque Sarah hablaba de manera trivial, Ginny tuvo la impresión de que quería decirle algo más.

—Nos vemos dentro de un rato —fue todo lo que dijo finalmente.

Ginny abrió la puerta y entró en su apartamento. Max estaba justo al lado, y pensó que si colocaba una mano contra la pared quizá notase las vibraciones de su presencia.

¡Pero qué tonterías estaba pensando!

Ginny hizo un esfuerzo para dejar de pensar en Max y centró su atención en Paul.

¿Sería la mudanza una señal de que estaba más confuso emocionalmente de lo que en realidad aparentaba? Y si era así y estaba al borde del colapso emocional, ¿no debería ella poner al hospital sobre aviso?

El ruido de unos golpes en la puerta interrumpió sus pensamientos. La abrió para encontrar a Max al otro lado, pero estaba tan preocupada por Paul que fue capaz de ignorar los cosquilleos que sintió al verlo.

Una vez dentro, le explicó a Max el motivo de su preocupación.

—¿Te asusta que pueda sufrir una crisis en el trabajo?

Ginny se encogió de hombros y se apartó de la puerta, que era donde se habían detenido mientras ella hablaba.

—¿Es posible que ocurra? —le preguntó—. No tengo ni idea —continuó ella sin esperar a que Max le contestara—. Quizá no ocurra nada, pero si los pacientes están bajo algún riesgo...

—Ginny —dijo Max y le sujetó la mano—. Quizá te estés preocupando por algo que nunca ocurrirá. Es posible que esté tan cuerdo como tú y como yo pero no muestre sus emociones. No creo que puedas acudir al director del hospital y decirle que vigile a Paul, porque parece demasiado normal.

Ginny pensó en lo que Max acababa de decirle, y también pensó en la mano que estaba sujetando la suya. Pero sobre todo pensó en el ligero movimiento de Max,

como si quisiera distanciarse de ella.

Tal vez estuviese molesto porque le había hablado de Paul.

—Lo sé —dijo ella y se encogió de hombros como si quisiera librarse de aquellos pensamientos, además de las preocupaciones—. Pero también había pensado que quizá tú pudieses hablar con él para ver si averiguas algo.

Max sonrió, pero únicamente para encubrir la incertidumbre que aquella conversación le provocaba.

—Eres testaruda. Tú interés hacia él no me molestaría tanto si no fuera tan atractivo. Y probablemente me caería mejor y me preocuparía más por su estado mental si no pareciera sentirse tan atraído hacia ti.

Lo había dicho.

—Está solo y se siente perdido. Es su necesidad de amistad y comprensión lo que lo lleva hacia mí, no la atracción física.

Ginny parecía genuinamente convencida de aquello, pero desde el punto de vista de un hombre, Max sabía que aquel hombre no podía dejar de sentirse atraído por ella.

—Pero creía que tu preocupación venía por el hecho que no está solo y perdido —discutió Max—. Creía que era por el hecho de que se comporta de una manera tan normal que tú sientes que debe de estar muy confuso emocionalmente. No pueden ser las dos cosas, Ginny.

Ella levantó un hombro como si quisiera deshacerse de aquellas palabras.

—¡No seas tan práctico! —murmuró.

Pero aquel movimiento hizo que la camisa que llevaba dejase a la vista la redondez de sus pechos.

Aunque mil volcanes hubieran entrado en erupción a su alrededor, Max no los habría sentido. Estaba completamente absorto por la intensidad de la reacción de su cuerpo ante aquella visión.

Max se acercó hacia ella.

—Si te beso ahora, ¿me lo devolverás esta vez?

La pregunta debería haberla sorprendido, pero fue la respuesta de Ginny la que lo sorprendió a él.

—Hoy no. Gracias de todos modos, Max —dijo ella consultando su reloj—. Hemos quedado a las ocho y ya son más de las siete y media.

Ginny parpadeó, como si de repente fuera consciente de su presencia, aunque llevaban un buen rato hablando.

—Lo siento. ¿Querías algo? —dijo ella haciendo un gesto de despreocupación con la mano—. No me refiero al beso, sino a la razón por la que has venido en primer lugar. ¿Querías preguntarme algo? ¿Necesitas azúcar, o leche, o bolsitas de té?

Max quiso decirle que perdía el mismo tiempo con aquellas preguntas estúpidas que si lo hubiera besado, pero como se le había olvidado el motivo por el cual había llamado a su puerta, decidió que no podía criticarla.

—Hablaremos más tarde —dijo Max, sorprendiéndose a sí mismo con su propia duplicidad.

Ginny enarcó una ceja, como si no terminase de creerlo.

—Está bien —contestó y se deshizo de él sin la menor consideración—. Tengo que darme una ducha.

Afortunadamente, Max captó la indirecta y Ginny se metió en el cuarto de baño.

Durante mucho tiempo había logrado evitar las relaciones que pasaban de lo simplemente amistoso, y en ese momento se encontraba con dos hombres pendientes de ella.

Pero, mientras se metía bajo el chorro de agua, se dijo con firmeza que uno buscaba apoyo y el otro simplemente exploraba las sombras del pasado.

A ninguno de los dos se los podía considerar galanes.

Y aunque sí lo fueran, ¿estaba ella preparada para mantener una relación? Ginny pensó en lo cerca que había estado de responder a la petición de Max con un beso y en el esfuerzo que había tenido que hacer para controlar sus impulsos y rechazarlo con tranquilidad.

¡Maldita fuera! Justo cuando pensaba que tenía su vida bajo control, tenía un trabajo que le gustaba, quería comprarse una casa y se sentía bastante satisfecha con su vida de soltera, la reaparición de un hombre y el interés mostrado por el otro la estaban desestabilizando.

¿Dónde estaba la mujer independiente que se jactaba de ser? Aquella que no necesitaba a un hombre a su lado para sentirse completa.

¿Y qué había ocurrido con su tranquilidad?

Ginny se dio cuenta de que se le había hecho tarde, así que se enjabonó, se aclaró y salió de la ducha, y de repente se dio cuenta de que tenía otro problema entre manos.

¡No sabía qué ponerse para salir!

Todos eran colegas de trabajo, nada más, se dijo a sí misma, pero aquello no disminuyó el ferviente deseo que sintió de que algo nuevo se materializara en su armario.

—El negro siempre sienta bien —dijo en voz alta, mientras se secaba el pelo—. Unos vaqueros negros.

—¿Y qué más? —dijo una vez delante del espejo—. La camiseta negra y plateada que, aunque es un poco pequeña, es elástica y se estira.

—¡Vaya! —exclamó Sarah cuando llamó a su puerta un rato más tarde. Aquella exclamación la hizo sentirse un poco más segura.

Ginny sonrió.

—Gracias —dijo, pero enseguida la abandonó la confianza de nuevo—. ¿Me he pasado?

—¡En absoluto! Pero estás estupenda. A mí también me gusta el negro, pero a ti

te sienta mejor.

Ginny se sintió animada por la sinceridad que notó en el comentario de Sarah y se asomó por la puerta.

—¿Llegan tarde?

—Más bien al contrario —dijo Sarah riéndose—. Pero tuve que sacar algo de mi coche y después no pude cerrar la puerta. Están los dos abajo intentando arreglarla, aunque dudo de que sepan algo más que tú o yo sobre cerraduras de coche.

—¡La hemos cerrado, aunque quizá no puedas volver a abrirla! —gritó Max—. ¿Estáis listas?

Max estaba al final de las escaleras, mirando hacia arriba, pero incluso a aquella distancia Ginny se dio cuenta de que entrecerraba los ojos al verla.

—Estáis las dos muy guapas —dijo Max, aunque su mirada no se apartaba de Ginny.

Esta se dio cuenta de que su cuerpo reaccionaba ante aquella mirada como si hubiera sido una caricia física, así que cuando Paul se puso a su lado se sintió aliviada y le dedicó una sonrisa.

De camino al restaurante mantuvieron una conversación trivial, aunque un par de preguntas hechas por Paul sugirieron que estaba interesado en Max y en su presencia en el hospital.

—¿Es un viejo amigo tuyo? —le preguntó Paul. Y aunque fue un comentario inocente, Ginny se sintió incómoda.

—Fue uno de mis profesores mientras estudiaba en la universidad —le explicó.

—¿Ha venido para reanudar una antigua aventura?

Paul sonrió al hacer aquella pregunta, como si quisiera aparentar un interés puramente cordial, pero Ginny sintió el trasfondo de algo más. Algo que no fue capaz de etiquetar y que la hizo sentirse más incómoda aún.

—Nunca tuvimos una aventura —contestó ella con frialdad. No le gustaba mentir, pero Paul la inquietaba cada vez más con sus preguntas.

Para empeorar las cosas, resultaba obvio, por el murmullo y las risas ocasionales que escuchaba detrás de ella, que Sarah y Max se estaban divirtiendo mucho juntos.

Paul continuó haciéndole preguntas acerca de Max y de los factores del estrés. De repente, Ginny escuchó unas risas detrás de ella y se dio la vuelta para esperar a la otra pareja, mientras les indicaba por dónde debían cruzar.

—El restaurante está al otro lado de la calle, un poco más abajo —les explicó.

—Ginny me ha contado que vives junto al río. ¿Tú casa está en esta dirección? —le preguntó Sarah a Paul y comenzó a caminar con él, dejando que Ginny caminara con Max.

—¿Te ha estado diciendo lo guapa que estás esta noche? —le preguntó Max a Ginny.

—En realidad estaba más interesado en ti —le dijo Ginny, intentando no mostrarse demasiado halagada por aquel comentario.

—¿De verdad?

Ginny lo miró de reojo y le pareció ver algo parecido a la satisfacción, como si el interés de Paul le proporcionase cierto placer. Pero al Max que ella conocía nunca le había importado lo que los demás pensarán de él. Antes, solo se preocupaba por hacer bien su trabajo.

—Quisiéramos la mesa junto a la ventana, para disfrutar de las vistas al río —dijo Paul con tono autoritario, lo que sugería que debía de comer allí a menudo, aunque Ginny no recordaba haberlos visto a Isobel y a él allí.

Si hubiera pensado que...

—No está lejos de la casa, así que a menudo comíamos aquí.

Paul se estaba dirigiendo a Sarah, pero Ginny sintió cómo le remordía la conciencia.

—Lo siento —se disculpó Ginny, mientras apoyaba una mano sobre el brazo de Paul—. Si lo hubiera sabido, os habría llevado a otro sitio.

Paul recogió la mano de Ginny con la suya y movió la cabeza.

—No te disculpes. Tengo que pasar por tantos sitios que me traen recuerdos... Pero son recuerdos felices.

La profunda sinceridad con la que habló hizo que a Ginny se le formara un nudo en la garganta, así que cuando el camarero les mostró su mesa y Sarah se hizo cargo de la conversación, se sintió aliviada.

Una vez sentados, pidieron la bebida y continuaron con la conversación.

Sarah le hizo preguntas a Paul acerca de la casa vieja; para la opinión de Max, Ginny escuchaba con excesivo interés todo lo que él decía.

—¿Y el mantenimiento? Si los dos trabajabais, necesitaríais bastante ayuda.

—Esa es otra razón por la que no quiero conservarla —dijo Paul—. Los jardines necesitan del cuidado de un jardinero una vez por semana y la casa también, aunque Isobel cerró muchas habitaciones y una asistente acudía dos veces por semana para limpiar, lavar y planchar. Al ser de una familia adinerada, Isobel estaba acostumbrada a tener empleadas del hogar y por lo tanto no le interesaban las tareas de la casa. Tampoco tenía tiempo para ellas.

—¡Menuda suerte estar acostumbrada a tener asistentas! —se maravilló Sarah—. Yo también podría acostumbrarme a ello si me cayera de repente una fortuna en las manos.

Max sintió que el ambiente se tensaba y Ginny se apresuró a llenar el extraño silencio que se había formado.

—A mí me gustaría tener una cocinera —confesó ella—. Aunque soy perfectamente capaz de cocinar para mí y para cualquier otra persona, me encanta disfrutar de una cena que otra persona ha preparado.

Ginny miró a Paul y sonrió. Max deseó que aquella sonrisa hubiera estado dirigida a él.

—¿Tenía la familia de Isobel cocinera también?

—Sí —contestó Paul, devolviéndole la sonrisa a Ginny—. De hecho, Isobel me puso sobre aviso antes de casarnos, de que no era capaz ni de hervir agua. En su momento pensé que estaba exagerando, pero no resultó ser así. Como le estaba diciendo a Sarah hace un rato, solíamos cenar fuera o comer alimentos precocinados. ¡Aquí está el vino!

El camarero le mostró la botella a Paul y esperó a que este diera su aprobación para descorcharlo.

Una vez que hubieron saboreado el vino, se concentraron en la carta.

Capítulo 6

POR qué no se lo has dicho? —exigió saber Ginny.

Estaban en el apartamento de ella, mucho después de la cena. Ginny había rechazado el ofrecimiento de Paul de tomar algo con él, con la excusa de que tenía que hablar ciertas cosas con Max.

Los cuatro habían hablado de todo un poco, evitando en lo posible el tema del asesinato. Después de cenar, habían caminado durante un rato, disfrutando de la brisa fresca nocturna, y cuando Paul los había invitado a su apartamento, Ginny había sorprendido a Max con aquella afirmación. Después, lo había arrastrado hasta su apartamento.

Y si él, por un momento había pensado que Ginny tenía algo más en mente, no tardaría en sacarlo de su error.

—Ya oíste lo que dijo; le resultaría más fácil asimilar lo que le había ocurrido a Isobel si supiera qué estaba ocurriendo. ¿Así que por qué ocultaste el hecho de que estás involucrado en la investigación?

Max se sintió incómodo al ver la indignación que Ginny sentía por parte de Paul, aunque por otra parte, admiró la chispa que se reflejaba en sus ojos y la forma en que su agitada respiración hacía moverse la camiseta.

Max procuró controlarse y se dijo que tenía que parecer objetivo, aunque aquello fuese un esfuerzo para él, teniendo en cuenta el interés que aquel hombre mostraba en Ginny.

—También sé que la policía lo interrogó como sospechoso, y aunque eso es solo porque la familia siempre es sospechosa, no sería correcto por mi parte que hablara del tema con él.

Eso en cuanto a la objetividad. Había parecido pomposo y por cómo lo miraba Ginny, ella debía de pensar lo mismo.

—Hablas como un libro de texto —murmuró ella—. ¿Qué te has creído? ¿Que alguien comenzó a asesinar a mujeres jóvenes, que casualmente se parecían a su esposa, y él la mató haciendo parecer que era obra de la misma persona? Es una locura —continuó Ginny—. Estaba enamorado de Isobel, hasta un ciego se habría dado cuenta. Además, en caso de que hubiera sido así, ¿no habría sido más fácil divorciarse?

Ginny se recostó en una de las sillas y cruzó los brazos sobre el pecho en espera de su respuesta.

—Tú misma dijiste que era una mujer rica —murmuró Max. Intentaba concentrarse en la conversación en vez de fijarse en la forma en que las mejillas de Ginny se sonrojaban—. La policía lo habría descubierto inmediatamente, y en lo que se refiere al dinero, siempre se fijan en los beneficiarios.

—¿No hablarás en serio? —dijo Ginny. Se daba cuenta de que su tono de voz cada vez subía más y que la incredulidad que sentía al oír aquello, crecía.

Miró a Max fijamente, y vio que este también estaba serio.

—No estoy diciendo que Paul sea, o haya sido en ningún momento, un sospechoso principal. Solo intento explicarte cómo se desarrolla una investigación policial; las conversaciones que Sarah, tú y yo hemos mantenido han sido sobre cosas superfluas: teorías y suposiciones sobre las que cualquier grupo de colegas hablarían cuando comparten ciertos conocimientos.

—Empiezas a parecer pedante otra vez —le dijo Ginny, aunque solo fuera por mantenerse concentrada en la conversación y dejar de mirar aquellos labios y recordar cómo se habían posado sobre los suyos la noche anterior—. Además, él también es un colega, así que ¿por qué no compartir la información con él?

Ginny vio como el pecho de Max se hinchaba mientras este inspiraba profundamente, y después suspiraba.

—De acuerdo, ¿pero sería lo adecuado? Quizá quiera saberlo todo porque piense que así sobrellevará mejor la muerte de Isobel, pero ¿saber que alguien estuvo observando a su esposa antes de secuestrarla y asesinarla, sería bueno o malo para él?

Max se quedó callado y se acercó a Ginny, extendiendo las manos hacia ella,

pero sin tocarla.

—¿No podemos dejar de hablar de asesinatos? Podríamos hablar de otras cosas para rematar la que ha sido una noche maravillosa.

Ginny sabía a qué se refería, pero la incertidumbre le estaba minando la confianza.

—¿Prefieres que no hablemos de nada? —murmuró él, acercándose aún más, pero dejando el suficiente espacio para que ella se apartara.

Ginny apretó las manos con rapidez para evitar salir al encuentro de las de él, y se dijo a sí misma que no debía dar el paso que la colocaría irremediabilmente entre sus brazos.

—No lo veo claro, Max. Sé que lo que tuvimos hace años apenas fue algo pasajero, ni siquiera se podría calificar de «relación». Pero entonces...

Ginny dudó al volver a sentir el dolor en su corazón.

—Solo recuerdo el dolor, la sensación de traición. Acepto que por la razón que fuera no pudieras volver, pero yo podría haber ido a ti. Pero no me diste opción. Supongo que en su momento tú hiciste lo que pensaste que era mejor para los dos, pero yo estaba demasiado disgustada para darme cuenta, y empeoré las cosas; oculté mi dolor adentrándome en una relación que nunca habría funcionado.

Ginny apretó sus manos con más fuerza y después las liberó. Observó el movimiento mientras buscaba en su cabeza las palabras adecuadas.

—Me llegó el turno de hacer sufrir a alguien —susurró ella, mientras los recuerdos de la devastación de David cuando le dijo que no podía casarse con él volvían a su cabeza con nitidez.

Ginny lo miró a la cara.

—Finalmente me di cuenta de que le hice daño para olvidarme de ti. Aquello me hizo ser cauta, tanto que he evitado todo tipo de relaciones desde entonces.

—¿Ahora he vuelto y...?

Ginny oyó la pregunta, aunque Max no pudo terminar la frase. Notó tal incertidumbre en su voz que le ofreció una sonrisa.

—Has sumido mi vida en un caos —terminó ella con fingida severidad. Después, se acercó a él y apoyó la cabeza sobre su pecho.

El tremendo esfuerzo que le había supuesto hablar sobre aquello, además de la repentina reaparición de Max en su vida, la había dejado exhausta.

Por el momento, bastaba con haberse dicho lo que se tenían que decir.

Y bastaba con el hecho de Max la abrazaba.

¿O no era así?

—Pero no solo hay que considerar el pasado, ¿verdad, Max? Has vuelto, ¿pero por cuánto tiempo? —murmuró ella—. Tu contrato es de seis meses y estarás en Ellison unas pocas semanas. Después, te volverás a marchar.

Ginny sintió cómo él la estrechaba aún más entre sus brazos. Sintió el movimiento de su pecho al respirar y el latido de su corazón.

—No me marcharé lejos —dijo él. A Ginny le pareció que escogía las palabras con cuidado—. No tanto como para no poder volver cada vez que tengas tiempo libre, siempre que tú quieras tenerme alrededor.

—¿Es eso lo que me estás preguntando? —dijo ella levantando la cabeza para mirarlo a los ojos. No había mucha luz, pero pudo ver la ansiedad reflejada en ellos—. ¿Si quiero tenerte alrededor?

—No quiero una respuesta inmediata, Ginny. Ahora me conformaría con un beso.

La ansiedad había dejado paso al deseo en sus ojos, y Ginny sintió que la invadía la necesidad. Pero no estaba preparada, aún, para que él captara aquel sentimiento, así que bajó la cabeza de nuevo hacia su pecho.

—¿Nos conformaríamos con un beso? —preguntó ella.

—Si no es así, ¿hace falta que luchemos contra ello? —murmuró él, mientras

enredaba los dedos entre su pelo. Ginny sintió que lo hacía con tanta ternura que quería llorar.

Pero el eco de unas palabras suyas rebotaron en su mente. Ginny se apartó de él, quizá demasiado bruscamente, y lo miró.

—Ninguna de las mujeres puso resistencia. ¿O sí lo hicieron pero la policía no ha revelado el dato? Recuerdo que la última me pareció tan normal, viva... Si alguien me estuviese estrangulando, gritaría, patalearía y arañaría para intentar librarme del atacante.

Max sonrió.

—¿Cambio de conversación? —dijo él, y aunque lo hizo en un tono burlón, Ginny supo que lo entendía.

Se sorprendió a sí misma devolviéndole la sonrisa y volviendo de nuevo a sus brazos.

—No puedes dejar de pensar en ello, ¿verdad? —murmuró ella—. Pero como no podemos hacer nada por el momento, quizá podamos dejarlo de lado y hablar mañana sobre ello.

Ginny pasó la mano por detrás de su cuello y le hizo bajar la cabeza hacia ella.

—Si crees que podrás soportarlo, ahora tal vez te dé el beso que no te di anoche.

Max ni siquiera fingió que se resistía aunque, mientras sus labios se encontraban, una voz en su cabeza no paraba de hacer preguntas estúpidas.

¿Por qué lo besaba ahora, después de haber hablado de todo el dolor que le había provocado? ¿Era una especie de prueba o una medicina para sacarse los asesinatos de la cabeza? ¿O era para relajarse después de una noche estresante?

¿Y por qué sus labios eran los más dulces que había probado?

Max ignoró todas las preguntas menos la última y se concentró exclusivamente en sus sensaciones: la suavidad de Ginny, la forma en que sus cuerpos encajaban, el ligero aroma a rosas en su pelo.

Max la estrechó contra sí, sintió cómo ella separaba los labios y oyó el pequeño suspiro cuando sus lenguas se tocaron.

Ginny fue la primera en apartarse; sus mejillas estaban sonrojadas y tenía la respiración entrecortada, pero sus ojos reflejaban incertidumbre.

—No lo veo claro —dijo ella—. Cuando te beso, siento lo mismo que sentía hace seis años, me siento completamente fuera de control en lo que se refiere a mis emociones. ¿No debería haber madurado con la edad?

Max sonrió y la contestó con sinceridad.

—Yo no lo fui entonces para resistirme a ti, al menos no por mucho tiempo. Y si quieres saber lo que yo siento ahora, es lo mismo que lo que sentía hace seis años, más intenso aún. Pero en lo que se refiere a explorar todos estos sentimientos y decidir si continuamos con ello, depende de ti, Ginny.

Ella sonrió burlonamente y la sonrisa borró todo rastro de incertidumbre de su cara.

—¿Así que depende de mí? ¿No estás escurriendo el bulto? Tú eres el psicólogo, ¿no puedes darme las razones por las que una relación, preferiblemente contigo, me ayudaría a superar todas mis dudas acerca de ellas? ¿No puedes convencerme de que eres mi salvador?

Max quería sonreír, pero sabía que sus valientes palabras ocultaban kilómetros de dudas.

—Bésame otra vez y convéncete por ti misma —sugirió él.

Ginny apenas se movió; ladeó ligeramente el cuerpo hacia un lado, pero no pudo seguir.

Se irguió y lo miró con una media sonrisa.

—Quizá mañana. Creo que hoy ya hemos cubierto suficiente distancia.

Max deseaba sujetarla, pero sabía que aquello significaba un adiós, así que puso los dedos sobre los labios y después transfirió el beso a la cabeza de Ginny con mucha delicadeza.

—Duerme bien, pequeña Ginny —dijo él, y la frase que ella tanto había odiado se convirtió en una caricia.

—¡Sal de aquí! —exclamó ella, intentando parecer enfadada, aunque sin dejar de sonreír.

—¿Por qué no pusieron resistencia? —volvió a preguntarle a Max a la mañana siguiente—. ¿Las droga? ¿Por eso las invita a cenar?

Ginny había estado de pie junto a la ventana, preguntándose si se habría despertado, cuando oyó cómo se despedía en voz baja de Sarah.

Necesitando una excusa para verlo, Ginny había salido a la galería para decirle a Sarah que estaría en casa toda la mañana, por si quería llamarla para hacerle alguna pregunta. Después, Max le había ofrecido café y en aquel momento estaba sentada sobre uno de los taburetes del apartamento de Max.

—Después del beso de anoche, el que tú me diste, esperaba que esta visita fuese por algo un poco menos profesional —dijo él—. ¿Quieres tostadas?

Ginny asintió. De repente se dio cuenta de que aún llevaba el corto camión y dudó, pero le gustaba demasiado estar con Max de nuevo.

—Aún no he leído los informes del forense, así que no lo sé —dijo él, contestando finalmente a la pregunta que ella le había hecho inicialmente.

—Supongo que no será probable. El personal médico, que es el que tiene el acceso más fácil a las drogas, sabe que se encontrarían restos en la sobre y en los órganos.

—¿Te has pasado la noche en vela, pensando en el asesinato? ¡No dice mucho de mis besos!

Ginny sonrió, pero no le confesó que había pensado en los asesinatos a propósito, para dejar de pensar en él y en sus besos, y en lo que podría estar desarrollándose entre ellos.

—Quizá esté utilizando una droga fuera de lo común, algo en lo que nadie se le

ocurriría pensar.

Max asintió pero no dijo nada, y Ginny bebió su café mientras su cabeza repasaba gráficamente lo que podía haber ocurrido.

—¿Tu silencio significa que voy por el camino equivocado? —le preguntó Ginny.

Max sacó las tostadas de la tostadora y, después de untar la mantequilla, le preguntó con qué quería tomarlas.

De modo que ella no iba a forzar el tema de nuevo, aunque si no quería hablar sobre ello, no tenía más que decirlo.

—Ninguna puso resistencia —confirmó Max en voz baja, mientras le dejaba una tostada sobre el plato—. Es un dato que la policía no ha hecho público, así que te agradecería que no se lo cuentes a nadie. Y las drogas sí son una posibilidad. Una droga que actúe de forma rápida pero que desaparezca con la misma rapidez para que no quede apenas rastro en el cuerpo.

—¿Tenían señales de haber sido atadas de alguna manera?

—No. No tenían marcas de cuerdas, ni de ninguna otra cosa, alrededor de las muñecas, y en los cuerpos no se apreciaban contusiones.

Ginny dio un trago a su café, comió un poco de tostada y pensó en todo lo que sabían.

—Tal vez no fuese la primera cita —dijo ella finalmente—. Quizá las había estado cortejando durante algún tiempo.

—Eso funcionaría con la primera víctima. Pero después solo dispuso de tres semanas y, según la familia y los amigos, la segunda víctima no había hablado de ninguna relación nueva durante aquel tiempo. Y entre ella e Isobel solo pasaron dos semanas... —dijo Max y se detuvo para mirar inquisitivamente a Ginny—. Tú trabajaste con ella. ¿No te preguntaron acerca de sus relaciones con otros colegas? ¿No te interrogó la policía acerca de posibles amistades estrechas?

Ginny hizo memoria.

—Me hicieron muchas preguntas, pero casi todas relacionadas con sus últimas horas en el hospital, con sus pacientes... Supongo que me preguntaron acerca de amigos y conocidos pero, aparte de Paul, no recuerdo que pasara mucho tiempo con otras personas. Sin embargo, no comíamos a la misma hora, así que no podría saber si comía con alguien, aparte de Paul, claro.

Ginny intentó imaginarse en la piel de un hombre que asesinaba a mujeres, pero no le fue posible. Pero ¿y las mujeres? ¿Era de esperar que se marchasen alegremente con un extraño, por muy bien vestido que estuviera?

Ginny observó a Max.

—No estás diciendo mucho. Simplemente me estás dejando que hable sin más. ¿En qué piensas?

Max sonrió y Ginny deseó llevar algo más de ropa encima, porque estaba segura de que él podía ver la piel de gallina que aquella sonrisa le había provocado.

—Estaba pensando en lo delicioso que es tenerte sentada en mi cocina, parloteando o no.

—¿Delicioso? Vaya palabra más curiosa, Max —dijo Ginny intentando aparentar despreocupación para ocultar su reacción interior a aquellas palabras.

¡Mucho peor que tener la piel de gallina!

—Delicioso, encantador, fantástico, increíble. Escoge la palabra que más te guste. Yo debo de haber utilizado la palabra «delicioso» porque estaba intentando pensar en una buena excusa para lamerte la miel que se ha quedado sobre tus labios.

El corazón de Ginny se aceleró y la sangre pareció hervir en sus venas. Sus mejillas se sonrojaron y sintió un temblor provocado por una pasión que no se había imaginado que existía.

—No sé nada sobre ti— susurró ella—. ¿Quién eres ahora? ¿Dónde has estado? ¿Estás casado?

—¿Amor con un extraño? Es el título de una película antigua que a mi madre le gustaba mucho. Hasta cierto punto, nos describe a nosotros.

—Pero no puede ser amor, ¿verdad? —protestó Ginny—. Sé que hace seis años me empecé en que era así, pero ¿el amor llega de repente sin avisar? Puedo aceptar que sí ocurra eso con la atracción, pero con el amor...

—¿Acaso es realmente tan reciente? —discutió Max—. Dudo que haya habido muchos días durante los últimos seis años en los que no haya pensado en ti y me haya preguntado qué estarías haciendo.

—Pues no volviste corriendo —se burló Ginny, pero enseguida se arrepintió al ver que la tristeza nublaba los bonitos ojos de Max.

—No. No lo hice —fue todo lo que dijo.

—Pero ahora que estás aquí es para hacer un trabajo, no para lamerme la miel de los labios, Max.

Ginny suspiró.

—Siempre volvemos a lo mismo, ¿verdad? Y es mucho más importante que el que nosotros estemos enamorados o no. Todos los involucrados en el caso deberían estar trabajando al cien por cien de sus posibilidades para encontrar al asesino.

—¿En vez de estar besando a la vecina? —dijo Max suavemente.

Se inclinó hacia delante y pasó la lengua por sus labios. Ginny contuvo un pequeño gemido, pero Max lo captó y la caricia se convirtió en un beso, que aunque fue breve, fue lo suficientemente apasionado como para dejarla débil y aturdida.

—Tengo que marcharme —murmuró él—. Pero podemos seguir hablando más tarde. Se supone que debería estar pensando en las cosas desde el punto de vista de la víctima, pero al no ser mujer, no puedo evitar pasar por alto ciertos detalles.

Max acarició a Ginny en la cabeza con suavidad.

—Hablar contigo sobre ello es una gran ayuda —dijo Max y dudó por un momento antes de continuar—. ¡Eso cuando no eres una tremenda distracción!

—Me marcho, ahora mismo —dijo ella—. Hasta luego —se despidió y se bajó

del taburete, y se miró las manos vacías—. ¡Maldita sea! Se me han olvidado las llaves. Ahora tendré que avisar a seguridad para que me abran la puerta.

—Quizá mi llave sirva. Déjame probar.

Max salió del apartamento y Ginny lo siguió.

—¡Cómo va a servir! —dijo ella—. ¿Qué clase de seguridad sería que todos los cerrojos fueran exactamente iguales?

—Nunca se sabe hasta que se intenta, y eso puede aplicarse a muchas cosas en la vida —dijo Max al tiempo que abría la puerta del apartamento de Ginny.

—¡No me lo puedo creer! Esto significa que tendré que avisar a seguridad de todos modos. Habrá que volver a cambiar las cerraduras —dijo y miró a lo largo de la galería—. Me pregunto si ocurre lo mismo en todos los apartamentos, o si a ti te han dado una llave maestra por error.

—Ahora no tengo intención de comprobarlo. Pero más tarde, cuando estemos todos, deberíamos probar todas las cerraduras.

Ginny aceptó la corrección moral de su actitud, pero hasta que no comprobasen todos los apartamentos, no sabría qué decir en el departamento de seguridad.

Aún seguía pensando en ello, cuando Max dijo algo.

—¿Y bien?

—¿Que si lo diré en el departamento de seguridad? —dijo ella, pero se dio cuenta de que no se había enterado al ver la sonrisa que se dibujaba en los ojos de Max.

—Sí, a lo primero. Supongo que deberíamos informarlos —dijo él—. Pero te he preguntado que si quieres comer conmigo.

—¿Comer?

Ginny repitió la palabra mientras pensaba en las posibles consecuencias de aquella invitación.

Almorzar era relativamente inofensivo; no podía salir gran cosa de una simple comida, aunque las tostadas, por inocentes que hubieran parecido, habían desembocado en besos.

—¿En la cafetería? —preguntó Ginny y Max suspiró.

—Había pensado en un sitio más íntimo.

—Pero la cafetería es muy cómoda y las comidas son mejores que las cenas. Además, podíamos decirle a Sarah que nos acompañase y contarle lo de las llaves.

Max volvió a suspirar.

—De acuerdo. Si es lo único que te va a convencer, comeremos en la cafetería e invitaremos a Sarah —dijo Max y, agachando la cabeza, depositó un fugaz beso sobre sus labios—. ¡Qué escena tan casera! Tú en pijama y yo preparándome para marcharme al trabajo. Ahora es cuando tú me deseas un buen día y yo vuelvo a besarte y te susurro unas palabras de cariño, después nos despedimos con las manos...

—¡Vete! —exclamó Ginny—. Vamos, márchate y llévate tus cariños contigo.

Ginny le echó con las manos, pero Max no se movió.

—¿Podría ocurrir? ¿Has pensado en ello, desde que volvimos a encontrarnos el lunes pasado?

Cada minuto del día, pensó Ginny, pero se sentía demasiado confusa y sabía que no podía ofrecerle falsas esperanzas, así que no dijo nada.

—Creía haber oído a alguien sugerir que no nos precipitáramos —le recordó—. ¿Fuiste tú, quizá?

Max sonrió y levantó las manos, como si se diera por vencido.

—Me declaro culpable, mi dulce Ginny. Pero no dije nada acerca de no besarte, ¿verdad? ¡No puedo haber sido tan estúpido como para hacer una promesa así!

Max dudó por un momento y perdió la oportunidad, porque en aquel momento

escucharon el ruido de una puerta que se abría y Ginny retrocedió hacia el interior de su apartamento. Después oyeron el sonido de los pasos de Paul mientras caminaba a lo largo de la galería y Ginny retrocedió aún más.

—Nos vemos a la una —murmuró ella y cerró la puerta.

—Sí. Hasta luego —dijo él.

Max se dio la vuelta para saludar a Paul y los dos se encaminaron hacia el hospital. Pero Max no oyó la conversación de Paul porque estaba pensando en besos con sabor a miel.

—En el periódico pone que han identificado a la cuarta víctima —dijo Paul, sacando a Max de su ensimismamiento.

—¿De verdad? Supongo que era una chica de esta zona. ¿Tú la conocías, o sabías algo de ella?

—¿Por qué iba a saber algo? —preguntó Paul, al tiempo que acortaba los pasos y se volvía para mirar a Max con el ceño fruncido.

—Por nada en especial, pero como vives aquí... —dijo Max dejando la frase sin terminar. No sabía por qué le había hecho aquella pregunta, pero la irritabilidad en la reacción de Paul era la normal en un hombre al que la policía debía de haber interrogado insaciablemente después de la muerte de Isobel.

—Según el periódico, trabajaba una pequeña cafetería, en las afueras de la ciudad — continuó Paul—. Por lo visto se acababa de mudar de casa de sus padres y por eso no la echaron en falta hasta esta noche. Cuando ocurrió lo de Isobel, llamé a la policía al ver que no había vuelto a casa a la hora de siempre; me dijeron que no me pusiera nervioso, pero una hora más tarde volví a telefonear para darles su descripción.

Paul dejó de hablar mientras cruzaban la calle, pero después reanudó su lamento.

—Incluso entonces, no hicieron nada. Me decían que se habría retrasado en alguna parte, así que yo mismo salí a la calle a buscarla. Por supuesto, el gimnasio donde hacía yoga ya estaba cerrado cuando yo llegué, y no tenía la más mínima idea de cómo contactar con el profesor. Finalmente, la policía descubrió que no había acudido a la clase, ¡ese animal la había agarrado antes!

¡Agarrado! Max pensó en las preguntas que Ginny le había hecho acerca de la falta de evidencia de que hubiera habido un forcejeo mientras estrangulaban a las mujeres y, mientras que aquello podía atribuirse a alguna droga, la falta de fuerza en el actual secuestro era otro misterio.

—Teniendo en cuenta que ya habían asesinado a dos mujeres, jóvenes, como tu esposa, ¿se habría marchado ella con un extraño? —le preguntó Max mientras atravesaban el aparcamiento del hospital.

—Solo a punta de pistola —dijo Paul de manera sombría—. Y a veces me pregunto si no habría gritado o pataleado.

—A no ser que fuese alguien conocido.

Paul se volvió a mirarlo y la incredulidad que se reflejaba en su cara era tan obvia, que casi resultaba cómica.

—¿No estarás insinuando que alguien a quien Isobel conocía fue la persona que la mató? ¡Eso es una locura! ¡Es imposible! Ella era la mujer más maravillosa, más dulce, más buena y más generosa que te puedas imaginar. No. Tuvo que ser a punta de pistola.

Desde luego, había pensado en ello, pero incluso a punta de pistola había forcejeo, pensó Max, como moratones en los brazos, en los sitios por donde la hubiesen sujetado.

Pero no le dijo a Paul que no se creía su teatro.

Observaron la barrera mientras se elevaba para dejar pasar a un coche.

—¡Las barreras! —murmuró Max—. Si a Isobel se la llevaron del aparcamiento, ¿cómo consiguió el asesino salir? Hace falta una tarjeta especial para que la barrera se levante.

—¿No creerás eso? —exclamó Paul con incredulidad—. La policía pensó en ello al principio, hasta que alguien comentó que hay muchas tarjetas con banda magnética, desde tarjetas de teléfono hasta billetes de tren, que podrían utilizarse para levantar la barrera.

—¿Billetes de tren? —repitió Max—. ¡No es posible!

Pero Paul había perdido interés en la conversación. Observaba a los dos hombres que se apeaban del vehículo que acababa de entrar.

—Ya ha vuelto la policía —comentó Paul, pero Max no necesitaba aquella información. El conductor era su primo Brent.

—¿Vas a esperarlos? —preguntó Max a Paul, al ver que no se movía del lugar.

—Me gustaría saber algo más acerca de la investigación —le explicó Paul—. Sobre todo ahora, que han averiguado la identidad de su última víctima.

Max pensó que todo sería mucho más sencillo si Paul no se enteraba del lazo familiar que lo unía a uno de los inspectores.

—Pues yo me marcho —dijo Max y se alejó del aparcamiento, dirigiéndose hacia la ya familiar entrada de urgencias.

Aquel día había decidido pasar más tiempo en el lado de los médicos. Aunque Ginny no estuviese allí.

Capítulo 7

LAS voces procedentes de un cubículo con las cortinas echadas le indicaron que era allí donde se encontraba la acción.

Max encontró a Sarah examinando a un anciano, mientras el paramédico que lo había acompañado al hospital le explicaba las circunstancias, así que Max se apartó a un rincón del cubículo y esperó no molestar.

—Su esposa dice que se ha estado quejando de un dolor intermitente durante toda la noche, pero no quería preocupar a nadie. Finalmente ella fue la que llamó al médico y este pidió una ambulancia para traerlo aquí.

—¿Le duele si lo aprieto aquí? —preguntó Sarah, mientras apretaba los dedos sobre el abdomen del paciente.

—Me duele todo —se quejó el anciano mientras Sarah continuaba auscultándolo. Después, le hizo preguntas acerca de cómo había comenzado el dolor, el tipo de dolor, en qué parte del cuerpo...

Al mismo tiempo, les daba órdenes en voz baja a los auxiliares para que prepararan las muestras de sangre y de orina, y los rayos-X.

Continuó haciendo preguntas, pero el verdadero trabajo de aquella sesión de reconocimiento no cesó, y Max se sintió impresionado por la tranquila eficacia de aquella mujer.

—No parece que puedas sentir el estrés en ninguna situación —le dijo a Sarah un poco más tarde.

—¡No te lo creas! El paciente con el que me has visto era un caso relativamente sencillo.

—¡Lo próximo que me dirás es que el estrés no existe en el departamento de urgencias!

—No lo creo —le dijo Sarah—. Quédate por aquí y para la hora de comer habrás visto suficiente estrés.

Las predicciones de Sarah resultaron ser correctas. Para la hora de comer, cuando él se la llevó para encontrarse los dos con Ginny en la cafetería, Sarah y el médico residente habían atendido a cinco niños, heridos en un accidente de tráfico del autobús escolar; y según los cálculos de Max, había atendido a diecinueve pacientes ambulantes, con dolencias desde una reacción alérgica a la picadura de una avispa, hasta una mujer a la que habían ingresado por fallo en el riñón.

—Hola, Paul. Hola, Ginny —saludó Sarah—. Hemos sobrevivido sin vosotros.

De nuevo, Max se alegró de que Sarah tomase la iniciativa de la conversación, ya que, aparte del hecho de que no le gustaba en absoluto ver cómo Paul parloteaba con ella estaba estupenda.

—Hola, Max.

No solo estaba estupenda, sino que parecía alegrarse de verlo, aunque probablemente hubiese saludado a Paul con el mismo entusiasmo.

Max luchó contra sus alocados sentimientos y reacciones.

—¿Tanto te cansa volver a verme de nuevo? —le preguntó Ginny.

—¿Qué quieres decir? —exigió saber él.

—Estabas suspirando como si se fuese a terminar el mundo, y fuiste tú el que me invitó a cenar, ¿recuerdas?

—Pues claro que se acuerda —dijo Sarah, y salvó la situación tomando a Ginny del brazo y dirigiéndolos a todos al interior del ascensor.

A casi todos. Paul se quedó fuera y Ginny, al darse cuenta de que no bajaba con ellos, se dio la vuelta para decirle algo, pero las puertas ya se habían cerrado y el ascensor se movía.

Max contuvo un suspiro, aunque en aquella ocasión fue de alivio.

—¡Estás estupenda! De verdad.

Por fin se lo había podido decir, pero se dijo a sí mismo que no debía exagerar.

Y si Ginny le hubiera contestado, quizá se le habría ocurrido algo más que decir, pero, aparte de la rápida mirada de sorpresa que le dirigió, Ginny obviamente estaba mucho más interesada en saber cómo se las había arreglado Sarah en urgencias.

Y aquel fue el tema de conversación mientras escogían la comida, pagaban y se sentaban a una mesa. Continuó hasta que a Sarah la avisaron por megafonía y tuvo que marcharse.

Max debería haberse sentido feliz de tener a Ginny para él solo, pero tal y como ella le había recordado la noche anterior, las muertes de las mujeres debían ser la prioridad.

—Vi a Brent esta mañana —dijo él con reticencia—. ¿Sabías que somos primos?

—¿Esa relación tiene algo que ver con la conversación? —le preguntó ella y él sonrió.

—En absoluto —admitió él—. Pero no quiero que pienses que lo persigo en busca de los últimos cotilleos.

—¿Los asesinos en serie no son famosos por intentar introducirse en las investigaciones? —murmuró ella y sus ojos brillaron con malicia juguetona.

Aquellos maravillosos ojos lo distrajerón del punto al que quería llegar.

—¿Querías decir algo con ese comentario?

En aquella ocasión, fue el movimiento de sus labios, igualmente maravillosos, lo que lo distrajo.

Pero de repente la imagen de una mujer muerta destelló en su cabeza, y el miedo por las futuras víctimas le recordó la urgencia de aquella investigación.

Aun así, dudó.

Una cosa había sido asegurarle a Brent que le preguntaría a Ginny si había posibilidad de que viera las cintas de vídeo, pero otra cosa era plantearle todo el asunto a Ginny.

—Siempre puedo decir que no —dijo Ginny, y su afirmación lo sorprendió.

—No puedo creer que sea tan transparente —se quejó Max—. Pero tiene que ver contigo y es una petición.

Max le explicó que Brent quería que ella viese con detenimiento las cintas de seguridad del centro comercial, del hospital y del gran almacén para ver si reconocía a alguien.

—De acuerdo —dijo Ginny—. Avisaré a Sarah de que esta tarde también estaré en casa por si me necesita.

Max sintió tristeza, como si hubiese perdido algo más que la oportunidad de disfrutar de la compañía de Ginny.

Una vez en el apartamento de Ginny, los dos se sentaron en el sofá y Max puso la primera cinta.

Antes de ver la última, Ginny y Max se habían fijado en una mujer que aparecía en todas las demás cintas, aunque siempre salía de espaldas a la cámara, por lo que no pudieron verle la cara.

La última cinta era la del funeral de Isobel, y comenzaron a salir las imágenes de los compañeros y colegas, apenados por la pérdida.

—¡Vaya fotógrafo! —dijo Ginny, cuando la cámara se movió y dejó a todo el mundo sin cabeza.

Por un momento creyó haber visto a la misteriosa mujer, pero no fue así.

Cuando terminó el funeral y los asistentes comenzaron a salir, la cámara estaba colocada de tal manera que recogía una breve imagen de la cara de cada uno.

—Vaya, si es Sal... No. No puede ser.

Se había corregido a sí misma incluso antes de decir el nombre, pero Max ya

estaba rebobinando la cinta.

—Es casi al final, así que puedes echarle otro vistazo —le dijo él.

—No. Solo era un comentario, no tenía nada que ver con todo esto. Me ha sorprendido ver a una persona en concreto; creía que estaba en el extranjero.

La cinta volvió a correr a un paso normal y Ginny volvió a ver a la mujer.

—Desde luego se parecía a Sally —dijo Ginny, más bien a sí misma que a Max, aunque este debió de haber notado su sorpresa.

—Si era una compañera, ¿por qué no iba a estar allí? —dijo Max, refiriéndose al funeral.

—Ya te lo he dicho. Se supone que está en el extranjero. Antes trabajaba en patología, pero yo fui a su fiesta de despedida dos o tres meses antes de la muerte de Isobel. Supongo que volvería por cualquier razón, como una boda familiar, o quizá no le guste estar lejos de casa. Probablemente ni siquiera sea ella. La calidad de la película no es muy buena, y quien quiera que grabase el vídeo, tuvo un pañuelo pegado a la nariz constantemente, aunque en un funeral no es algo tan sorprendente.

Ginny fue consciente del tono irritado de su voz, pero era debido a la pobre ayuda que había podido ofrecer en la búsqueda del asesino de Isobel.

Capítulo 8

MAX guardó las cintas en una bolsa. No tenía nada que ofrecerle a Brent, pero no creía que su primo esperara demasiado de aquel ejercicio.

Algo en el silencio que dominaba el cuarto de estar hizo que se diese la vuelta para encontrarse a Ginny mirándolo. Un leve fruncido de ceño sugería que probablemente no le gustase lo que estaba viendo.

—¿Qué pasa? —preguntó él, aunque quizá no necesitaba saber lo que aquella expresión significaba.

—Te estaba mirando, Max —dijo ella con suavidad. Se puso de pie y se acercó a él. Cuando se detuvo delante de él, tomó su cara entre las manos—. Sé que han sido seis años, y yo te he hablado de mis problemas durante ese período, pero las cosas tampoco han sido fáciles para ti, ¿verdad?

Él la miró a los ojos y vio que brillaban con consternación.

Max suspiró y esperó para ver si ella continuaba con el tema; después, al ver la ternura que había en sus ojos, se dijo que se arriesgaría a terminar aquello de otra manera.

Le sujetó las manos y las llevó hacia abajo, para dejarlas allí entre los dos. Después, se inclinó hacia delante y le dio un suave beso en los labios.

Ginny abrió los ojos de par en par, pero no se apartó.

¡Tampoco le devolvió el beso!

—¿Está bien esto que estamos haciendo? —preguntó ella—. Me siento rara e irresponsable, sobre todo después de no haber podido ayudar con las cintas.

—Yo creo que está bien —le aseguró Max, acercándola hacia él—. Y esas cintas no tienen nada que ver contigo ni conmigo, ni con lo pueda haber entre nosotros.

—De acuerdo —susurró ella y después se estrechó contra él. Libró sus manos de las de él y le acarició el pelo.

Max sintió que su cuerpo se calentaba y se encendía la llama de su deseo, y deslizó las manos por el suave vestido de Ginny deleitándose con sus curvas.

Ginny lo estaba besando, y Max se preguntó si debería haber forzado aquello, porque sus besos le estaban haciendo perder el control.

¡Se sentía igual que un adolescente de nuevo!

Pero decidió no pensar en nada más que en el deseo y entregarse a él. Sus labios y su lengua exploraron la boca de Ginny, mientras sus manos se aferraban al contorno de su cuerpo. Ginny también lo exploraba con las manos y sintió cómo le acariciaba los hombros y cómo deslizaba los dedos a lo largo de su columna vertebral, hacia abajo.

Max la estrechaba contra él, pero una mano se abrió paso hacia su pecho y pudo notar la respiración entrecortada cuando él acarició su pezón con los dedos; oyó cómo jadeaba cuando tomó el pezón entre sus dedos y lo presionó con suavidad.

—No creo que nos conformemos con un beso —susurró ella, y la incertidumbre que notó en su voz hizo que Max dejase de hacer lo que estaba haciendo.

Levantó la cabeza y buscó una respuesta en su cara.

Ginny se sonrojó; sus ojos estaban abiertos de par en par y reflejaban deseo e incertidumbre al mismo tiempo.

—Depende de ti —dijo él. Su cuerpo protestaba violentamente por aquella interrupción, pero su cabeza tomó el control de la situación, momentáneamente.

—No quiero que dependa de mí.

Ginny oyó su propio lamento y reconoció la mezcla de gimoteo y súplica.

—Tiene que depender de ti —le dijo Max de manera implacable, aunque otras partes de su cuerpo le decían a Ginny lo mucho que deseaban que continuase con aquello.

—¿Por qué?

¡Por el amor de Dios! Ella parecía a punto de estallar, en cualquier momento, mientras que Max parecía empeñado en continuar con aquella conversación racional.

—Porque te sentiste traicionada cuando me marché, y todavía dudas acerca de si deberías confiar en mí. No eres una chica de una noche; si hacemos el amor esta tarde, nuestra relación pasará a otro nivel. ¿Estás preparada para eso, mujer preciosa?

—¿Mujer preciosa?

Ginny pensó en las roncadas palabras que él acababa de pronunciar y sintió cómo la sangre se le calentaba.

—¿Estás hablando de mí? ¿Tu pequeña Ginny?

Max alargó los brazos y la rodeó.

—Nunca he dudado, ni por un momento, acerca de quién eres, Ginny Willis. Ni tampoco he dudado nunca de que eres una mujer preciosa.

La voz de Max era tan profunda y estaba tan cargada de sentimiento, que la sintió sobre su piel.

Pero aún necesitaba asegurarse.

—¿No soy la alumna «incordio» a la que hay que tratar con especial cuidado?

—Solo trato con especial cuidado a las personas y las cosas a las que amo.

¡Amor! ¡Lo había dicho!

En alguna parte de su cabeza, la felicidad que sentía daba vueltas como un remolino, pero aún sentía incertidumbre, porque aparte de la nerviosa excitación que sentía ante la idea de hacerle el amor a Max, también sentía cierta intranquilidad de que parte de la tristeza del pasado emergiera y la hiciera ponerse en ridículo.

Max comenzó a besarla igual que la vez anterior, de manera suave, pero la llama de la pasión que ambos compartían, intensificada por los años que habían estado separados, era salvaje e imparable. Así que en aquella ocasión, cuando él acarició sus pechos con una mano, ella se estrechó contra él y le exigió más, de manera silenciosa. En aquella ocasión, también ella se atrevió a explorar un poco más con la mano, hasta que se dio cuenta de que el deseo que él sentía por ella era igual que el que ella sentía por él.

Max le hablaba, le murmuraba, tranquilizaba su herido corazón con palabras de amor que ella jamás había pensado que escucharía, y la condujo a través de un lento baile erótico hasta que Ginny tuvo que suplicarle que la tomara y que la hiciera suya...

El juramento que Max espetó, duro y lleno furia, la sorprendió, mientras que su movimiento y el espacio que dejó entre ellos, la dejó débil y abatida.

—No tengo preservativos —admitió él—. Y no tengo la más mínima intención de arriesgar que te quedes embarazada antes de que hayamos puesto nuestras vidas en orden.

—¡Max!

Ginny se apoyó contra él, sintiéndose adorada. Era como Max la hacía sentirse.

Él la abrazó y la acercó hacia sí y, aunque los besos que le dio en el cuello carecían de la salvaje pasión de los de hacía un rato, aquellos eran infinitamente tiernos.

—Podríamos salir a comprarlos ahora —susurró ella, mientras sentía que la ternura empezaba a convertirse en pasión.

—Sí —contestó él y la abrazó con más fuerza aún para que ella sintiese que su deseo también crecía.

—Vamos a la farmacia del centro de la ciudad —dijo ella—. Yo conduzco y tú entras a comprarlos.

Ginny había pensado que conducir resultaría fácil, pero Max le demostró lo contrario. Mientras ella se concentraba en la carretera, él estaba libre para concentrarse en ella y atormentarla dándole besos y delicadas caricias.

—Como sigas haciendo eso, nos vamos a estrellar. Y si acabamos los dos en el hospital, ¿entonces qué? —exigió saber ella, apartando de un manotazo una mano que subía por su muslo.

—Quizá estuviéramos en la misma planta —sugirió él, con un tono de voz ronco y sugerente.

Ginny lo miró, y vio que el alegre estado de ánimo que la envolvía a ella se reflejaba en la cara de Max.

No solo se estaba divirtiendo, sino que se estaba divirtiendo con alguien especial, lo que multiplicaba por cien la alegría y el valor de aquella situación.

Cuando volvieron a la residencia, después de haber comprado los preservativos, vieron que la luz del apartamento de Sarah estaba encendida.

—Mira —dijo Max—. El apartamento de Paul está a oscuras, pero seguro que vuelve en cualquier momento. ¿Qué vamos a hacer? ¿Nos escabullimos al tuyo o al mío? Seguro que Sarah llamará a mi puerta para hacerme alguna pregunta o para informarte acerca de lo que haya ocurrido en urgencias, y Paul Markham, casi con toda seguridad, te invita a cenar.

—Le dije a Sarah que iríamos a cenar al restaurante tailandés —recordó Ginny de repente, y se sintió triste al darse cuenta de la hora que era. Cuando aparcó, se volvió hacia Max—. Y puede ser peor, ¿verdad? Incluso por las noches tendremos que fingir que nos damos las buenas noches y después escabullirnos a alguno de los dos apartamentos. Sé que no se me dan bien este tipo cosas, pero hasta que sepamos con certeza lo que sentimos el uno por el otro...

Max le acarició el brazo.

—No queremos que resulte obvio —terminó él por ella—. Lo puedo entender, y de hecho, estoy de acuerdo, aunque por motivos distintos. Creo que esta fase inicial debería ser únicamente para nosotros, para que exploremos nuestros sentidos y los compartamos. Sin intrusiones, aunque sean bienintencionadas.

Ginny abrió los ojos de par en par debido al deseo, pero lo miraba con tristeza.

—¿Y qué hacemos? ¿Fingir que somos simples amigos y tener cuidado con no tocarnos, no vaya a ser que explotemos? ¡No creo que se me dé bien!

Max pensó que le daba igual quién pudiera estar mirando, y acarició la mejilla de Ginny con sus dedos.

—Se te dará maravillosamente bien —le prometió Max—. Empecemos por esta noche y ya veremos qué ocurre. Después, en cuanto tengas días libres, nos podemos marchar a donde queramos, si es que a los dos nos apetece, da igual quién lo sepa.

Max vio que una sonrisa asomaba en sus labios.

—Podría besarte ahora mismo —murmuró ella—. Solo por ser tú.

—Contrólate —le dijo él, acariciando la punta de su nariz con un dedo. Se guardó la caja de preservativos en un bolsillo del pantalón y se bajó del coche.

Sarah los saludó cuando llegaron a la galería.

—Es mi turno de invitar a la gente —dijo Sarah—. He comprado vino, café e incluso una cerveza ligera, si lo prefieres Max. Entonces, ¿nos tomamos una copa antes de salir a cenar?

Max pensó que sería mejor no mirar hacia Ginny, así que se señaló los pantalones.

—Primero quiero ducharme y cambiarme de ropa. No puedo creer que lleve tanto tiempo con estos pantalones tan sucios.

Cuando Ginny se rio, Max se acordó de la razón por la que no había tenido tiempo para cambiarse.

—Y recuérdame que mañana no compre los sándwiches con salsa —añadió apresuradamente.

Así era como tenían que actuar, y Max esperó que Ginny se hubiese dado cuenta.

Pero cuando esta se volvió hacia Sarah y la miró con aquellos ojos verdes, completamente carentes de emoción, y le dijo que en media hora estaría lista, Max se dio cuenta de que probablemente se le diera mejor a ella.

Ginny caminó con tranquilidad hacia su piso, mientras que él tuvo que hacer un

esfuerzo para controlar sus manos, que parecían querer tocarla constantemente. Además de la absurda sonrisa que se empeñaba en dibujarse en sus labios.

Los siguientes días fueron un verdadero tormento para Max. Estar con Ginny, verla, robarle besos en momentos inesperados, recordar lo cerca que habían estado el uno del otro y la fantasía de hacerle el amor dejó sus nervios sumidos en un estado lamentable.

Ni siquiera era capaz de pensar en el trabajo.

—Si no acabamos con esto pronto, me va a dar un ataque de nervios —le había dicho Max, en un momento en que la había encontrado a solas en uno de los cubículos, el viernes por la mañana—. Me cuesta creer que no tengas libres el sábado y el domingo, como todo el mundo.

—Tengo el lunes y el martes libres —le recordó ella, estrechándose contra él por un momento—. Pero mejor que eso es que Sarah se marcha todo el fin de semana, y sale esta noche. No creo que Paul se quede en el apartamento, así que había pensado que...

Ginny no terminó la frase y Max la abrazó para intentar demostrarle la magnitud de lo que sentía. Unos sentimientos que no podía explicar con palabras.

—No es por el sexo —comenzó a decir él. Quería explicarle aquella abrumadora emoción que sentía, pero la llegada de una enfermera acabó con aquel plan.

—¡Cuánto me alegro! —dijo la enfermera alegremente, lo que hizo que cada uno volviese corriendo a sus puestos de trabajo con las mejillas coloradas y sintiéndose aún más frustrados.

Max pasó la tarde en el pequeño despacho, actualizando sus notas acerca del estrés. Era una tarea que podría haber hecho en el apartamento, pero de aquella manera se sentía más cerca de ella, y además podían caminar juntos hasta la residencia.

Cuando se quiso dar cuenta, había anochecido.

¿Se habría entretenido Ginny con algún paciente?

O peor aún, tal vez se hubiese olvidado de que la estaba esperando.

Max guardó sus cosas y salió del despacho para buscarla.

—Creo que se marchó hace un rato —le dijo Brad—. Siempre hay una pequeña calma los viernes por la noche, así que supongo que habrá aprovechado para marcharse.

—Debió de ser justo después de que estuviera el policía aquí —comentó Max después de pensarlo un rato sintiendo cómo su estómago se revolvía con ansiedad. Y un poco de miedo.

Pero se dijo a sí mismo que ni siquiera era completamente de noche. Estaba seguro de que no habría tenido ningún problema al volver a casa sola.

¿Pero por qué?

Aquella pregunta no era capaz de contestarla y era algo que cada vez lo molestaba más, de manera que alargó las zancadas y se apresuró hacia la residencia.

Cuando vio la luz en el apartamento de Ginny, sintió alivio. Pero seguía sin dar con la respuesta.

Max subió las escaleras, cruzó la galería y llamó con ímpetu a su puerta.

—Debería haber entrado con mi llave —se murmuró a sí mismo, cuando un murmullo de voces, una femenina y otra masculina, contestaron a su llamada.

Entonces, Ginny abrió la puerta y se quedó allí mirándolo como si fuese la última persona a la que había esperado ver.

—¿Qué quieres, Max? —le preguntó ella con la voz tan fría como el hielo.

¿Que qué quería?, repitió Max mentalmente y la miró completamente incrédulo, mientras intentaba asimilar la pregunta.

—Tú... yo... esta noche...

Decenas de palabras daban vueltas en su cabeza, pero no era capaz de ordenarlas

para formar frases. Sobre todo cuando, por detrás de Ginny, asomó Paul Markham.

Ginny quizá se hubiera dado cuenta de que su visita se había quedado totalmente muda, porque volvió a hablar.

—Paul y yo estábamos a punto de salir a cenar —le dijo a Max, con la misma frialdad—. Podemos hablar de lo que sea mañana por la mañana.

Max se alejó por la galería y se dirigió hacia su apartamento. Se preguntaba si tendría aspecto de idiota, que era como él se sentía.

Entró en su apartamento, cerró la puerta y se apoyó contra ella. Estaba seguro de que, en cualquier momento, Ginny llamaría a su puerta para decirle que todo había sido un error, una actuación.

¿Pero con qué fin?

Recordó la conversación que acababan de mantener y se dio cuenta de que la frialdad que le había mostrado no había sido fingida...

Max intentó pensar en todas las posibilidades de por qué Ginny estaría actuando de aquella manera, pero no era capaz de dar con una respuesta.

Cuando oyó que Ginny y Paul salían del apartamento contiguo, y que Ginny no iba a llamar a su puerta, Max se alejó de la puerta y se sentó en una silla después de haber sacado una botella de whisky. Se lo sirvió en un vaso que había encima de la mesita de café, y en cuanto lo olió, supo que no era alcohol lo que él quería.

Pero, aparte de Ginny, ¿qué otras cosas quería?

Quería explicaciones, pero no creía que pudiese obtenerlas aquella noche.

Max se levantó y tiró el whisky por la pila. Después, comprobó que tenía sus llaves y bajó al coche por un cable para su ordenador portátil.

Pasaría la noche cruzando la información que tenía, de urgencias. Después, comprobaría el correo y quizá fuese capaz de formar el perfil de la víctima; Brent le había enviado la información acerca de la víctima a principios de la

semana.

Después de todo, estaba allí para trabajar. No para seducir a una empleada.

Capítulo 9

AQUEL trabajo hizo que Max se sintiese deprimido, y como no tenía a nadie con quién hablar del tema, se sintió frustrado.

Las preguntas daban vueltas en su cabeza y lo mantuvieron despierto hasta bien después de haber oído llegar a Ginny y a Paul.

Max había escuchado cómo ella le daba las buenas noches y entraba en su apartamento, y los pasos de Paul hasta su casa temporal.

Max apretó la mano contra la pared, y sintió la estupidez del gesto incluso mientras lo hacía. Como si Ginny estuviera apoyando su mano al otro lado de la pared. Escuchó, esperando oír algún movimiento, pero aparte de la luz que salía a la galería, y que al rato se apagó, no parecía que ella estuviera en casa.

Tampoco lo parecía a la mañana siguiente cuando Max llamó a su puerta.

—Iba a salir temprano —dijo una voz tras él, y Max se giró para encontrarse con Paul allí de pie—. Cambió el turno y se ha marchado a visitar a sus padres. Por eso quería acostarse pronto, para poder levantarse temprano y evitar el tráfico.

Max asintió. La información acerca de Ginny le había sentado como una patada, pero esperó haber ocultado su reacción.

Intercambiaron comentarios acerca del tiempo y se despidieron.

Max lo observó mientras se alejaba y recordó la conversación que había tenido con él una y otra vez.

Habían mantenido una conversación trivial, entonces, ¿por qué Max no era capaz de aceptarla como tal?

¿Porque aquel hombre sabía más acerca de los planes de Ginny, que él? No, quizá Paul supiese algo más acerca de los planes recientes de Ginny, pero en lo que al resto se refería...

También se preguntó por qué habría cambiado Ginny sus días libres; en un hospital no era algo tan fácil y además, probablemente habría tenido que hipotecar sus días libres del siguiente mes.

¿Por qué lo habría hecho?

Si hubiera estado Sarah allí, le habría dicho que estaba gruñendo.

Cosa que estuvo haciendo de manera intermitente hasta el domingo por la tarde, cuando Ginny volvió.

Desgraciadamente, aunque consiguió permiso para entrar en el apartamento de Ginny, Sarah también volvió aquel día, y justo cuando comenzaba a sentir la excitación por estar cerca de Ginny, Sarah entró en el apartamento, bronceada pero deprimida.

—Vamos —les dijo a Ginny y a Max—. Compartid un poco de alegría, y sacadme a cenar para que no eche tanto de menos a mi familia.

Sarah debió de haber notado algo en el ambiente, porque los miró a uno y a otro.

—¿Aún queda felicidad por compartir, verdad?

—Muy poca —espetó Max—. Pero todos tenemos que comer, así que será mejor que lo hagamos. A no ser, claro, que Ginny tenga una cita con Paul.

Sarah profirió una exclamación al oír aquello y se dirigió de espaldas hacia la puerta, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar.

—¡No te vayas! —suplicó Ginny y miró furiosa a Max—. Se está dejando llevar por nada. Claro que saldremos todos a cenar.

—De acuerdo —dijo Sarah—. ¿Qué os parece el restaurante donde fuimos con Paul? Había un par de platos muy sugerentes en el menú, y como esta semana salgo tarde de trabajar, quizá no tenga otra oportunidad para probarlos.

Max observó a Ginny. Estaba pálida y no debía de haber dormido muy bien, porque tenía ojeras.

Max deseaba abrazarla, pero no era capaz de moverse. Le resultaba bastante

claro, al menos a él, el muro que ella se había erguido a su alrededor.

—Quizá preferirías no salir —le dijo Max a Ginny. Se había dado cuenta de que, bajo aquella capa de superficialidad, había una gran tristeza, y aquello también lo afectaba a él.

—No. Me apetece salir —contestó Ginny y se volvió hacia Sarah—. ¿Necesitas tiempo para arreglarte?

—No. Esto es lo más arreglada que me veréis esta noche. Vamos a cenar y así podremos acostarnos pronto.

Una vez estuvieron sentados a una mesa, comenzaron a hablar acerca del asesino en serie y de los asesinatos de las cuatro mujeres; aunque de mala gana. Max les habló acerca de algo que había descubierto en las notas de Brent, algo relativo a una agencia de modelos; después hablaron sobre la misteriosa ausencia de forcejeo tanto en el secuestro, como en los estrangulamientos; y finalmente hablaron acerca de las posibles drogas de vida corta, que no dejaban apenas rastro en el cuerpo humano.

Pero ninguno de los tres apenas probó la comida.

—¡Cuánto me alegro de haberos escogido para que me animaseis! —dijo Sarah cuando terminaron de comer—. ¿Qué os parece si llamo a un taxi para marcharme a casa y vosotros dos os quedáis aquí? Os tomáis una copa de vino y discutís acerca de lo que os está fastidiando.

—¿Por qué íbamos a sentirnos molestos por algo? —preguntó Ginny y Sarah se rio.

—La semana pasada casi no erais capaces de quitaros las manos de encima, así que decidí marcharme para haceros un favor y para que pudierais estar solos en los apartamentos. Y cuando vuelvo lo único que me encuentro es una barrera, un kilómetro de alta, entre los dos.

—Una barrera que debería haber estado ahí antes —espetó Ginny—. Debería haber aprendido la lección hace seis años, pero al menos en aquella época pensaba que era un hombre de confianza.

—¿Confianza? —repitió Max, sin saber qué estaba ocurriendo.

—¡Sí! ¡De confianza! —repitió Ginny, y entonces, como si no fuese capaz de contener su indignación por más tiempo, le habló—. ¿Acaso no mencionaste el nombre de Sally a la policía? No tenía absolutamente nada que ver con las cintas de seguridad que estuvimos viendo. ¡Si yo ni siquiera estaba segura de que fuera ella! Pero claro, como eres un bocazas, yo de repente me convierto en la sospechosa número uno y me interrogan en horas de trabajo, en mi lugar de trabajo, acerca de una persona a la que apenas he podido ver en una cinta de vídeo.

De nuevo, Max estaba boquiabierto. Intentó ordenar sus pensamientos y sacar alguna pista acerca de por qué estaría Ginny tan enfadada. Pero no fue capaz de articular una sola palabra, así que intentó dar una explicación.

—Cuando le dije a Brent que no habías notado nada fuera de lo normal en las cintas, él me preguntó acerca de algún gesto de exclamación que hubieras proferido, o cualquier gesto que se saliera de lo normal...

—¡Así que me estabas espiando! —Ginny escupiendo aquellas palabras—. Toda esta preocupación era un montaje.

Max levantó las manos en un gesto de súplica.

—¿Qué puedo decir? —exigió él, al tiempo que su propia furia crecía ante la injusticia de una falsa acusación—. Todo lo que yo te diga te lo vas a tomar por el lado equivocado. ¿Quieres que detengamos al asesino o no? ¿Estás más interesada en imaginarte que te he hecho daño de algún modo que en encontrar a la persona que ha asesinado a cuatro mujeres?

En los ojos de Ginny brillaba tal furia que Max supo que estaba a punto de perder el control.

—Claro que quiero detener al asesino, pero que yo haya imaginado que he visto a alguien, en una cinta de video, y que esa persona esté a un millón de kilómetros de distancia no va a ayudar. ¿Así que por qué se lo has dicho a tu primo?

—Haces que parezca una traición, Ginny —dijo Max con tristeza—, y deberías saber que nunca te traicionaría. Pero todos los pequeños detalles nos ayudarán a encontrar al asesino; tú viste algo en la cinta que te extrañó y yo simplemente lo mencioné.

Max pensaba que ella lo debería haber entendido, pero se dio cuenta de que la reacción de Ginny no encajaba.

—¿Pero quién es esa Sally?

Sarah acababa de hacer la pregunta del millón.

—Es una amiga, más bien una conocida —le dijo Ginny.

—¿Y está a un millón de kilómetros de distancia? —preguntó Sarah—. Pues no entiendo cómo puede estar provocando problemas entre vosotros dos. No tiene sentido.

—Sally es amiga mía, y ya ha tenido suficientes problemas en su vida durante los últimos doce meses como para que encima la policía la busque y la interroge. Pero no es Sally la que causa los problemas, es Max por haberle hablado a Brent de Sally.

—Salgamos de aquí —dijo Sarah—. Ha sido idea mía venir aquí, así que yo pagaré, y cuando vosotros hayáis solucionado vuestras diferencias, lo celebraremos.

Sarah se levantó y se dirigió a la salida del restaurante apresuradamente.

—Está deseando alejarse de nosotros —dijo Ginny con pesadumbre.

—Tiene razón —contestó Max—. Tenemos que hablar y este no es el lugar.

—No creo que haya nada de qué hablar —le dijo Ginny—. Simplemente creo que deberíamos admitir que cometimos un error y continuar a partir de aquí.

Max sintió que su corazón daba un vuelco de alegría y miró a Ginny sonriendo.

—¿Lo dices en serio? ¿Podemos olvidar este malentendido?

Pero su sonrisa se congeló en su cara al darse cuenta de que ella no sonreía. Parecía aún más triste que antes.

—No me refiero a lo de Sally —espetó ella—. Me refiero a nuestra relación, a que podríamos estar juntos. Eso es lo que deberíamos olvidar.

—¡Tonterías! Hay demasiado en juego. Ginny, nosotros nos amamos.

—Quizá hubiésemos llegado a amarnos algún día —dijo ella—. Cuando nos hubiésemos satisfecho sexualmente, tal vez hubiéramos tenido una posibilidad. Sin embargo...

Max no escuchó el resto de la frase ya que en aquel momento, Sarah regresó para sacarlos del restaurante.

Ginny siguió a Sarah a lo largo del camino hacia la calle. Cada paso que daba suponía un esfuerzo, ya que el cansancio que sentía ponía pesos en sus pies.

Aunque hubiese conseguido alejarse de Max durante el fin de semana, no era capaz de sacarlo de su cabeza.

Y en aquel momento estaba tan cerca de ella que se imaginaba que podía oírlo respirar, pero no podía buscar refugio en él; no podía echarse en sus brazos o dejarse llevar por el placer sexual que él provocaba en su cuerpo.

—¿En qué estás pensando?

Ella lo miró. Vio que Sarah iba unos pasos por delante de ellos.

—En el sexo —contestó Ginny con sinceridad.

—¿Conmigo? —preguntó Max y ella pudo oír esperanza y tristeza en sus palabras.

—¿Con quién si no? —gruñó ella—. Pero solo porque esté pensando en ello no creas que significa algo.

Max se pasó la mano por la cara, en lo que a Ginny le pareció un gesto de desesperación.

—No puedo creer que hayamos pasado de ser casi amantes a prácticamente no hablarnos en tan poco tiempo, y por un asunto tan trivial.

¡Trivial! La furia que Ginny había sentido cuando Brent la interrogó por primera vez volvió a inundarle el cuerpo.

—¿Piensas que traicionar un asunto confidencial es algo trivial? —exigió Ginny.

Max suspiró.

—En un caso de asesinato, nada es confidencial, Ginny. Eso es algo con lo que tienes que aprender a vivir. Además, en ningún momento dijiste que tu mención de Sally fuera confidencial.

Ginny se dio cuenta de que Max tenía razón, y de que probablemente él había hecho lo correcto. Pero cuando Brent le mencionó el nombre de Sally, Ginny fue consciente de las complicaciones que ella, inconscientemente, podía crearle a aquella mujer.

Pero sabía que su reacción había sido excesiva.

—¡Maldita sea! —murmuró confusa.

—No hay nada que no se pueda solucionar —le dijo Max y apoyó una mano sobre su hombro.

—¿No? —le preguntó incrédula.

Continuaron caminando juntos hasta donde Sarah los esperaba.

Le gustaba sentir la mano de Max, pero ¿por qué sentía que todo estaba mal?

Ginny se dio cuenta de que quedaban muchas cuestiones por resolver entre ellos.

Capítulo 10

LA semana comenzó con tensión en lo que a Max respectaba.

Había pensado pasar el lunes observando a las enfermeras en el hospital, y aunque intentó concentrarse exclusivamente en ellas, la presencia de Ginny no se lo permitía.

Por lo que parecía, ella había olvidado el acercamiento de la noche anterior y había vuelto a declararle guerra.

—Debería haber comprendido que si yo realmente te importara, no habrías tardado seis años en volver —le dijo en un momento en que se quedaron solos en la sala de curas—. Y ahora que has vuelto, lo has hecho por un trabajo. Si no te hubieras encontrado conmigo, ¿me habrías buscado?

—Ginny, vine a buscarte, pero no quería desbaratar tu vida. Por lo que yo sabía, podrías haber estado felizmente casada y lo último que querrías era que alguien del pasado llamara a tu puerta. Pensé que, trabajando en los hospitales, de alguna manera te acabaría encontrando.

En aquel momento, una enfermera con un paciente entró en la sala y tuvieron que zanjar la conversación, pero la mirada que Ginny le dedicó le dijo que no comprendía nada.

—¿Pero por qué seis años? ¿Por qué no viniste antes?

Aquella pregunta sorprendió a Max. Habían pasado horas de la primera conversación.

Estaban solos en la sala de médicos, tomándose un café. Sarah había estado con ellos pero se había tenido que marchar cuando una ambulancia entró en urgencias.

Max la miró fijamente y sintió cómo le temblaban las piernas. Inspiró hondo y decidió explicárselo, aunque no quería su lástima, quería su amor.

—Ya sabes que volví porque a mi madre la había abandonado su segundo marido, y estaba devastada y necesitaba apoyo. Lo que yo no sabía entonces era que le habían diagnosticado cáncer de mama; aquella fue la razón de que él la dejara —le explicó Max—. Entonces fue cuando me di cuenta de que tendría que quedarme, y fue cuando te escribí la carta —añadió.

Ginny sintió que su corazón se paralizaba. Recordó la carta que le había mandado: le hablaba de un compromiso familiar y lo utilizó como excusa para no volver. Lo que ella no había acertado a ver en la carta era la angustia, o que el compromiso fuera tan serio.

Y aunque Max en ese momento hablaba con tranquilidad, sintió el dolor tras sus palabras y vio con claridad las profundas líneas alrededor de sus ojos.

—Continúa —le dijo. Necesitaba saber todo lo que él había pasado durante aquellos seis años.

—Durante el primer año de tratamiento la enfermedad remitió, pero entonces tuvieron que amputarle el otro pecho. Volvió a pasar por todo el tratamiento y de nuevo parecía que la enfermedad remitía. Pero se le extendió a los pulmones y a la columna vertebral —continuó Max—. Cuando volví, me mudé a vivir con ella para poder estar a su lado y acompañarla a los tratamientos. A medida que su condición fue empeorando, comencé a trabajar desde casa para poder estar con ella durante sus últimos meses de vida.

Ginny tenía los ojos llenos de lágrimas. Quería decirle algo, decirle que sentía su dolor y que lo comprendía, pero la llegada de otra ambulancia zanjó de nuevo la conversación.

Aunque estuvo ocupada el resto del día, no pudo dejar de pensar.

—Comeré algo y me iré directa a la cama —le dijo Sarah mientras subían por las escaleras de los apartamentos, tres horas más tarde de su hora de salida del trabajo.

—Yo también —aceptó Ginny, pero miró hacia la ventana iluminada del apartamento de Max.

Sentía pesar en su corazón por lo que Max le había contado, y aunque deseaba estar con él, las barreras que ella misma había levantado se lo impidieron.

Al día siguiente, cuando salía para el trabajo, lo buscó, pero no oyó ningún ruido en su apartamento. Y cuando llegó al hospital y vio que no estaba allí, comenzó a preocuparse. Pero se dijo a sí misma que lo que él hiciera no era asunto suyo.

—Tenía una reunión en la ciudad —le dijo Sarah cuando ella mencionó su ausencia—. No sé cuándo volverá.

Max regresó a las siete de la tarde. Ginny oyó sus pasos, pero no podía salir a recibirlo porque Paul estaba en su cuarto de estar, contándole el terrible fin de semana que había pasado con la familia de Isobel.

—Su cuñada se ofreció para echarle un vistazo a su ropa. Decía que la donaría toda a la caridad, pero no pude evitar pensar que también quería algo para ella. Y no soportaba la idea de verla con la ropa de Isobel, así que le dije que no lo hiciera.

Ginny asintió amablemente, pero todo su ser permanecía alerta mientras esperaba, deseaba, que Max llamara a su puerta. Pero escuchó cómo sus pasos se dirigían hacia su propio apartamento, y después escuchó el ruido de su cerrojo...

De repente, Ginny recordó que no había hecho nada por cambiar los cerrojos, ni siquiera había comprobado si hacía falta hacerlo.

Murmuró algo, esperando que fuera una contestación adecuada a lo que Paul estaba diciendo, mientras intentaba no pensar en qué estaría haciendo Max en aquel momento; dejando el portátil encima de la mesa, aflojándose la corbata, desabrochándose el botón de la camisa...

—¿Me estás escuchando?

—Sí —mintió Ginny—. Puedo entender cómo te sentías y supongo que tu cuñada también.

—¡Ella no! Me dijo que era morboso guardar la ropa de Isobel.

—Quizá dentro de cinco años sí lo sea —le dijo Ginny y colocó una mano sobre la rodilla de Paul a modo de disculpa por la distracción—. Pero no ahora. Tienes que sobrellevar tu pena a tu propio ritmo.

—Sabía que lo entenderías —dijo Paul afectuosamente, mientras cubría la mano de Ginny con la suya—. Hay algo en ti que me recuerda a Isobel, a todas las cosas maravillosas que ella representaba.

¿Como una herencia de un millón de dólares?

Ginny no sabía qué le había hecho pensar eso, pero el comportamiento de Paul la desconcentraba.

Intentó librar su mano de la de él, pero Paul se movió de manera que las manos quedaron atrapadas entre ellos, y la miró fijamente.

—Pero debería deshacerme de la ropa. Quizá mi cuñada tuviera razón cuando dijo que si la guardaba no sería capaz de seguir adelante —le dijo a Ginny—. ¿Sabes algo más de lo que está pasando? ¿Te han vuelto a interrogar desde el viernes pasado?

Ginny no se sorprendió de que Paul supiera que Brent había ido al hospital, porque allí los rumores se extendían como la pólvora.

—No fue a verme para preguntarme acerca de la última víctima, aunque tampoco lo hizo cuando Isobel murió —contestó Ginny. Sintió la ola emocional en la que se había visto sumergida desde que empezó todo e intentó controlarse, pero las lágrimas se deslizaron por su cara.

Paul la abrazó, consolándola y le dijo cuánto sentía haberla disgustado.

Ginny sintió que él estrechaba el abrazo y reaccionó, aunque de manera demasiado brusca; se apartó y se apresuró al cuarto de baño mientras murmuraba una disculpa.

Cuando Ginny salió de nuevo, Paul se había marchado. Sabía que probablemente lo habría ofendido con su comportamiento, pero se sentía agotada tanto mental como físicamente, así que tendría dejar así las cosas.

Sin embargo, lejos de sentirse ofendido, al día siguiente Paul fue a buscarla a

urgencias y la invitó a cenar.

—Salgo tarde —le dijo ella.

—¿Y mañana?

Los azules ojos de Paul la miraban fijamente, y parecían suplicar su aceptación. Ginny recordó la tremenda pérdida que acababa de sufrir y aceptó.

Un poco más tarde, Paul la llamó para proponerle cenar en su antigua casa. Le parecía una idea estupenda ya que sería una buena oportunidad para que la viera, porque no sería suya durante mucho más tiempo. Quizá incluso... si a ella no le importaba...

Ginny supuso que quería que le echase un vistazo a la ropa de Isobel y de nuevo, aceptó.

A la mañana siguiente, Max salió de su apartamento en cuanto escuchó el ruido de la puerta del de Sarah. Sabía que las dos mujeres habían cenado juntas la noche anterior, y quería preguntarle a Sarah qué le había contado Ginny.

—¿Qué te ha contado? —le preguntó mientras cruzaban la calle.

—¿No has tenido suficientes problemas ya por haber hablado cuando no debieras? —le recordó Sarah—. Pues no esperes hacerme tu cómplice.

—¿No me lo vas a contar?

Sarah se volvió para mirarlo.

—No puedo, pero sí te diré que hay algo que la preocupa, aunque no pude averiguar qué es.

Sarah vio que Max fruncía el ceño y vio el dolor reflejado en sus ojos.

—Tiene que ver con la mujer del funeral, Sally —murmuró él—. Pero no veo la relación.

—He estado pensando en ello y tampoco la veo —dijo Sarah—. Así que, o se lo

preguntas directamente a Ginny, o te olvidas del asunto. Yo te sugiero que lo olvides —añadió y consultó su reloj.

—Tú no tienes un horario fijo y ella entra tarde a trabajar. ¿Por qué no compras unas pastas y la invitas a desayunar? Habla con ella, de lo que sea, pero tenéis que empezar a hablar.

Max se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Eres una mujer sabia y maravillosa —le dijo.

Pero comprar las pastas era una cosa, y llamar a la puerta de Ginny para invitarla a desayunar era otra.

Cuando por fin lo hizo, ella abrió la puerta en camión.

Max se imaginó que le acariciaba las piernas, sintiendo la firmeza y la suavidad de su piel.

—¿Te apetece desayunar? —le preguntó. La sequedad de su boca hizo que las palabras sonaran roncadas.

Una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios.

—Sí, me encantaría.

—No te olvides las llaves —farfulló. De repente, se había quedado sin aire.

Pero cuando estuvieron en su apartamento, la angustia de los últimos días hizo que Max olvidara el desayuno.

La tomó en sus brazos mientras murmuraba su nombre.

Ginny parecía satisfecha con aquel gesto, incluso se estrechó contra él, y Max sintió cómo se le calentaba la sangre y se le disparaba hacia ciertas extremidades.

Cuando ella levantó la cara hacia él y suspiró al notar el roce de los dedos de Max sobre su pecho, él se dio cuenta de que habían superado, milagrosamente, el enorme vacío que se había formado entre ellos.

—¿Nada de preguntas? —le preguntó ella y lo miró con sus grandes ojos verdes, haciendo que Max se sintiera irremediabilmente atraído hacia ellos, ahogándose en el profundo amor que sentía por ella.

—Ya se me ocurrirá alguna —contestó él mientras acariciaba la suave piel de sus pechos—. Preguntas importantes —murmuró—, sobre lo que te gusta. ¿Esto, por ejemplo?

Deslizó la mano bajo un pecho y lo sujetó suavemente mientras le acariciaba el pezón.

El jadeo entrecortado de Ginny fue suficiente respuesta. Continuó acariciando su sensibilizada piel mientras le desabrochaba el camisón y lo deslizaba hacia abajo; después, comenzó a besarle el cuello y sintió el escalofrío que recorrió el cuerpo de Ginny.

Lentamente, fue bajando hasta sus pechos y le acarició los pezones con la lengua, mientras sus dedos bajaban hacia lugares más íntimos.

—¿Y esto?

Ginny asintió con la cabeza y aumentó la intensidad de sus caricias, haciendo que el propósito que Max se había hecho de ir despacio cada vez resultase más difícil.

Pero ella era su amor máspreciado, y tenía que demostrarle lo especial que era, no solo con palabras, sino también con acciones.

Así que Max deslizó las manos por su piel, acariciándola, mientras la besaba y murmuraba promesas de amor eterno. Ella, a su vez, murmuraba palabras de amor y cariño en su oído y besaba su piel.

—¿Aún tienes los preservativos?

Aunque apenas murmuró la pregunta, Max sintió que la cabeza le daba vueltas, pero logró contestar afirmativamente.

Después, en su habitación, en su cama, y seis años después de haberse enamorado de ella, Ginny fue final e irrevocablemente suya.

Aunque quizá no tan irrevocablemente, pensó Max más tarde mientras ella, sentada en el borde de la cama y al tiempo que le acariciaba la espalda, le habló de su cita.

—Es solo por esta noche, pero no puedo hacer otra cosa.

Max frunció el ceño y miró a la mujer que le acababa de prometer amor eterno.

—¿No puedes librarte de salir a cenar con Paul?

Max movió la cabeza. Se dijo que el amor que sentía debía de estar afectando su capacidad auditiva y que no lo había oído bien.

Sintió que el corazón se le paralizaba, que la sangre se le helaba en las venas y su cabeza le gritaba que no la dejara marchar, pero actuó con tranquilidad.

¡Tenía que hacerlo!

Había aprendido lo suficiente como para saber que no podía decirle a Ginny lo que debía o no debía hacer.

—No es tanto el salir con él como el hecho de ir a su casa. Creo que quiere que le eche un vistazo a la ropa de Isobel para poder deshacerse de ella. No quiere hacerlo él, lo cual es comprensible, pero quiere que lo haga yo porque no quiere ver a su cuñada con la ropa de Isobel.

Max se apoyó sobre un codo y la acarició. Pero Ginny comenzó a vestirse apresuradamente mientras murmuraba palabras acerca de llegar tarde a trabajar.

—Creo que me he perdido algo de lo que me has contado —dijo él—. Podemos comer juntos en la cafetería y me lo cuentas otra vez.

Ella lo miró. Tenía los ojos abiertos de par en par y el pelo suelto enmarcaba su sonriente cara.

—Sabía que lo entenderías —susurró ella—. Creo que por eso te amo.

—Y por eso —le decía más tarde a Sarah—, por lo que creo que acepté que saliera con otro hombre.

—¿Esta noche? —le preguntó Sarah.

Max asintió con pesar.

—Estoy loco, ¿verdad?

Pero a Sarah no parecía importarle su cordura. Lo miró frunciendo el ceño y después consultó su reloj.

—¿Dónde está Ginny ahora? —le preguntó mirándolo de nuevo.

—Aquí, en el hospital. Hemos quedado para comer.

—¿Y dónde está tu primo Brent?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Creo que deberíamos hablar con él —le dijo Sarah—. Veré si Ginny y yo podemos coincidir a la hora de comer, aunque no será fácil. Tú procura traer a Brent aquí...

Max levantó las manos horrorizado.

—¡Sarah! ¿Has perdido la cabeza? Acabo de pasar por un calvario por haber juntado a Brent y a Ginny, y ahora que la he recuperado, ¿quieres que lo repita? Ni hablar.

—Podría ser importante —le dijo Sarah.

—¿Por qué? —exigió saber Max, sin molestarse en ocultar la beligerancia en su voz.

—No estoy segura —dijo Sarah—. Pero sé que hay algo. Entre lo que ya sabemos, nuestras suposiciones y otros pequeños detalles. Si pudiéramos hablar con Brent, quizá seamos capaces de unirlo todo.

Max movió la cabeza.

—No estoy siendo testarudo, Sarah. Sé que la felicidad de Ginny y la mía serían un pequeño precio a pagar en comparación con la vida de la siguiente víctima, pero Brent es un hombre muy ocupado. Si crees que sabes algo importante, yo

puedo decírselo...

Sarah negó con la cabeza.

—No, pero sé que hay algo ahí —dijo testaruda.

Finalmente llegaron a un acuerdo. Como Ginny tenía una cita con Paul, y por lo tanto no estaría disponible, Max le pediría a Brent que se pasara por su apartamento aquella noche.

Quizá entre los tres pudieran dar con el cabo suelto en el que Sarah insistía.

Capítulo 11

A GINNY la intimidó la enormidad de la casa. Tenía estilo, pero las habitaciones parecían vibrar con el eco de un fantasmal vacío y se sintió abrumada por el deseo de hacer lo que tuviera que hacer allí y marcharse cuanto antes.

—Si me dices dónde está la ropa de Isobel, puedo ir seleccionándola mientras tú preparas la cena —sugirió Ginny—. Apartaré las prendas que me parezcan especiales para que tú decidas.

Paul sonrió y rozó su brazo con la mano.

—No seas tan concienzuda. Además, la preparación de la cena es solo cuestión de escogerla y calentarla. Te lo mostraré.

Paul colocó la mano sobre el hombro de Ginny y la dirigió hacia la cocina.

Aquel era un gesto natural y amistoso, pensó Ginny, sin ningún trasfondo sexual, pero se sintió incomodada, y cuando Paul quitó la mano para abrir el congelador ella se apartó todo lo que pudo de él.

—¡Ves! —exclamó él orgulloso—. Además de estar perfectamente empaquetada, también está etiquetada. Hay de todo: filetes con todo tipo de salsas, pollo empanado, pechuga con salsa de mango y pistachos... Y aquí abajo está la pasta, el arroz y los platos de verduras. A Isobel le gustaban mucho.

La voz de Paul parecía llegar de un lugar distante y Ginny se dijo que debía controlarse y concentrarse. Debía actuar con naturalidad.

Pero solo era capaz de pensar en la descripción que Sarah les había dado de la cena de la última víctima.

Paul continuó mostrándole paquetes de comida preparada, hablándole de lo maravillosamente buena que estaba y Ginny se preguntó cuánto tiempo más sería capaz de mantener su estómago bajo control.

—De todos modos, preferiría hacer primero lo de la ropa. No hace falta que vengas, simplemente dime a qué habitación tengo que ir.

¿Se habría dado cuenta Paul del temblor en su voz? Si era así, con un poco de suerte lo atribuiría a los nervios.

—Pero aún no has escogido. ¿Qué te gustaría cenar?

Si le decía que no se encontraba bien y que no le apetecía cenar, ¿sospecharía algo?

No quería pensar en ello y su mente dio vueltas frenéticamente.

—Pollo —contestó Ginny—. Con salsa de mango. Debe de estar bueno. ¿Hay cuarto de baño en esta casa?

Paul se rio ante aquella pregunta, pensando que era una broma, y le señaló el camino.

En cuanto estuvo dentro del cuarto de baño y con la puerta cerrada con pestillo, Ginny se sentó sobre el inodoro y hundió la cara en las manos.

¿Qué podía hacer?

Se dijo que tener platos preparados en el congelador no lo convertía en un asesino y se recordó que Max y Sarah sabían dónde estaba.

Lo único que tenía que hacer era actuar con normalidad e intentar salir de allí lo antes posible, pero sintió cómo el pánico se apoderaba de ella.

—¡No seas tonta! —se dijo a sí misma en voz alta.

Se puso de pie, tiró de la cadena, se refrescó la cara y se pasó las manos por el pelo. Tenía un aspecto tan terrible que seguramente él adivinaría lo que estaba pensando, aunque, por supuesto, no era un asesino...

Entonces, ¿por qué pensaría él que ella lo sospechaba?

Un gruñido amenazó con salir del fondo de su estómago pero se contuvo, y Ginny abrió la puerta. Después de todo, ¿qué razón podía tener Paul para

asesinar a cuatro mujeres?

Tenía que dejar de hacerse aquellas preguntas.

«Para encubrir el asesinato de su esposa», aquel pensamiento se formó en su cabeza con demasiada rapidez.

Se encaminó en la dirección equivocada, así que cuando se encontró en el cuarto de la plancha tuvo que retroceder.

¿Qué razón tendría para asesinar a su esposa?

La fugaz visión de Sally en la cinta de vídeo destelló en su cabeza.

—¡Aquí estás! —dijo Paul—. Empezaba a pensar que te habías perdido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sarah, pero Max la ignoró mientras se afanaba en buscar sus llaves.

—Vamos —dijo tomando a Sarah de la mano—. Voy a entrar en el apartamento de Paul y necesito un testigo.

—¿Por qué?

—Isobel no cocinaba, según dijo él. O bien comían fuera o tomaban platos preparados, ¿recuerdas?

—Sigo sin entender, Max.

Pero Max no contestó. Tiró de ella hacia la galería y se dirigieron al apartamento de Paul.

—Los platos preparados tendrían que ser congelados. Se ha estado sintiendo tan seguro que no habrá visto ningún problema en traerse algunos aquí.

Metió su llave en la cerradura y Sarah le dijo que no funcionaría, pero sí lo hizo. Entró a regañadientes y se quedó junto a la puerta.

—Tienes que verlo —le ordenó—. Los dos tenemos que echar un vistazo. Brent

no puede hacer esto, pero si encontramos lo que yo creo...

Sarah lo siguió y cuando Max abrió el congelador, ella miró obedientemente.

—Comida preparada congelada. ¿Y qué? —le preguntó ella.

Max sacó un paquete.

—Lee la etiqueta.

—Filete con champiñones.

Sarah de repente comprendió y sintió que se le escapaban las fuerzas.

—Ginny está allí.

—Lo sé —gruñó Max—. Y por eso voy a ir, ¿vienes conmigo?

—Es un asunto policial —le recordó Sarah—. Y si nosotros nos metemos por medio, podría desbaratar el caso. Telefonea a Brent.

—Hola, Brent —dijo Max, de vuelta en su apartamento—. ¿Dónde estás? Ginny está en casa de Markham en estos momentos. Tenemos una posible prueba en su contra.

Sarah observó a Max y vio que la tensión en su cara se relajaba ligeramente.

—¡Pues ven ahora mismo!

Max colgó el auricular y se volvió hacia Sarah.

—¿Tenemos una prueba en su contra? Sigo sin comprender. Tener platos preparados en el congelador no lo convierte en un asesino.

—Yo no lo conozco demasiado bien. ¿Qué opinas tú de Paul?

Sarah pensó en su respuesta mientras observaba a Max caminar de un lado a otro.

—Le gusta ser apreciado, incluso admirado. Y está acostumbrado a ello. Es atractivo, inteligente y bueno en su trabajo.

—¿Un hombre que es consciente de su importancia? —preguntó Max mientras se acercaba a la puerta para dejar pasar a Brent.

—Yo diría que sí.

—¿Y cómo reaccionaría si su esposa quisiera dejarlo?

—Mal. Pero eso les ocurre a la mayoría de los hombres —dijo Sarah—. Sobre todo si es por otro hombre. Sienten que su orgullo está herido.

—¿Y si no fuera por otro hombre? —preguntó Max—. ¿Y si fuera por una mujer?

Sarah sintió miedo por Ginny y aunque Brent le aseguró que tenía a hombres vigilando la casa, no se sintió mejor.

—No es suficiente —dijo Sarah y telefoneó al hospital para hablar con Brad.

—Manda un mensaje al busca de Ginny y cuando ella te llame dile que ha habido un accidente de carretera muy grave y que necesitas a todo el personal. Dile que ya me has avisado a mí y que yo estoy de camino. Hazlo ahora, Brad, y procura que parezca muy urgente. Yo iré enseguida y te lo explicaré todo.

—¡Eres un genio! —exclamó Max cuando Sarah colgó el auricular y la abrazó—. Iré a casa de Paul a recogerla. Diré que tú lo has sugerido porque sabías que Brad la avisaría a ella también.

—¿Sabes dónde ir?

—Seguiré a Brent. Después de todo, deberíamos dejar que la policía haga algo.

—Iré en tu coche —dijo Brent—. No te preocupes, me bajaré antes de que lleguemos. No puedo decir que me guste que los civiles se involucren de esta manera, así que intentaré pensar en un plan mientras llegamos.

—¿Por qué tienes a hombres vigilando la casa? —le preguntó Max cuando estuvieron en el coche—. Si sospechabas de él, podrías habérmelo dicho y habríamos evitado que Ginny fuera allí.

—Siempre sospechamos de él, entre otras posibilidades, y no nos pareció normal

que se mudara a los apartamentos. Era como si quisiera tener controlados a los nuevos empleados de urgencias. Pero esta tarde conseguimos hablar con la misteriosa Sally y muchas piezas encajaron.

Brent susurró algo a un pequeño micrófono y después le dijo a Max que se detuviera junto a unos árboles, a unos veinte metros de la entrada de la casa.

—Entra por allí. Mis hombres están preparados y saben que vas a entrar. No hagas ninguna tontería: entra, recupera a la chica y sal.

¡Recupera a la chica!

Max rezó para que no fuera demasiado tarde.

Mientras se dirigía por el camino hacia la casa, unas luces de frente lo deslumbraron. Como no podía dar la vuelta y el coche que venía de frente tampoco, se detuvo y bajó del coche, intentando tapar el brillo de los faros con una mano.

—¿Eres tú, Paul? —dijo mientras se acercaba, con toda la naturalidad de la que era capaz, hacia el lado del conductor—. Supongo que llevas a Ginny al hospital. Cuando llamaron a Sarah, ella sugirió que viniera a recogerla, ya que Ginny no tiene coche.

Paul no se había bajado del coche, así que se inclinó sobre la ventanilla del conductor.

—¡Hola, Ginny! —saludó Max y volvió su atención de nuevo a Paul—. Creo que lo más fácil y rápido sería que Ginny se monte en mi coche y yo salga marcha atrás. Además, así te ahorrarías el viaje.

Max tenía el corazón en un puño.

Ginny se dispuso a bajarse del coche, pero Paul la sujetó por la muñeca antes de que pudiera hacerlo.

—Yo la llevo.

Más tarde, Max diría que fue el tono posesivo de su voz lo que le hizo darle un puñetazo.

Ginny se bajó del coche al tiempo que se oían unas voces en la oscuridad y Max daba la vuelta al coche para acercarse a ella.

—Entrad en el coche y salid de aquí —les ordenó Brent.

—¡Mi amor! —murmuró Max mientras abrazaba a Ginny.

—Vamos —susurró ella—. Tengo que ir al hospital.

Max la abrazó con más fuerza y se dirigieron al coche.

—No. No tienes que ir —le dijo y le explicó la ingeniosa ocurrencia de Sarah.

Durante el camino de vuelta, hablaron de los detalles nuevos del caso, pero seguía faltando tanta información que quizá nunca supieran la verdad completa.

El apartamento de Sarah estaba a oscuras, y Max no quería dejar sola a Ginny, así que cuando subieron las escaleras, la invitó a cenar a su apartamento.

—Por cómo me siento en estos momentos, probablemente no vuelva a comer. Pero me sentiría mejor si...

Ginny dudó por un momento y lo miró, sonriendo ligeramente.

Max le acarició la mejilla y sintió un nudo en el pecho.

—¿Te hago compañía?

Ginny sonrió abiertamente.

—Sí —murmuró ella y se estrechó contra él—. Si no te importa ser mi apoyo durante un rato.

—Lo sería durante toda la vida, pero no hablemos de eso ahora.

—¿Te quedas conmigo? —susurró ella más tarde, cuando el sueño comenzaba a apoderarse de ella.

—No tienes que pedirlo —dijo él y la acompañó a la habitación.

La ayudó a desvestirse y se ducharon juntos. Max le enjabonó el cuerpo,

manteniendo sus emociones controladas porque sabía que lo que ella necesitaba en aquel momento era un amigo.

La secó con delicadeza y le puso el camisón. Después, la arropó y se metió en la cama a su lado, abrazándola.

—Gracias.

Aquella palabra, susurrada junto a su nuca, fue lo que despertó a Max a la mañana siguiente. Se dio la vuelta y la abrazó.

—¿Por haberme quedado? ¿Para qué están los amigos? —dijo él, esperando que la ligereza de su voz encubriera el deseo que sentía por todo su cuerpo.

Se apartó de ella ligeramente, pero Ginny se acercó y enredó las piernas alrededor de las suyas, de manera que no pudo escapar ni ocultar la reacción de su cuerpo.

—¿Somos solo amigos, Max? —le preguntó suavemente al oído—. ¿O somos algo más?

Entonces, antes de que pudiera responder, ella se apoyó sobre un brazo y dejó la cabeza sobre la mano.

Max vio la piel rosada de sus pechos y vio que ella lo observaba con sus maravillosos ojos verdes.

—¿Como qué? —preguntó él con la boca seca.

Ginny enarcó una ceja y sonrió abiertamente.

—¿Amantes, quizá? —dijo ella y movió la pierna que tenía atrapada entre las de él—. ¿Amantes y amigos?

—Amantes y amigos, Ginny —afirmó Max y la estrechó contra él para demostrarle lo buen amante que podía ser un amigo.

Capítulo 12

TRES días más tarde estaban todos, incluido Brent, en el apartamento de Max y después de cenar, se sentaron a escuchar toda la historia de boca de Brent.

—Cuando conseguimos hablar con Sally, esta confesó que Isobel y ella fueron amantes. Habían planeado marcharse a Canadá a vivir juntas, así que perder tanto a Isobel como su fortuna fueron motivos suficientes para Paul —les explicó—. La mujer que aparecía en todas las cintas de vídeo era Paul con una peluca. Encontramos ropa de talla distinta a la de Isobel, junto con una peluca, en su armario. Era más fácil acercarse a las víctimas siendo una mujer.

—Por eso insistía en que yo seleccionase la ropa —dijo Ginny—. Pensó que quizá su cuñada se diera cuenta de la diferencia de tallas, pero sabía que probablemente yo ni siquiera me fijara en ello.

—Ofrecía a las chicas la posibilidad de posar para una fingida agencia de modelos. Por eso nunca hubo forcejeos; las invitaba a cenar y después las estrangulaba. En la comida echaba un sedante flojo, que en poco tiempo desaparece del cuerpo humano —continuó Brent—. Tenía una casa alquilada donde guardaba todo el equipo fotográfico para llevar allí a las mujeres. También se compró un coche de color negro, que es el que vio la pareja que encontró a la cuarta víctima. Los tres crímenes que rodearon el asesinato de Isobel fueron para intentar despistarnos, pero aún no ha confesado nada.

Al día siguiente, Sarah y Ginny estaban en la sala de médicos, terminando unos informes antes de marcharse a casa, cuando entró Max.

Éste se agachó para darle un beso a Ginny y ella lo miró con ternura.

—¡Nada de besuqueos en el trabajo! —protestó Sarah—. ¡Me marchó de aquí!

—No hasta que termines los informes —le dijo Ginny riéndose—. Yo ya los he hecho, así que puedo marcharme a casa. ¿Me acompañas, Max? —le preguntó y el brillo de sus ojos fue la única respuesta que necesitó.

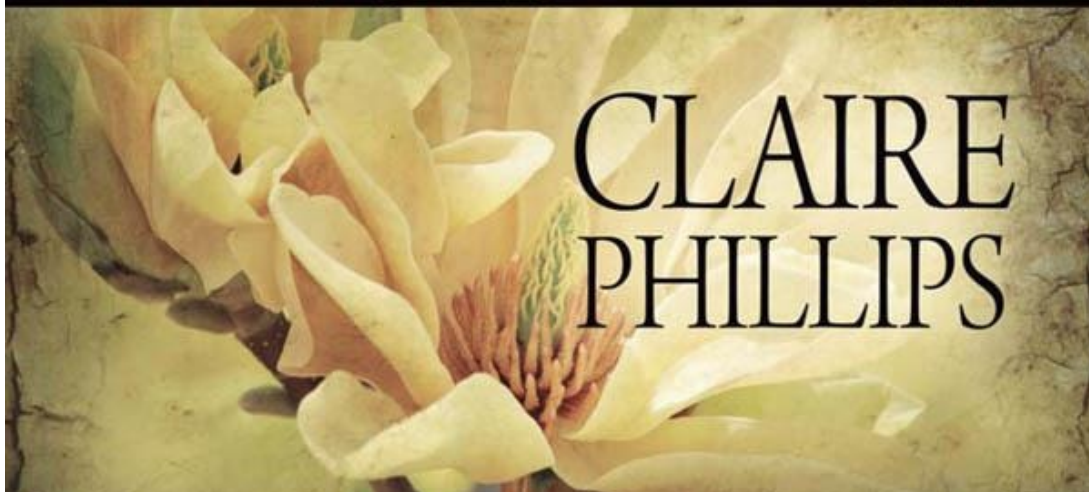
Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te
atrapará desde la primera hasta la última página.

HQN™

*Ángel con
Ojos color Miel*



CLAIRE
PHILLIPS



www.harlequinibericaebooks.com